

Astrid Lindgren

Ronja. La hija del bandolero

índice

1	[noche tormentosa]	1
2	[el mundo era otra cosa]	4
3	[la Boca del Infierno]	8
4	[subterrestres]	12
5	[dar a los pobres]	16
6	[mazmorras]	21
7	[harina y guisantes]	24
8	[de cabeza en el lago]	27
9	[desesperación en los ojos]	31
10	[la cueva de los osos]	35
11	[visitantes indeseados]	38
12	[el cuchillo]	40
13	[noche de verano]	44
14	[arpías]	47
15	[subterrestres]	51
16	[Mattis]	54
17	[la música más deliciosa]	57
18	[montaña de plata]	61

el profanador de textos

profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.

(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: ‘Ronja. La hija del bandolero’

Autor: Astrid Lindgren

ISBN: 978-84-261-3386-1

Título original: ‘Ronja, Rovadotter’

Editorial: Editorial Juventud S. A.

Fecha de impresión: 2007

primera pedeeeficación:
febrero 18, 2017

actualizaciones:

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el ‘Asunto: Típear.’ Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número ⁽⁰²⁾ o un número y una letra ^(02c) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

si accede a este texto desde la Antroposofía

una nota del profanador de textos

Este texto es usado por algunos maestros de escuelas Waldorf en la narrativa de la hora principal de cuarto grado.

Este libro fue publicado en 1981 en Suecia, en 1984 se hizo una película, y en 1994 se hizo como teatro musical.

Rudolf Steiner especificó,¹ durante el curso antes del inicio de la primera escuela Waldorf, para cuarto grado ‘Escenas de la historia antigua’ y para quinto grado ‘Escenas de la historia medieval.’ [GA295:01:33]

¹ Steiner, Rudolf. ‘Coloquios Pedagógicos.’ [GA295] [n. del pr.]

1 [noche tormentosa]

La noche en que Ronja nació había tormenta sobre las montañas; sí, era una noche tormentosa, de manera que todos los seres misteriosos que habitaban en el bosque de Mattis, asustados, se metieron en sus madrigueras y escondrijos.

Solamente las feroces arpías,¹ que amaban la tempestad más que cualquier otro tiempo, volaban graznando y gritando alrededor del castillo de los ladrones, en el bosque de Mattis. Esto molestaba a Lovis, que estaba en el lecho y a punto de tener un niño, y le dijo a Mattis:

—¡Espanta de ahí a las arpías! Quiero un poco de silencio para poder oír mi canción.

El caso era que Lovis cantaba mientras daba a luz. Así resultaba más fácil, aseguraba, y la criatura sería de las más alegres si venía al mundo durante el canto.

Mattis tomó su ballesta y lanzó un par de flechas a través de la tronera.

—¡Fuera de ahí, arpías! —gritó—. Esta noche va a nacer un hijo mío, ¿comprendéis, pesadas?

¹ arpía: 1. f. Ave fabulosa, con rostro de mujer y cuerpo de ave de rapiña. Diccionario RAEL [n. del pr.]

—¡Jo, jo, va a nacer un niño esta noche! —gritaron las arpías—. Un hijo de la tempestad. ¡Seguro que será feo y pequeño!

Entonces Mattis disparó otra vez, directamente sobre la bandada.

Pero las aves se rieron de él y se fueron volando sobre las cimas de los árboles, emitiendo furiosos aullidos.

Mientras Lovis estaba allí echada dando a luz y cantando, y Mattis espantaba como podía a las arpías, sus ladrones estaban sentados junto al fuego, abajo, en la gran sala de piedra, comiendo y bebiendo y haciendo casi tanto ruido como las arpías.

En algo tenían que entretenerse los doce bandoleros mientras esperaban, pendientes de lo que iba a suceder allí arriba, en el cuarto de la torre. Porque en toda su vida de ladrones no había nacido ningún niño en el Castillo de Mattis.

El más impaciente era Skalle-Per.

—¡Cuánto tarda en llegar ese pequeño bandido! —decía—. Yo ya soy viejo y achacoso y pronto acabará mi vida de ladrón. ¡Me gustaría ver un nuevo capitán de ladrones antes de llegar al fin!

Apenas había dicho esto, cuando se abrió la puerta y entró Mattis, loco de alegría, saltando y gritando:

—¡Ya soy padre! ¿Oís lo que os digo? ¡Ya soy padre!

—¿Qué ha sido? —preguntó Skalle-Per.

—¡Una ladroncita! ¡Hurra! —gritó Mattis—. ¡Una ladroncita! ¡Ahí la tenéis!

Y sobre el alto umbral apareció Lovis con su niña en los brazos. Se hizo entonces un repentino silencio entre los ladrones.

—Parece que la cerveza se os ha atragantado —dijo Mattis, y cogiendo a la niña de los brazos de Lovis, la mostró a los ladrones.

el profanador de textos

—¡Aquí está! ¡La niña más bonita que jamás haya nacido en un castillo de ladrones!

Tenía a la niña en los brazos y los miraba con ojos bien despiertos.

—Esta niña entiende ya algo, se nota —dijo Mattis.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó Skalle-Per. —Ronja —dijo Lovis—, Hace ya mucho tiempo que tenía pensado darle este nombre.

—Pero ¿y si hubiera sido un niño? —dijo Skalle-Per. Lovis lo miró tranquila y severa.

—Si yo había decidido que mi criatura se llamaría Ronja, una Ronja tenía que ser. —Después se volvió hacia Mattis—. ¿Quieres que la coja yo ahora?

Pero Mattis no quiso soltar a su hija. Estaba allí mirando con asombro sus ojos brillantes, su boquita, sus negros bucles, sus manos chiquititas, y temblaba de cariño.

—¡Niña mía, en esas manitas tienes ya mi corazón de bandolero! —dijo—. No sé por qué, pero ~s así. —¿La puedo tener un poco? —pidió Skalle-Per. Mattis colocó a Ronja en sus brazos como si fuera un huevo de oro.

—Aquí tienes al nuevo capitán de bandoleros del que has hablado tanto.

Pero ten cuidado y no la dejes caer, porque entonces habrá llegado tu última hora.

Pero Skalle-Per sonreía a Ronja con su desdentada boca.

—Es como si no pesara nada —dijo, admirado, y la levantó un par de veces.

—Entonces Mattis se puso furioso y se apoderó bruscamente de la niña.

—¿Qué esperabas, cabeza de chorlito? ¿Un capitán de ladrones grande y grasiento, panzudo y con barba, eh?

Entonces todos los ladrones comprendieron que a esta niña no se la podía criticar si se quería tener a Mattis de buen humor. Verdaderamente, no era aconsejable irritarle. Por lo que todos empezaron a alabar y a elogiar a la recién nacida.

Vaciaron también muchas jarras de cerveza a su salud. Mattis estaba muy contento, sentado en el sitio de honor en medio de todos y no paraba de hablar de su maravillosa hija.

—Esto sacaré de quicio a Borka —dijo Mattis—. Puede sentarse en su miserable cueva de ladrones y rechinar los dientes de envidia, sí, ¡rayos y centellas!, sus dientes rechinarán de tal manera, que todas las arpiás y enanos grises del bosque de Borka tendrán que taparse los oídos, creedme.

Skalle-Per asentía satisfecho, y dijo con una risita contenida:

—¡Ya lo creo, esto sacaré de quicio a Borka! Porque ahora la estirpe de Mattis continuará, pero la de Borka se irá directamente al diablo.

—Sí —dijo Mattis—, directamente al diablo, tan cierto como la muerte. Que yo sepa, Borka no ha conseguido tener un hijo, y nunca lo conseguirá.

En aquel momento sonó un trueno como no se había oído otro igual en el bosque de Mattis. Resonó con tanta fuerza, que hasta los ladrones palidieron, y Skalle-Per, debilitado como estaba, se cayó de espaldas.

Inesperadamente, Ronja empezó a lloriquear lastimeramente, y esto alarmó a Mattis más que el propio trueno.

—¡La niña llora! —gritó—. ¿Qué hacemos, qué hacemos?

Pero Lovis estaba allí. Tranquila, tomó a la niña y se la puso al pecho, con lo que se acabaron los lloros.

—¡Vaya trueno! —dijo Skalle-Per cuando se hubo tranquilizado un poco—. Me juego algo a que el rayo ha caído muy cerca de aquí.

Pues sí, había caído muy cerca, y con graves consecuencias, como se pudo ver a la mañana siguiente. El vetusto Castillo de Mattis, en lo alto de la montaña de Mattis, había sido partido por la mitad.

Desde la parte más alta del muro hasta la bóveda más profunda del subterráneo, el castillo estaba dividido en dos, con un abismo en medio.

—Ronja, tu vida empieza con gran estruendo —dijo Lovis cuando, con la niña en brazos, se acercó al resquebrajado muro y vio el desastre.

Mattis rugía como un animal salvaje. ¿Cómo podía haberle sucedido una cosa así al viejo castillo de sus antepasados?

Pero la furia de Mattis jamás duraba mucho tiempo, pues, de una forma u otra, siempre encontraba motivos de consuelo.

—Bueno, así no tendremos tantos laberintos, ni recovecos, ni trastos que ordenar. Y ahora quizás nadie se perderá en el Castillo de Mattis. ¿Os acordáis de cuando Skalle-Per se perdió y no acertó a encontrar la salida en cuatro días?

A Skalle-Per no le gustaba que le recordaran esto. ¿Tenía él la culpa de que la cosa le hubiera salido mal?

Él sólo había querido saber cómo era de grande en realidad el Castillo de Mattis; y lo había encontrado tan enorme, que se perdió dentro del mismo. El pobre hombre estaba a punto de morir cuando, por fin, encontró el camino de vuelta a la gran sala de piedra.

Los ladrones, por fortuna, habían gritado y armado tanto escándalo, que los oyó desde lejos; de otro modo, no hubiera sabido volver nunca.

el profanador de textos

—En realidad, jamás hemos utilizado todo el castillo —dijo Mattis—. Y seguiremos ocupando nuestras salas y cámaras y cuartos de la torre, donde siempre hemos vivido. Lo único que me fastidia es que nos hemos quedado sin retrete. Sí, ¡rayos y centellas!, ahora está en la otra parte del precipicio, y lo siento por el que no pueda contenerse hasta que nos dé tiempo a instalar uno nuevo.

Pero eso se arregló enseguida, y la vida en el Castillo de Mattis siguió exactamente igual que antes, con la única diferencia de que ahora había allí una niña.

Una niña pequeña que estaba atontando a Mattis y a todos sus ladrones, según pensaba Lovis. No es que estuviera mal que fueran un poco más delicados en los modales y menos rudos en las costumbres, pero todo tenía un límite.

No era natural ver a doce bandoleros y a su jefe sentados allí riendo embobados sólo porque una pequeñuela acababa de aprender a gatear por la sala de piedra, como si nunca se hubiera contemplado en el mundo un prodigio más grande.

Es verdad que Ronja gateaba muy deprisa porque apoyaba el pie izquierdo de un modo especial que los ladrones encontraban sencillamente extraordinario.

Pero todos los niños aprenden a andar gateando en su día, decía Lovis, sin provocar tantos aspavientos y sin que sus padres pierdan la cabeza por ello y hasta descuiden su trabajo.

—Pero ¿es que queréis que Borka se encargue de todos los robos incluso aquí, en el bosque de Mattis? —preguntaba bruscamente cuando los ladrones, con Mattis a la cabeza, volvían a casa antes de tiempo sólo porque tenían que ver a Ronja tomar su papilla antes de que Lovis la acostase en su cuna por la noche.

Pero Mattis ni la oía.

—¡Mi Ronja, mi palomita! —gritaba cuando Ronja, con ayuda del pie izquierdo, cruzaba la habitación como una flecha tan pronto como él aparecía en la puerta.

Después, Mattis se sentaba con su palomita en las rodillas y le daba la papilla mientras sus doce bandoleros miraban. El tazón de la papilla estaba sobre el fogón, un poco alejado, y una buena parte de su contenido iba a parar al suelo, ya que las manazas de ladrón de Mattis no eran lo más apropiado para el debido manejo de la cuchara.

Además, de vez en cuando Ronja empujaba la cuchara, de modo que también parte de la papilla volaba a las cejas de Mattis.

La primera vez que esto sucedió, los ladrones se rieron tan estrepitosamente que Ronja se asustó y empezó a llorar, pero enseguida se dio cuenta de que había hecho algo gracioso, y le gustaba repetirlo, con gran diversión de los ladrones y no tanta de Mattis.

Pero para Mattis, todo lo que Ronja hacía era maravilloso, y ella era única en el mundo.

Incluso Lovis no podía contener la risa cuando veía a Mattis allí sentado con su niña en las rodillas y la papilla en las cejas.

—Querido Mattis, ¿quién creería que tú eres el más poderoso capitán de bandoleros de todas las montañas y todos los bosques? Si Borka te viera ahora, se partiría de risa.

—Ya le quitaría yo las ganas —dijo Mattis.

Borka era el enemigo mortal. El padre y el abuelo de Borka habían sido los enemigos mortales del padre y del abuelo de Mattis.

Desde tiempo inmemorial, los Borka y los Mattis habían estado reñidos entre sí. Siempre habían sido bandoleros y el terror de la gente de bien que tenía

que atravesar con sus caballos y carros los profundos bosques donde ellos vivían.

—¡Dios asista a los que tengan que atravesar el Paso de los Ladrones! —solían decir las gentes, y se referían al estrecho desfiladero de la montaña entre el bosque de Borka y el bosque de Mattis.

Allí estaban siempre los bandoleros al acecho, y tanto si eran de la banda de Borka o de la de Mattis, daba lo mismo, pues no había ninguna diferencia para aquellos que resultaban asaltados.

Mas para Mattis y para Borka, la diferencia era grande. Luchaban a muerte por la presa y se robaban descaradamente también entre ellos cuando no pasaban suficientes carros por el Paso de los Ladrones.

De todo esto, Ronja no sabía nada, pues era demasiado pequeña. No se daba cuenta de que su padre era un temido capitán de bandoleros.

Para ella sólo era aquel buen y barbudo Mattis que se reía y cantaba y gritaba y le daba la papilla y al que ella quería muchísimo.

Pero Ronja iba creciendo y empezó poco a poco a explorar el mundo de su alrededor. Durante mucho tiempo creyó que la gran sala de piedra era el mundo entero.

Allí se encontraba a gusto, allí se sentaba muy segura debajo de la enorme mesa alargada y jugaba con las piñas y piedras que Mattis le traía.

Y la sala de piedra no era un mal lugar para una niña: allí se podía entretener mucho y aprender muchas cosas. Ronja se divertía cuando los ladrones cantaban ante el fuego por las noches.

Ella se sentaba calladita debajo de la mesa y escuchaba hasta que aprendió todas sus canciones de bandoleros.

Después cantaba ella también con una voz clarísima, y Mattis se admiraba de su maravillosa niña

que cantaba tan bien. Y también aprendió a bailar, porque, si los ladrones estaban en vena, saltaban y bailaban como locos alrededor de la sala, y Ronja vio enseguida cómo se tenía que hacer. Bailaba y saltaba y daba también los mismos saltos que los ladrones, con gran alegría de Mattis, el cual, cuando después se sentaba a la larga mesa para refrescarse con una jarra de cerveza, presumía de su hija.

—*Es tan hermosa como una arpía, ¿verdad? Tiene la misma agilidad, los mismos ojos oscuros, y el pelo negro. Seguro que jamás habéis visto una niña tan linda. ¿No estáis de acuerdo?*

Y los ladrones asentían y estaban de acuerdo.

Pero Ronja permanecía sentada calladita debajo de la mesa con sus piñas y sus piedras, y cuando veía los pies de los ladrones con sus peludos zapatos de piel, jugaba a imaginarse que eran las retozonas cabras que había visto en el establo, adonde Lovis la llevaba cuando iba a ordeñar.

Pero mucho más que eso no había visto Ronja durante su corta vida. No sabía nada de lo que había fuera del Castillo de Mattis.

Y un buen día Mattis comprendió, aunque no le gustara, que había llegado la hora.

—*Lovis —le dijo a su mujer—, nuestra hija necesita aprender a vivir en el bosque de Mattis. ¡Déjala salir!*

—*¡Ah, de modo que por fin te has dado cuenta!* —dijo Lovis—. *Si hubiera dependido de mí, hace ya mucho tiempo que esto habría sucedido.*

Y así fue como Ronja tuvo libertad para corretear por donde quisiera.

Pero primero Mattis le hizo algunas advertencias.

—*Ten cuidado con las arpías, con los enanos grises y con los bandoleros de Borka —le dijo.*

—*¿Cómo sabré cuáles son las arpías, los enanos grises y los bandoleros de Borka?* —preguntó Ronja.

—*Ya te darás cuenta* —dijo Mattis.

—*¡Ah, bueno!* —dijo Ronja— *y también ten cuidado de no perderte en el bosque* —dijo Mattis.

—*¿Qué hago si me pierdo en el bosque?* —preguntó Ronja.

—*Encontrar el buen camino* —dijo Mattis.

—*¡Ah, bueno!* —dijo Ronja—

—*Y también ten cuidado de no caerte al río* —dijo Mattis.

—*¿Qué hago si me caigo al río?* —preguntó Ronja.

—*Nadar* —dijo Mattis.

—*¡Ah, bueno!* —dijo Ronja.

—*Y también ten cuidado de no caer en la Boca del Infierno* —dijo Mattis.

Se refería al abismo que dividía en dos el castillo de Mattis.

—*¿Qué hago si me caigo en la Boca del Infierno?* —preguntó Ronja.

—*Entonces ya no podrás hacer nada* —dijo Mattis.

Y después dio un gemido como si de repente se le hubiera asentado en el pecho un gran dolor.

—*¡Ah, bueno!* —dijo Ronja cuando Mattis terminó de gemir—. *Entonces no me caeré en la Boca del Infierno. ¿Hay algo más?*

—*¡Ya lo creo!* —dijo Mattis—.

Pero ya lo irás viendo poco a poco. ¡Ahora, vete! ♣

2 [el mundo era otra cosa]

Y Ronja se fue. Se dio cuenta enseguida de lo tonta que había sido: ¿cómo había podido creer que la gran sala de piedra era el mundo entero? Ni siquiera el : enorme Castillo de Mattis era el mundo entero.

Ni tampoco la alta montaña de Mattis era el mundo entero. No, el mundo era otra cosa; era tan grande que se quedaba uno sin respiración.

Claro está que ella había oído hablar a Mattis y a Lovis de lo que había fuera del Castillo de Mattis.

Hablaban del río, pero hasta que ella no lo vio surgir bramando del interior de la montaña de Mattis con fuerza salvaje no comprendió lo que eran los ríos. Hablaban del bosque, pero hasta ahora que ella no lo vio, así tan oscuro y extraño con todos sus susurrantes árboles, no comprendió lo que eran los bosques, y sintió por dentro una risa de felicidad por el simple hecho de que los ríos y los bosques existieran.

Casi no podía creerlo; que hubiera grandes árboles y grandes corrientes de agua y que tuvieran vida, ¿no era para reír de felicidad?

Siguió un sendero hasta lo profundo del bosque y llegó a un lago. Más allá no debía ir, había dicho Mattis. Y el lago estaba allí, negro entre los abetos oscuros, con la única claridad de los nenúfares

blancos que flotaban en el agua. Ronja no sabía lo que eran nenúfares, pero los estuvo mirando mucho rato y de nuevo se reía en silencio, feliz porque los nenúfares existían.

Se quedó todo el día junto al lago, y allí hizo tantas cosas que jamás había hecho antes.

Echó piñas de abeto al agua, y se reía al darse cuenta de que las podía hacer avanzar por la superficie del agua chapoteando con los pies. Nunca se había divertido tanto. Sus pies se sentían muy contentos y libres chapoteando en el agua, y aún más cuando podían trepar.

Alrededor del lago había grandes bloques de piedra cubiertos de musgo y abetos y pinos para trepar con ellos y encaramarse. Ronja estuvo trepando y encaramándose hasta que el sol se escondió detrás de la montaña. Entonces se comió el pan y se bebió la leche que llevaba en su bolsita de cuero.

Después se echó sobre el musgo para descansar un rato, mientras en lo alto, encima de ella, susurraban los árboles. Estuvo allí echada mirándolos, y se reía de felicidad, en silencio, porque los árboles existían; después se durmió.

Cuando se despertó era noche cerrada y vio brillar las estrellas sobre las cimas de los abetos. Entonces comprendió que el mundo era mucho más grande de lo que ella había creído.

Pero las estrellas la entristecieron porque no se podían alcanzar por mucho que se estirara uno hacia ellas.

Por fin se dio cuenta de que había estado en el bosque más tiempo del que le habían concedido. Ahora tenía que volver a casa, porque, si no, Mattis se pondría furioso, lo sabía.

Las estrellas se reflejaban en el lago, todo lo demás estaba en la más negra oscuridad.

Pero la oscuridad no la asustaba, ya estaba acostumbrada. El bosque no estaba tan oscuro como el Castillo de Mattis las noches de invierno cuando se apagaba el fuego. No, Ronja no tenía miedo de la oscuridad.

Precisamente cuando ya estaba preparada para marcharse, se acordó de su bolsita de cuero.

La había dejado en la piedra donde se había sentado a comer, y a oscuras trepó para ir a buscarla. Se dio cuenta de que allí, sobre la alta piedra, estaba más cerca de las estrellas, y estiró los brazos e intentó tomar algunas para llevárselas a casa en su bolsita de cuero.

Pero no pudo; así es que recogió su bolsita y se dispuso a bajar.

Entonces vio algo que la asustó. Por todas partes entre los árboles brillaban ojos; sí, por todo alrededor de la piedra había como un círculo de ojos que la espiaban y no se había dado cuenta. Antes nunca había visto ojos que pudieran brillar en la oscuridad, y no le gustaron.

—*¿Qué queréis? —gritó.*

Pero no recibió respuesta. En vez de contestar, los ojos se acercaron. Despacio, muy lentamente, se acercaban cada vez más, y oyó un murmullo de voces, extrañas, viejas y grises que murmuraban y salmodiaban:

—*¡Enanos grises todos, hay humanos aquí, humanos, en el bosque de los enanos grises! ¡Enanos grises todos, morded y golpead! ¡Enanos grises todos, morded y golpead!*

Y de repente, los tuvo a todos abajo, al pie de la roca, extraños seres grises que le querían hacer daño. No los veía, pero ella notaba que estaban allí, y se estremecía. Y entonces se dio cuenta de lo peligrosos

que eran los enanos grises, de los que Mattis había dicho que debía tener cuidado.

Pero quizás ya era demasiado tarde.

Porque en ese momento empezaban a golpear la roca con bastones y garrotes o lo que tuvieran. Armaron un estrépito horrible e insoportable en medio

del silencio. Ronja gritó, temiendo por su vida.

Al oír el grito, los enanos dejaron de golpear.

Ronja entonces comprendió que aquello aún era peor. Habían empezado a trepar por la piedra; por todas partes llegaban en la oscuridad.

Oía cómo rascaban la roca con los pies y sentía su murmullo:

—*¡Enanos grises todos, morded y golpead!*

Entonces, Ronja, en su desesperación, gritó mucho más fuerte y sacudió furiosamente a su alrededor con su bolsa de cuero. Pronto los tendría encima y la matarían a mordiscos, lo sabía. Su primer día en el bosque sería también el último.

Precisamente en aquel momento oyó un alarido, y un alarido tan furioso sólo podía proceder de Mattis. Sí, allí estaba él, su Mattis, con todos sus ladrones: sus antorchas brillaban entre los árboles y el alarido de Mattis resonaba en el bosque.

—*¡Fuera, enanos grises! ¡Largo de aquí antes de que os aplaste a todos!*

Y entonces Ronja oyó cómo caían pesadamente los pequeños cuerpos que se arrojaban desde la roca, y también pudo verlos al resplandor de las antorchas: pequeños enanos grises que huían y desaparecían en la oscuridad.

Se sentó sobre su bolsa de cuero y se deslizó por la escarpada piedra como por un tobogán. Allí estaba Mattis para recibirla en sus brazos.

el profanador de textos

Ronja lloraba en su barba mientras él la llevaba a casa, al Castillo de Mattis.

—*Ahora ya sabes lo que son los enanos grises —dijo Mattis cuando estaban sentados junto al fuego y Ronja se calentaba los pies fríos.*

—*¡Sí, ahora ya sé lo que son los enanos grises! —dijo Ronja.*

—*Pero lo que no sabes es cómo tratarlos. Si tienes miedo, lo notan a la legua y se vuelven peligrosos —completó Mattis.*

—*Sí —dijo Lovis—. Esto pasa un poco con todo. Lo más conveniente es no tener nunca miedo en el bosque de Mattis.*

—*No lo olvidaré —dijo Ronja.*

Entonces Mattis suspiró y la estrechó entre sus brazos.

—*Pero ¿te acuerdas de todo lo que te he dicho que tienes que tener cuidado?*

Sí, ya lo creo que se acordaba; y durante los días siguientes, Ronja no hizo otra cosa sino tener cuidado de todo lo que era peligroso, y entrenarse a no tener miedo.

Tenía que tener cuidado de no caerse al río, había dicho Mattis, por lo que brincaba con entusiasmo sobre las resbaladizas piedras de la orilla, por donde la corriente era más fuerte. No podía cuidarse de no caer en el río estando en el bosque.

Si el cuidarse debía tener algún sentido, entonces tenía que entrenarse cerca de las corrientes rápidas y de los molinos, y no en otro sitio.

Pero si quería llegar a las corrientes rápidas tenía que bajar por la montaña de Mattis, cuya abrupta pared caía directamente sobre el río.

Así podía, al mismo tiempo, entrenarse a no tener miedo de aquello. La primera vez fue difícil: se asustó de tal forma que tuvo que cerrar los ojos.

Pero poco a poco se fue haciendo más atrevida y enseguida aprendió dónde se encontraban las grietas y hendiduras en las que podía agarrarse con los dedos de los pies para sujetarse bien y no precipitarse de espaldas en el río.

“¡Qué suerte,” pensaba, “haber encontrado un lugar en el cual puedo tener cuidado de no caer en el río y al mismo tiempo entrenarme a no tener miedo!”

Así transcurrían sus días. Ronja tenía cuidado y se entrenaba más de lo que Mattis y Lovis pensaban, y al final llegó a ser como un animalito sano, ágil y fuerte que no tenía miedo a nada: ni a los enanos grises, ni a las arpías, ni a perderse en el bosque, ni a caerse en el río.

Todavía no había empezado a tener cuidado de no precipitarse en la Boca del Infierno, pero pensaba hacerlo pronto. Mientras tanto, había explorado el Castillo de Mattis desde lo más bajo ‘1 hasta lo más alto. Había recorrido todas las salas desiertas donde nadie más que ella había puesto los pies, y no se había perdido en los corredores subterráneos, ni en las oscuras cavernas, ni bajo las bóvedas.

Ahora ya conocía todos los pasadizos secretos del castillo y todos los senderos ocultos del bosque.

Pero donde Ronja prefería estar era en el bosque, correteando todo el día.

Cuando anochecía y caía la oscuridad, y en el hogar de la sala de piedra ardía el fuego, volvía a casa cansada ya de tener cuidado y de entrenarse todo el día.

A esa hora volvían también Mattis y sus ladrones de sus correrías, y Ronja se sentaba con ellos junto al fuego y cantaba sus canciones.

Pero de su vida de ladrones ella no sabía nada. Los veía volver cabalgando por las noches con mer-

cancías sobre los caballos; muchas clases de mercancías en bolsas de cuero, en cajones y en cofres.

Pero nadie le había dicho dónde encontraban todo aquello, y ella no se preocupaba de aquello más de lo que se preocupaba de saber de dónde venía la lluvia.

Existían muchas cosas en el mundo. De eso sí que se había dado cuenta.

A veces oía hablar de los ladrones de Borka, y entonces se acordaba de que también tenía que tener cuidado con ellos, pero todavía no había visto ninguno.

—*Si Borka no fuera tan miserable, casi me daría pena —dijo Mattis una noche—. Los soldados tratan de darle caza en su bosque, y ahora no tiene un momento de tranquilidad. Pronto saldrá echando humo de su guarida. Sí, sí, es un puercos, así es que no me importa; pero de todos modos...*

—*¡Los ladrones de Borka son todos un hatajo² de puercos! —dijo Skalle-Per, y todos estuvieron de acuerdo con él.*

“¡Qué suerte que los ladrones de Mattis sean mucho mejores!” pensaba Ronja. Los miraba sentados a la larga mesa engullendo la sopa.

Iban sucios, eran barbudos, peleones y salvajes, pero nadie los llamaría puercos delante de ella. Skalle-Per y Tjegge, Pelje y Fjosok, Jutis y Joen, Labbas y Krottas, Turre y Tjorm, Sturkas y Lill-Klippen, ¡todos eran amigos suyos, y capaces de hacer cualquier cosa por ella, estaba segura!

—*No hay comparación con el Castillo de Mattis —decía Mattis—. Aquí está uno seguro como el zorro en su madriguera y el águila en lo más alto de las rocas.*

² hatajo: 2. m. despect. Grupo de personas o cosas. Diccionario RAEL [n. del pr.]

el profanador de textos

Si vinieran aquí los soldados o algún necio a armar pelea, los mandaríamos derechos al infierno.

—¡Derechos al infierno de una patada! —decía Skalle-Per, satisfecho.

Todos los ladrones estaban de acuerdo, y se reían sólo de pensar lo necio que tendría que ser el que intentara meterse en el Castillo de Mattis, inexpugnable por todos lados, dominando sobre una roca. Solamente por la parte sur corría un estrecho camino de herradura³ que serpenteaba por la montaña y desaparecía abajo en el bosque.

Pero por sus otras tres vertientes, la montaña de Mattis presentaba escarpados precipicios, y muy loco tenía que ser el que se atreviera a trepar por allí. Eso pensaban los ladrones. Porque no sabían dónde acostumbra a entrenarse Ronja para no tener miedo.

—Y si vinieran por el camino de herradura, quedarían bloqueados en la Trampa del Lobo —decía Mattis—. Allí los podríamos detener a pedrada limpia, o de cualquier otra manera.

—De cualquier otra manera —dijo Skalle-Per, y se reía solapadamente cuando pensaba cómo se podía detener a los soldados en la Trampa del Lobo—. Muchos lobos he cazado allí en mis buenos años —añadió—; pero ahora estoy demasiado viejo y no cazo nada más que mis propias pulgas, ¡ay, ay, ay!

Ronja comprendía que era una pena que Skalle-Per fuera tan viejo; pero no comprendía por qué los soldados y los necios tenían que venir a buscar pelea a la Trampa del Lobo.

De todas maneras, tenía sueño y no se sentía con ánimos para preocuparse demasiado por eso. Se

acurrucó bajo las mantas en su alcoba y allí estuvo despierta hasta que oyó a Lovis cantar la Canción del Lobo, que era la canción que le cantaba todas las noches cuando los ladrones dejaban el fuego y se iban a descansar. En la sala de piedra no dormía nadie más que ellos tres,

Ronja, Mattis y Lovis. A Ronja le gustaba estar tendida en su lecho y, a través de las rendijas de las cortinas, contemplar cómo temblaban las llamas antes de apagarse, mientras Lovis cantaba. Ronja no recordaba una sola noche en la que su madre no le hubiese cantado la Canción del Lobo.

Esto significaba que había llegado la hora de dormir, ya lo sabía, pero antes de cerrar los ojos pensó con alegría: “¡Mañana volveré a salir!”

Ronja saltaba de la cama tan pronto como albo-reaba el nuevo día. Hiciera el tiempo que hiciera, ella se iba al bosque, y Lovis le ponía pan y leche en la bolsa de cuero, para que comiera.

—Eres hija de la tempestad —decía Lovis—, y también de noche de arpías. Pronto serás como un elfo de los bosques, esto ya lo veo, pero ten cuidado de que no te atrapen las arpías.

Ronja había visto a las arpías acercársele planeando sobre el bosque más de una vez y se había agachado rápidamente, escondiéndose. Las arpías eran lo más peligroso del bosque de Mattis.

Había que tener cuidado con ellas si se quería seguir con vida, había dicho Mattis.

Y era sobre todo por su culpa por lo que había tenido a Ronja tanto tiempo sin dejarle salir de casa, metida en el castillo. Las arpías eran hermosas, locas y crueles. Con sus agudísimos ojos escrutaban el bosque desde lo alto buscando a alguien para sacarle la sangre con sus afiladas uñas.

Pero no había arpías capaces de asustar a Ronja y alejarla de sus senderos y lugares donde vivía su solitaria vida de criatura del bosque. Sí, estaba sola, pero no echaba de menos a nadie. ¿A quién iba a echar de menos? Sus días estaban llenos de vida y de felicidad, aunque pasaban demasiado deprisa.

El verano estaba a punto de acabarse, y el otoño ya se anunciaba.

Al sentir la proximidad del otoño, las arpías se ponían siempre más furiosas. Un día persiguieron a Ronja por todo el bosque hasta ponerla en una situación verdaderamente peligrosa.

Claro que podía correr como un zorro, y conocía todos los escondrijos del bosque, pero las arpías iban obstinadamente tras ella y oía sus agudos gritos:

—¡Ja, ja, hermosa niña! ¡Ahora veremos correr tu sangre, ja, ja, ja...!

Entonces Ronja se zambulló en el lago y fue nadando por debajo del agua hasta alcanzar la otra orilla, escondiéndose debajo de un tupido abeto, desde donde oía a las arpías gritar furiosas:

—¿Dónde está la niña? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Deja que te arañemos con nuestras garras! ¡tu sangre correrá, ja, ja, ja...!

Ronja permaneció inmóvil en su escondrijo hasta que las vio desaparecer tras las cimas de los árboles. De todos modos, deseaba salir ya del bosque pero aún faltaban muchas horas para la noche y la Canción del Lobo.

Y se le ocurrió poner en práctica lo que hacía tanto tiempo tenía pensado: se subiría a las murallas y tendría cuidado de no caerse en la Boca del Infierno.

Muchas veces había oído la historia de cómo se partió el Castillo de Mattis la noche en que nació ella. Mattis no se cansaba de contarla.

³ camino de ronda: 1. m. camino exterior e inmediato a la muralla de una fortificación o contiguo al borde de ella. Diccionario RAEL [n. del pr.]

el profanador de textos

—¡Rayos y centellas, qué trueno! Tendrías que haberlo oído; pero sí, lo oíste, pobrecita, aunque eras sólo una recién nacida. ¡Buumm!, y así tuvimos dos castillos en vez de uno, con un abismo en medio. Y no volveré a repetirte lo que ya te he dicho: ¡Ten cuidado de no caerte en la Boca del Infierno!

Y eso era lo que estaba haciendo ahora. Era lo mejor que podía hacer mientras las arpías volaban enloquecidas por el bosque.

Había subido a aquella parte del castillo muchas veces, pero nunca se había acercado tanto a aquel peligroso abismo, cortado a pico ante la muralla sin almenas protectoras.

Avanzó arrastrándose pegada al suelo y miró al fondo: ¡uf!, aquello era peor de lo que ella había pensado.

Tomó una de las piedras sueltas que había en el borde y la dejó caer, y se estremeció cuando llegó a su oído el ruido que hizo la piedra al llegar al fondo. Era un ruido sordo y lejano. ¡Sí, realmente era un abismo para tener cuidado con él!

Pero el tajo que separaba las dos mitades del castillo no era demasiado ancho. Con un buen salto, muy bien lo podría atravesar.

Pero no estaba tan loca como para intentarlo. Aunque, pensándolo bien, ¿no sería la mejor manera para entrenarse a tener cuidado, utilizando así su acostumbrado sistema?

Miró otra vez al fondo del abismo. ¡Uf, qué hondo! Después miró a uno y otro lado para ver por dónde se podía saltar mejor, y entonces vio algo que estuvo a punto de hacerla caer de asombro en la Boca del Infierno.

Un poco más lejos, al otro lado del abismo, había alguien sentado, alguien aproximadamente de su

misma edad, que balanceaba tranquilamente las piernas sobre la Boca del Infierno.

Ronja sabía que ella no era la única niña en el mundo, pero sí era la única niña del castillo y del bosque de Mattis.

Pero Lovis le había dicho que en otros sitios había muchos niños y de las dos clases: unos que serían como Mattis cuando se hicieran mayores, y otros que serían como Lovis.

Ella, Ronja, sería una Lovis; pero se dio cuenta de que aquel que estaba sentado y balanceaba las piernas sobre la Boca del Infierno sería un Mattis.

Él todavía no la había descubierto. Ronja lo contemplaba allí sentado y se reía de felicidad en silencio porque él existía. ♣

3 [la Boca del Infierno]

Por fin él la vio y entonces también se echó a reír.

—Yo sé quién eres tú —dijo—. Tú eres la hija del bandolero, la que corre por todo el bosque. Te vi allí una vez.

—¿Entonces, tú quién eres? —le preguntó Ronja—. ¿Y cómo diablos has llegado hasta aquí?

—Soy Birk, hijo de Borka, y vivo aquí. Anoche nos trasladamos todos nosotros.

Ronja lo miró fijamente.

—¿Nosotros? ¿Qué nosotros?

—Borka, Undis, yo y nuestros doce bandoleros.

¡Pasó un rato antes de que ella comprendiera realmente lo que decía Birk, que le parecía una barbaridad, pero al fin preguntó:

—¿Quieres decir que toda la parte norte del castillo está llena de puercos?

Él se echó a reír.

—No, aquí sólo están los valientes ladrones de Borka.

Donde tú vives sí que está plagado de puercos, como sé desde siempre.

¡Conque sí!, ¡con qué lo sabía desde siempre! ¡Qué frescura! La sangre empezaba a hervirle en las venas.

Pero todavía le faltaba oír lo peor.

el profanador de textos

—Además —dijo Birk—, esto ya no es la parte norte del Castillo de Mattis. Desde anoche se llama Fortaleza de Borka. ¡Procura no olvidarlo!

Ronja jadeaba de cólera. ¡Fortaleza de Borka! Verdaderamente, aquello era para atragantarse. ¡Vaya unos canallas que estaban hechos los ladrones de Borka! ¡Y aquel bribón que estaba allí sentado y se reía estúpidamente era uno de ellos!

—¡Rayos y centellas! —dijo—. ¡Espera a que Mattis se entere de esto, y verás a Borka y a todos sus compinches salir de ahí a patadas echando chispas.

—¡Eso crees tú! —dijo Birk.

Ronja se acordó de Mattis y se estremeció.

Lo había visto fuera de sí de rabia y sabía cómo estallaba. Lo que ahora sucedería sería que el Castillo de Mattis se rajaría otra vez, creía ella, y gemía sólo de pensarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Birk—. ¿No te encuentras bien?

Ronja no contestó. Ya había oído bastantes insolencias y bravuconadas. Había que hacer algo. Mattis y sus bandoleros estarían a punto de regresar a casa, y entonces, ¡rayos y centellas!, cada uno de los puercos ladrones de Borka serían arrojados del Castillo de Mattis más deprisa de lo que habían llegado.

Y ya se levantaba para marcharse, cuando vio lo que Birk pensaba hacer. ¡El muy bribón pensaba saltar sobre la Boca del Infierno! Allí estaba en el otro borde, enfrente de ella, tomando carrera. Entonces Ronja gritó:

—¡Si vienes aquí, te aplastaré las narices de un puñetazo!

—¡Ja, ja, ja...! —dijo Birk, y de un salto atravesó el abismo—. A ver si eres tú capaz de hacerlo —dijo con una sonrisita burlona.

Nunca debió haberlo dicho; ella no podía soporarlo. Ya era suficiente que él y sus puercos se hubieran apoderado de una parte del castillo de Mattis; pero, que se sepa, jamás había existido un ladrón de Borka capaz de dar un salto que no pudiera dar un ladrón de Mattis.

Y Ronja lo dio. Ella misma no sabía cómo había sucedido; pero de repente voló sobre la Boca del Infierno y aterrizó en la otra parte.

—¡No huyas! —dijo Birk, e inmediatamente saltó de nuevo para darle alcance.

Pero Ronja no le esperó. Dio un salto y voló otra vez sobre el abismo. ¡Ya podía quedarse él allí mirándola boquiabierto todo lo que quisiera!

—Me ibas a dar un puñetazo en las narices, ¿no? Entonces, ¿por qué no lo haces? —dijo Birk—. ¡Ahora voy!

—Ya lo veo —dijo Ronja.

Y Birk saltó.

Pero Ronja tampoco lo esperó esta vez. Saltó de nuevo, y estaba dispuesta a saltar hasta quedarse sin aliento si fuera necesario, para alejarse de él.

Después, ninguno de los dos dijo nada más. Sólo saltaban. Llenos de rabia, saltaban de un lado a otro sobre la Boca del Infierno. No se oía nada más que su jadear. Solamente las cornejas⁴ que planeaban por encima del muro graznaban de vez en cuando. Había un silencio espeluznante. Era como si todo el Castillo de Mattis estuviera allí, en su montaña, conteniendo la respiración ante algo espantoso y trágico que quizás pronto iba a ocurrir.

“Sí, pronto iremos a parar los dos a la Boca del Infierno,” pensaba Ronja. “Pero, por lo menos, habremos terminado con este continuo saltar.”

Birk venía otra vez volando sobre el abismo directamente hacia ella, y Ronja se estaba preparando también para dar otro salto. Ya no sabía cuántos había dado. Era como si jamás hubiera hecho otra cosa que saltar sobre el abismo para librarse de los bribones de Borka.

Pero en ese momento vio como Birk resbalaba en una piedra que estaba medio desprendida en el borde, precisamente donde él había aterrizado. Y le oyó gritar antes de desaparecer en el abismo.

Después oyó solamente a las cornejas.

Cerró los ojos y deseó que aquel día no hubiera amanecido; que Birk no hubiera existido, y que, ellos dos nunca hubieran saltado. Finalmente se deslizó arrastrándose sobre el vientre y miró hacia abajo, al abismo. Y entonces vio a Birk. Estaba exactamente debajo de ella, en pie sobre una piedra, o una viga, o lo que fuera, que sobresalía de la agrietada pared, apenas con el sitio suficiente para poner los pies, pero nada más.

Allí estaba, con la profunda Boca del Infierno debajo de él, y sus manos buscaban a tientas desesperadamente un punto de apoyo, algo para agarrarse que le impidiera estrellarse contra el fondo del abismo.

Pero él sabía, y Ronja lo sabía también, que sin ayuda no podía salir. Tendría que estar allí hasta que las fuerzas se le agotaran, y después ya no existiría ningún Birk, hijo de Borka.

—¡Aguanta! —dijo Ronja.

Él contestó con una sonrisita:

—Sí, claro, No creo que pueda hacer otra cosa aquí. Pero se le notaba que tenía miedo.

⁴ corneja: 1. f. Ave de plumaje negro, semejante al cuervo, pero de menor tamaño. 2. f. Ave rapaz nocturna semejante al búho, pero mucho más pequeña que este. Diccionario RAEL [n. del pr.]

el profanador de textos

Ronja se desató la correa de cuero trenzada que siempre llevaba enrollada a la cintura. Le había sido útil muchas veces para trepar y encaramarse cuando estaba en el bosque.

Hizo una gran lazo en uno de los extremos de la correa y anudó el otro a su propia cintura.

Después le arrojó el lazo a Birk y vio cómo le brillaban los ojos cuando llegó balanceándose sobre su cabeza.

Sí, era bastante larga ¡Aquel bribón de Borka estaba de suerte!

—Enróllatela alrededor, si puedes —dijo—. Luego empiezas a trepar, ¡pero sólo cuando yo te lo diga, no antes!

La tempestad que se había desencadenado la noche en que ella nació había arrancado de la parte alta del muro un bloque de piedra. Por fortuna, ahora estaba allí a poca distancia del borde del abismo. Ronja se echó de bruces detrás de la piedra, y después gritó:

—¡Ahora...!

Y al instante notó como la correa le apretaba la cintura hasta hacerle daño. Cada tirón de la correa, cuando Birk trepaba, la hacía gemir.

“Me parece que voy a partirme en dos, como el Castillo de Mattis,” pensaba, y apretaba los dientes para no gritar.

De repente se sintió aliviada, y allí estaba Birk, de pie, mirándola. Ronja permaneció tendida, comprobando que todavía podía respirar.

Entonces él dijo:

—¡Ah, estás aquí!

—Sí, estoy aquí, —dijo Ronja—. ¿Has acabado ya de saltar?

—No, tengo que saltar otra vez. Tengo que volver a casa, a la Fortaleza de Borka, ¿no?

—Quítate primero mi correa de cuero —dijo Ronja—. No quiero estar atada a ti más tiempo del necesario.

Birk se desató la correa.

—¡No, claro! —dijo—.

Pero después de todo esto, quizás yo continúe atado a ti, aunque sin correa.

—¡Tonterías! —dijo Ronja—. Ya os podéis ir a paseo, tú y tu Fortaleza de Borka!

Y cerró la mano y le dio un puñetazo en las narices. Birk sonrió.

—¡No lo vuelvas a hacer, te lo aconsejo! Pero me has salvado la vida, y debo estarte agradecido.

—¡Vete a paseo, ya te lo he dicho! —dijo Ronja, y echó a correr sin mirar atrás.

Pero justamente cuando estaba junto a la escalera de piedra que desde lo alto del muro descendía al interior del Castillo de Mattis, oyó gritar a Birk:

—¡Eh, tú, hija de bandolero, ya nos volveremos a ver!

Ella volvió la cabeza y vio cómo se preparaba para dar su último salto.

Entonces le gritó:

—¡A ver si te caes otra vez, puerco!

Fue todavía peor de lo que había pensado. Mattis se puso tan furioso, que hasta sus ladrones se asustaron. Al principio nadie quería creer lo que Ronja decía, y Mattis por primera vez se enfadó con ella.

—Alguna mentirilla y un poco de fantasía pueden resultar divertidos a veces.

Pero no se deben inventar estupideces de ese género. ¡Los ladrones de Borka en el Castillo de Mattis...! ¡Qué ideas se te ocurren! Me está empezando a hervir la sangre, aunque sé que es mentira.

—¡No es mentira! —dijo Ronja. Y otra vez intentó contarle lo que le había dicho Birk.

—¡Mientes! —dijo Mattis—. En primer lugar, Borka no tiene ningún hijo. No puede tenerlos, todo el mundo lo sabe.

Todos los ladrones estaban sentados en silencio: no se atrevían a decir nada.

Pero por fin Fjosok abrió la boca:

—Sí —dijo—, tiene un muchacho. Undis lo tuvo aquella noche de espanto, cuando la tormenta fue tan fuerte. Cuando nosotros tuvimos a Ronja, ¿te acuerdas? Mattis clavó los ojos en él.

—¡Y de esto nadie me había dicho nada! ¿No me habréis ocultado alguna otra infamia?

Miró salvajemente alrededor y, dando un bramido, agarró dos jarras de cerveza, una en cada mano, y las lanzó contra la pared, de modo que la cerveza chorreaba.

—¿Y ahora la viborilla de Borka anda correteando por las murallas del Castillo de Mattis? ¿Y tú, Ronja, has hablado con él?

—Él ha hablado conmigo —dijo Ronja.

Dando un bramido, Mattis tomó el asado de cordero que estaba servido en la mesa larga y lo lanzó contra la pared, de modo que la grasa lo salpicó todo.

—¿Y esa viborilla aseguró, dices, que el perro pagano de su padre con toda su chusma se ha ido a vivir a la parte norte del castillo?

Verdaderamente, Ronja tenía miedo de que Mattis no pudiera terminar de escucharla sin perder el juicio, de pura rabia.

Pero ahora necesitaba esa rabia, si tenía que echar de allí a los ladrones de Borka, y por eso le dijo:

—¡Sí, y ahora se llama Fortaleza de Borka, recuérdalo!

el profanador de textos

Dando un bramido, Mattis tomó el cuenco de la sopa, que estaba colgado al fuego, y lo estampó contra la pared, de modo que la sopa lo salpicó todo.

Lovis había permanecido sentada en silencio, limitándose a mirar y a escuchar.

Pero ahora se le notaba que estaba furiosa.

Con un cuenco lleno de huevos recién puestos que acababa de traer del gallinero, se acercó a Mattis.

—Toma —le dijo—.

Pero después lo limpiarás tú, ¡recuérdalo!

Mattis tomó los huevos de uno en uno y, dando espantosos alaridos, los fue estrellando contra la pared, de modo que una pasta de huevo corría por todas partes.

Y después se puso a pensar.

—*Seguro como el zorro en su madriguera y como el águila en lo más alto de las rocas, era lo que yo creía. Y ahora...*

Se tiró al suelo cuan largo era, y allí estuvo llorando, gritando y se echó a llorar, gritar y maldecir, hasta que Lovis se cansó:

—*¡Se acabó!* —dijo—. *Si se te han metido piojos en la pelliza,⁵ de nada sirve estar ahí quejándote. ¡En vez de esto, levántate y haz algo!*

Los ladrones estaban ya hambrientos, sentados alrededor de la mesa. Lovis fue a buscar el asado de cordero que estaba en el suelo y lo limpió un poco.

—*¡Ahora estará más tierno!* —dijo para consolarlos, y empezó a cortar gruesas tajadas para todos sus ladrones.

Mattis se levantó malhumorado y también se sentó a la mesa, pero no comió nada. Con su negra y desgreñada cabeza apoyada en las manos, mascullaba

entre dientes. A veces daba unos suspiros que se oían en toda la sala de piedra.

Ronja se le acercó. Le echó los bracitos al cuello y acercó su mejilla a la de él.

—*¡No te preocupes!* —le dijo—. *¡Lo único que hay que hacer es echarlos!*

—*Lo que puede ser bastante difícil dijo Mattis, preocupado.*

Se quedaron sentados delante del fuego toda la noche pensando cómo lo harían. Cómo se quitarían los piojos de la pelliza, es decir, cómo podían echar a los ladrones de Borka del Castillo de Mattis, era lo que Mattis quería saber.

Pero antes que nada quería saber cómo aquellos zorros redomados, aquellos perros ladrones habían podido meterse en la parte norte del castillo sin que ni uno solo de sus bandoleros hubiera notado nada.

Todos los que a caballo o a pie fueran al castillo de Mattis tenían que pasar por la Trampa del Lobo, y allí había vigilancia día y noche. Sin embargo, nadie había visto ni siquiera la sombra de ningún ladrón de Borka.

Skalle-Per se rió sarcásticamente.

—*¡Nooo! ¿Qué creías, Mattis, que iban a venir paseándose por la Trampa del Lobo y decir con toda cortesía: “Paso, queridos amigos, porque esta noche hemos pensado irnos a vivir a la parte norte de vuestro castillo.”*

—*¿Por qué camino han venido entonces, ya que tú lo sabes todo?*

—*Seguro que no han pasado por la Trampa del Lobo ni por la puerta grande del castillo* —dijo Skalle-Per—. *Han tenido que entrar por la parte norte que no está vigilada.*

—*No. ¿Para qué íbamos a vigilar aquella parte? Allí no hay ninguna entrada al castillo, sino solamente*

una escarpada y rocosa pared. ¿O es que son como moscas y pueden trepar por las paredes, y pueden meterse por las aspilleras⁶?

Entonces de repente se le ocurrió algo y le preguntó a Ronja, mirándole a los ojos:

—*Pero ¿qué hacías tú allí arriba en la muralla?*

—*Estaba teniendo cuidado de no precipitarme en la Boca del Infierno* —dijo Ronja.

Se arrepentía de no haberle hecho más preguntas a Birk. Entonces quizás le hubiera dicho cómo se las habían arreglado los ladrones de Borka para entrar en la parte norte.

Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

Mattis puso guardias por la noche no sólo en la Trampa del Lobo, sino también arriba, en las murallas.

—*La insolencia de Borka no tiene límites* —decía—. *De repente pasa sobre la Boca del Infierno como un toro bravo y pretende echarnos de nuestra propia casa.*

Agarró su jarra de cerveza y la estrelló contra la pared, de modo que la cerveza se derramó por toda la sala de piedra.

—*Ahora me voy a la cama, Lovis.*

Pero no a dormir, sino a cavilar y a maldecir, ¡y ay del que me moleste!

Ronja también estuvo despierta aquella noche. De golpe y porrazo, todo se había vuelto tan triste y tan desgraciado.

¿Por qué tenía que ser así? ¿Aquel dichoso Birk! ¿Y ella que se había puesto tan contenta cuando lo vio por primera vez! Y ahora, cuando por fin había encontrado a uno de su edad, ¿por qué tenía que ser un asqueroso ladronzuelo de Borka? ♣

⁵ pelliza: 1. f. Prenda de abrigo hecha o forrada de pieles finas. Diccionario RAEL [n. del pr.]

⁶ aspilleras: 1. f. Mil. Abertura larga y estrecha en un muro para disparar por ella. Diccionario RAEL [n. del pr.]

4 [subterrestres]

A la mañana siguiente, Ronja se levantó temprano.

Ya estaba su padre sentado desayunando.

Pero algo no iba bien. Se llevaba sombrío la cuchara a la boca, y a veces se le olvidaba que tenía que abrirla. No comió mucho, y no fue mejor la cosa cuando Lill-Klippen, que con Sturkas y con Tjebbe había estado de guardia durante la noche en la Boca del Infierno, entró de pronto precipitadamente en la sala de piedra gritando:

—*¡Borka te espera, Mattis! ¡Está en la otra parte de la Boca del Infierno echando pestes y quiere hablar contigo inmediatamente!*

Dicho esto, Lill-Klippen se apartó a un lado de un salto, lo que fue muy cuerdo por su parte, porque en el mismo instante pasó el plato de madera con el desayuno de Mattis rozándole la oreja y se estrelló contra la pared, de modo que el alimento lo salpicó todo.

—*¡Tú lo limpiarás! —le recordó Lovis.*

Pero Mattis ni siquiera la oyó.

—*¡Ah!, ¿sí? ¿Borka quiere hablar conmigo? ¡Rayos y centellas! Puede contar con ello, porque después no hablará ya más en mucho tiempo. O quizás nunca —dijo Mattis, haciendo rechinar los dientes.*

En ese momento, los ladrones dejaron sus dormitorios y se presentaron en la sala de piedra para saber lo que sucedía.

—*¡Engullid el desayuno rápidamente! —dijo Mattis—. ¡Porque después vamos a tomar a un toro bravo por los cuernos y a tirarlo por la Boca del Infierno!*

Ronja se vistió enseguida, pues sólo tenía que ponerse una túnica de piel de potro sobre la camisa, y los pantalones. Hasta que no llegaba la nieve, siempre iba descalza. Por eso no tenía que perder tiempo con las botas ni con los zapatos cuando, como en este momento, tenía prisa.

Si todo hubiera sido como de costumbre, ya habría escapado al bosque.

Pero nada era ya como de costumbre, y tendría que subir a las murallas para enterarse de lo que ocurría.

Mattis arengó a sus ladrones, y todos, todavía con el desayuno en la boca, incluidos Lovis y Ronja, subieron en procesión por las escaleras del castillo hacia las murallas.

Solamente Skalle-Per se quedó sentado con el plato del desayuno colmado en las manos, lamentándose amargamente porque él ya no tenía fuerzas para intervenir cuando sucedía algo divertido.

—*¡Demasiadas escaleras las de esta casa para unas piernas demasiado débiles! —rezongaba.*

Era una clara y fría mañana. Los primeros resplandores rojos del sol brillaban sobre el espeso bosque que rodeaba el Castillo de Mattis. Ronja lo contemplaba desde lo alto de la muralla.

Allí hubiera querido estar, en su tranquilo y verde mundo privado. No aquí, junto a la Boca del Infierno, donde los ladrones de Mattis y los de

Borka estaban enfrentados, sin quitarse el ojo de encima a través del abismo que los separaba.

“¡Vaya, con que ése es el gran sinvergüenza!” pensó Ronja cuando vio a Borka allí de pie, desparrado e insolente delante de sus ladrones. No era tan alto ni tan apuesto como Mattis, y eso le gustaba.

Pero parecía fuerte, no se podía negar. Lo cierto es que era algo rechoncho, pero fuerte y vigoroso, y para más señas, tenía el pelo rojo, greñudo y desordenado. A su lado había otro pelirrojo, pero éste tenía el cabello liso, por lo que su cabeza parecía estar coronada con un casco de cobre.

Sí, también estaba Birk, y parecía divertirse mucho presenciando aquel espectáculo. La saludó con la mano a escondidas, como si fueran viejos amigos. Sí, ¡a lo mejor se creía eso, el muy necio!

—*Me parece muy bien, Mattis, que hayas venido tan deprisa —dijo Borka.*

Mattis clavó una torva mirada en su enemigo.

—*Podía haber venido antes —dijo—; pero tenía que terminar un trabajito.*

—*¿Qué trabajito? —preguntó Borka cortésmente.*

—*Una poesía que hice esta mañana. Se titula “Elegía a la muerte del ladrón Borka.” Probablemente Undis podrá consolarse un poco con ella cuando se quede viuda.*

Borka quizás había creído que se podía hablar con Mattis y llegar a un acuerdo con él para evitar peleas sobre el asunto de la Fortaleza de Borka.

Pero ahora se daba cuenta de que estaba totalmente equivocado, y se puso furioso.

—*Deberías pensar más en consolar a Lovis, que tiene que soportarte a ti y tus estupideces.*

Undis y Lovis, las dos que tenían que ser consoladas, estaban cada una a un lado de la Boca del Infierno con los brazos cruzados sobre el pecho y

el profanador de textos

mirándose fijamente a los ojos. Se veía bien a las claras que no necesitaban ninguna clase de consuelo.

—*Ahora escúchame, Mattis —dijo Borka—. En el bosque de Borka ya no se puede seguir viviendo. Los soldados aparecen por todas partes, como moscas, y a algún sitio tenía que ir con mi mujer, mi hijo y todos mis bandoleros.*

—*Puede ser —dijo Mattis—.*

Pero apoderarse de un lugar donde vivir, así, sin pedir permiso, eso no lo hace nadie que tenga una pizca de vergüenza.

—*¡Extrañas palabras en boca de un ladrón! —dijo Borka—. ¿No has tomado tú siempre lo que has querido sin pedir permiso a nadie?*

—*¡Ejem! —dijo Mattis.*

No supo qué contestar. Ronja no comprendía por qué. Tenía que saber qué era lo que Mattis había tomado sin pedir permiso a nadie.

—*Hablando de otra cosa —dijo Mattis después de un momento de silencio—. Sería divertido oír cómo lo habéis hecho para entrar; porque así se os podría echar por el mismo camino.*

—*Puedes intentarlo —dijo Borka—. ¿Que cómo lo hemos hecho para entrar? Pues mira, tenemos a este muchachito que es capaz de trepar por las más escarpadas paredes de la montaña llevando una cuerda larga y resistente, como una cola colgándole detrás.*

Puso una mano sobre la roja cabeza de Birk, que sonrió levemente, y continuó—:

—*Luego el muchachito sujeta bien la cuerda en la cima, y de este modo todos nosotros podemos subir también, uno tras otro.*

Después, lo único que hay que hacer es ir derechos al castillo y prepararse un buen refugio de ladrones.

Mattis hizo rechinar los dientes un momento mientras digería todo aquello.

Después dijo:

—*¡Que yo sepa, no hay ninguna entrada por la parte norte!*

—*¡Que tú sepas! Me parece que no es mucho lo que sabes ni lo que recuerdas de este castillo, aunque has vivido aquí toda tu vida. Ya sabes que, en otros tiempos, cuando esto era una casa señorial, y no como ahora, había una portezuela que utilizaban los criados cuando iban a echar de comer a los cerdos. Tú, sin duda, te acordarás muy bien de dónde estaba la vieja pocilga cuando eras niño. Allí, tú y yo solíamos cazar ratas, hasta que un día tu padre nos sorprendió y me dio un sopapo que casi me arranca la cabeza.*

—*Sí, mi padre hacía muchas cosas bien hechas —dijo Mattis—. A todos los redomados⁷ zorros del linaje de los Borka les daba caza en cuanto se topaba con ellos.*

—*¡Sí, sí! —dijo Borka—. Y aquel sopapo me enseñó que todos los del linaje de Mattis eran mis enemigos mortales. Hasta ese momento no supe que tú y yo pertenecíamos a familias distintas, y tú tampoco lo sabías.*

—*Pero ahora ya lo sé —dijo Mattis—. Y pronto entonaremos todos una elegía por la muerte de Borka si tú y tu banda no os vais del Castillo de Mattis por el mismo camino por donde habéis venido.*

—*Puede ser que haya elegías para todos —dijo Borka—. Pero a la Fortaleza de Borka he venido a vivir, y aquí me quedo.*

—*¡Ya lo veremos! —exclamó Mattis.*

Mientras, sus ladrones empezaron a murmurar, indignados, dispuestos a empuñar sus ballestas; pero los ladrones de Borka también estaban armados, y

⁷ redomado, da: 1. adj. Muy cauteloso y astuto. 2. adj. Que tiene en alto grado la cualidad negativa que se le atribuye. Pillo, embustero redomado. Diccionario RAEL [n. del pr.]

una batalla junto a la Boca del Infierno solamente podía terminar mal para todos, y en esto estaban de acuerdo los dos, Mattis y Borka, así que optaron por retirarse, no sin antes insultarse mutuamente los dos bandos, pero sólo por cuestión de principios.

El aspecto de Mattis no era precisamente el de un vencedor cuando volvió a la sala de piedra, ni tampoco lo era el de ninguno de sus ladrones. Skalle-Per le contempló en silencio; después sonrió pícaramente con su desdentada boca.

—*Ese toro bravo —dijo—, al que tú tenías que agarrar por los cuernos y arrojarlo por la Boca del Infierno, habrá hecho un buen estruendo al caer, ¿no? ¡Bueno, creo yo! Seguro que retumbaría en todo el Castillo de Mattis.*

—*Come el desayuno, si es que lo puedes masticar, y déjame a mí los toros bravos —dijo Mattis—. Ya acabaré con ellos cuando llegue el momento.*

Pero como Ronja creía que ese momento aún no había llegado, se apresuró a volver a su mundo. Ahora los días eran más cortos. Dentro de unas horas se pondría el sol, pero hasta entonces quería estar en su bosque y junto a su lago, que con el resplandor del sol brillaba como el oro.

Pero Ronja sabía que el oro era traidor y que el agua estaría fría como el hielo. Aun así, se desnudó rápidamente y se zambulló de cabeza. Primero dio un chillido, pero después se rió de felicidad, y nadaba y se zambullía, hasta que el frío la hizo salir. Tiritando, volvió a ponerse su túnica de piel, pero de nada sirvió.

Tuvo que empezar a saltar para entrar en calor. Corría y saltaba como un duende entre los árboles y sobre las piedras hasta que el frío le salió del cuerpo y sus mejillas recobraron el color.

el profanador de textos

Después continuó corriendo sólo por el gusto de correr. Gritando alegremente pasó corriendo entre unos espesos abetos y allí se topó con Birk. La rabia le estalló de nuevo. ¡Ni siquiera en el bosque se podía estar en paz!

—¡Ten cuidado, hija de bandolero! —dijo Birk—. ¿Tanta prisa tienes?

—Si tengo prisa o no, es algo que no te importa —le contestó enfadada.

Y luego siguió corriendo.

Pero se detuvo enseguida. Se le ocurrió que debía volver atrás sigilosamente y ver qué hacía Birk en su bosque.

Estaba acurrucado delante de la madriguera de los zorros. Esto la irritó todavía más. Porque los zorros eran de su propiedad.

Los había seguido desde que habían criado la primavera pasada. Ahora las crías eran ya grandes, pero todavía juguetonas. Saltaban y se mordían y peleaban entre ellas fuera de la madriguera, y Birk permanecía allí sentado, mirándolas.

Estaba de espaldas a ella; sin embargo, notó de una manera extraña que ella estaba detrás de él, y le gritó sin darse la vuelta:

—¿Qué quieres, hija de bandolero?

—¡Quiero que dejes en paz a mis zorros y que desaparezcas de mi bosque!

Entonces él se levantó y se le acercó.

—¡Tus zorros! ¡Tu bosque! Los zorros son de ellos mismos, ¿lo entiendes? Y viven en el bosque de los zorros, como también es el bosque de los lobos, y de los osos, y de los alces, y de los caballos salvajes. Y el bosque de los búhos, de las águilas ratoneras, de las palomas torcaces, de los gavilanes, de los cuclillos, de los caracoles, de las arañas y de las hormigas.

—Conozco de sobra toda la vida de este bosque —dijo Ronja—. ¡A mí no tienes tú que venir a enseñarme nada!

—Entonces sabrás que también es el bosque de las arpias, de los enanos grises, de los gnomos del bosque y de los trol⁸ oscuros.

—Si es que no te puedes callar, por lo menos cuéntame algo nuevo, algo que yo no sepa mejor que tú —dijo Ronja.

—¡Además, también es mi bosque! ¡Igual que tuyo, hija de bandolero, sí, también tuyo! Pero si lo quieres para ti sola, ¡entonces eres más tonta de lo que creí cuando te vi por primera vez!

La traspasó con la mirada, y sus claros ojos azules se oscurecieron de odio. Ella vio que no le gustaba a él, pero le daba igual. Birk podía pensar lo que quisiera; ella lo que quería era volver a casa y no verle más.

—Yo comparto gustosa el bosque con los zorros, los búhos y las arañas, pero no contigo —dijo Ronja, y se fue.

Entonces vio como el bosque se cubría de niebla.

Espesa y gris, se extendía por el suelo y rodaba entre los árboles. En un abrir y cerrar de ojos, el sol se había ido y su brillo dorado había desaparecido. Ahora no se veían ni senderos ni piedras.

Pero Ronja no se asustó. Conocía muy bien el camino del Castillo de Mattis incluso a través de la niebla más espesa, y debía estar en casa antes de que Lovis cantara la Canción del Lobo.

Pero ¿qué haría Birk? Quizás conociera todos los caminos y senderos del bosque de Borka, pero aquí, en el bosque de Mattis, no se encontraría precisamente como en su casa. Bueno, así tendría que que-

darse con los zorros, pensó. Quizás hasta que llegara un nuevo día sin niebla.

Entonces le oyó gritar desde la niebla.

—¡Ronja!

¡Vaya, también sabía su nombre! Ya no era solamente una hija de bandolero.

Él gritó otra vez:

—¡Ronja!

—¿Qué quieres? —preguntó ella, gritando también. Pero entonces él ya la había alcanzado.

—Esta niebla me asusta un poco —dijo.

—¡Ah, vaya! ¿Tienes miedo de no encontrar el camino de tu cueva de ladrones? Entonces puedes compartir la madriguera con los zorros, ya que a ti te gusta compartir.

Birk se echó a reír.

—¡Eres más dura que una piedra, hija de bandolero! Pero tú conoces mejor que yo el Castillo de Mattis. ¿Puedo agarrarme a una punta de tu túnica hasta que hayamos salido del bosque?

—¡Ni hablar! —dijo Ronja.

Pero soltó su correa de cuero, aquella que le había salvado una vez, y le tendió la punta—. ¡Toma! ¡Pero mantente tan lejos de mí como te permita la correa, te lo aconsejo!

—¡Cómo quieras, fiera hija de bandolero! —dijo Birk.

Y empezaron a caminar. La niebla se hacía cada vez más espesa y ellos iban callados, separados por el largo de la correa, como Ronja había dispuesto.

Lo importante ahora era no salirse del sendero.

Un solo paso en falso podía ser fatal, y Ronja lo sabía.

Pero no tenía miedo. Para avanzar tanteaba con las manos y los pies: piedras, árboles y arbustos eran sus indicadores del camino. Esto llevaba tiempo,

⁸ trol [nórdico 'troll']: Temible miembro de una mítica raza antropomorfa del folclore escandinavo. [n. del pr.]

el profanador de textos

pero sin duda estaría en casa antes de que Lovis cantara la Canción del Lobo; no había por qué preocuparse.

Pero Ronja no había hecho jamás una caminata tan extraña. Era como si toda la vida del bosque hubiera muerto y hubiera callado, y eso le producía una emoción que la desconcertaba.

¿Era éste su bosque, el que ella conocía y amaba? ¿Por qué estaba ahora tan callado y tan siniestro, y qué era lo que se escondía entre la niebla? Algo había allí, algo desconocido y peligroso.

Pero no sabía qué era Y eso la asustaba. “Pronto estaré en casa” pensaba para consolarse; “pronto estaré en mi cama y oiré a Lovis cantar la Canción del Lobo.”

Pero no le sirvió de nada. Su miedo iba en aumento, y estaba tan asustada como no lo había estado en su vida: Llamó a Birk, pero fue una llamada lastimera: sonó tan lúgubre que la asustó todavía más. “Voy a volverme loca. ¡Será mi final!” pensó.

Entonces llegó desde lo más profundo de la niebla un dulce lamento, una especie de canción extrañísima. Nunca había oído nada parecido. ¡Oh, qué hermosa era! ¡Cómo llenaba el bosque con su dulzura! Y esta canción le quitó todo el miedo; la consoló. Se detuvo y se dejó consolar.

¡Qué agradable era! ¡Cómo seducía y atraía aquella canción! Sí, se dio cuenta de que el que cantaba quería que ella dejara el sendero y siguiera los seductores sonos a través de la niebla.

La canción se hizo más fuerte. Hacía estremecer el corazón, y Ronja se olvidó de repente de la Canción del Lobo que la esperaba en su casa. Se olvidó de todo: lo único que quería era ir hacia aquel que la llamaba desde la niebla.

—*¡Sí, ya voy!* —gritó, y dio unos pasos fuera del sendero.

Pero entonces recibió un tirón de la correa de cuero tan fuerte que la hizo caer.

—*¿Adónde vas?* —gritó Birk—. *¡Si te dejas seducir por los subterrestres estás perdida para siempre, ya lo sabes!*

¡Los subterrestres...! Había oído hablar de ellos.

Sabía que tenían la costumbre de subir al bosque desde sus oscuras profundidades solamente cuando había niebla. Nunca había encontrado a ninguno de aquellos seres; sin embargo, ahora quería seguirlos a donde fuera. Quería escuchar sus canciones, aunque tuviera que vivir bajo tierra toda su vida.

—*¡Sí, ya voy!* —volvió a gritar deseando ir.

Pero entonces llegó Birk y la sujetó fuertemente.

—*¡Suéltame!* —gritaba Ronja golpeando salvajemente a su alrededor.

Pero él la sujetó con fuerza.

—*¡No hagas un disparate!* —decía Birk.

Pero ella sólo oía aquel canto, que cada vez era más fuerte y llenaba el bosque con su melodía. Y también a ella la llenaba de una nostalgia irresistible.

—*¡Sí, ya voy!* —gritó otra vez.

Y golpeaba a Birk para liberarse. Le arañó, le pegó, y gritó, y lloró, y acabó dándole un fuerte mordisco en la mejilla.

Pero él no la dejaba marchar. La tuvo sujeta mucho tiempo, sujetándola con fuerza.

Después, de repente, la niebla se desvaneció, tan deprisa como había venido. ¡En aquel mismo momento dejó de oírse la canción! Ronja miró a su alrededor. Era como si acabara de despertar de un sueño. Vio el sendero que conducía a su casa y el rojo sol que se ponía detrás de la montaña, y a Birk, que estaba a su lado.

—*Dije que a la distancia de la correa —le recordó.*

Después le vio la mejilla llena de sangre y le preguntó:

—*¿Te ha mordido algún zorro?*

Birk no contestó. Enrolló la correa y se la entregó.

—*¡Muchas gracias! ¡Ya me arreglo yo solo hasta casa, ¡hasta la Fortaleza de Borka!*

Ronja le miró de reojo. Ahora le resultaba más difícil odiarle, y no sabía por qué.

—*¡Vete a paseo!* —le dijo amigablemente.

Y después echó a correr al Castillo de Mattis. ♣

5 [dar a los pobres]

Aquella noche, Ronja estaba sentada junto al fuego con su padre, y entonces se acordó de una cosa que quería saber.

—¿Qué es lo que tú has tomado sin pedir permiso, según dice Borka?

—¡Ejem! —dijo Mattis—. ¡El miedo que he pasado pensando que quizás no supieras volver a casa, con tanta niebla, Ronja mía!

—¡Pero he sabido! —dijo Ronja—. Oye, ¿qué es lo que has tomado sin pedir permiso?

—¡Mira ahí! —indicó Mattis señalando nerviosamente hacia las brasas—. ¿No ves? Es exactamente como si ahí hubiera un hombre. Se parece a Borka, ¿qué asco!

Pero Ronja no podía ver a ningún Borka en las brasas, y tampoco le importaba.

—¿Qué es lo que has tomado sin pedir permiso? —insistió.

Y como quiera que Mattis no contestaba, lo hizo Skalle-Per en su lugar.

—¡Muchas cosas! ¡Ay, ay, ay! ¡Tantas cosas! ¡Si las tuviéramos que contar...!

—¡Tú te callas! —ordenó Mattis, furioso—. De esto me encargo yo.

Todos los ladrones, menos Skalle-Per, se habían ido ya a sus aposentos, y Lovis había salido para atender a las gallinas, las cabras y las ovejas, como todas las noches, por lo que fue sólo Skalle-Per el que pudo oír a Mattis explicarle a Ronja lo que era un ladrón en realidad: uno que tomaba las cosas sin preguntar y sin pedir permiso.

Mattis no solía avergonzarse de ello, ¡al contrario!; se enorgullecía y se vanagloriaba de ser el capitán de ladrones más poderoso de todas las montañas y bosques.

Pero en aquel momento se le hacía difícil explicárselo a Ronja. Claro que él había pensado decírselo poco a poco, era necesario, pero hubiera querido esperar todavía algo más.

—Como eres una niña inocente, Ronja mía, no te he contado antes muchas de estas cosas.

—¡No, no le has dicho ni una palabra! —aseguró Skalle-Per—. ¡Y nosotros tampoco hemos podido decirle nada!

—¡ye, viejo, ¿por qué no te vas a acostar? —sugirió Mattis.

Pero Skalle-Per dijo que no. Que quería quedarse a escuchar.

Y Ronja lo comprendió todo. Por fin se enteró de dónde venían todas aquellas cosas que los ladrones traían sobre las monturas cuando volvían cabalgando por las noches, todas las mercaderías de los sacos y bolsas de cuero, todos aquellos objetos preciosos de los cajones y cofres. Cosas así no crecían en los árboles del bosque. Su padre se lo quitaba a otros hombres sin más ni más, sin escrúpulo alguno.

—Pero ¿no se enfadan cuando les quitáis sus cosas?

—preguntó Ronja.

Skalle-Per sonreía solapadamente.

—¡Sacan fuego por los ojos! —aseguró—. ¡Tendrás que oírlos!

—¡Viejo, sería mejor que por fin te fueras a acostar! —dijo Mattis.

Pero Skalle-Per no quería ni oír hablar de dormir.

—Algunos también lloran —le dijo a Ronja.

Pero entonces Mattis rugió:

—¡O te callas, o te echo de aquí!

Después acarició a Ronja en la mejilla.

—Tienes que comprenderlo, Ronja, es así. Toda la vida ha sido igual. No merece la pena hablar más de ello.

—¡Sí!, eso es verdad —dijo Skalle-Per—.

Pero la gente no se acostumbra jamás. ¡Gritan, lloran y juran que es un gusto verlos!

Mattis lo miró furioso; pero después se volvió de nuevo hacia Ronja.

—Mi padre era capitán de bandoleros, igual que mi abuelo y mi bisabuelo, tú lo sabes, y yo no voy a romper la tradición. Yo también soy capitán de bandoleros, el más poderoso de todas las montañas y bosques. Y tú también lo serás, Ronja mía.

—¿Yo? —gritó Ronja—. ¡Jamás en la vida! ¡Nunca, si ha de haber alguien que por mi culpa se enfurezca o lllore!

Mattis se rascó la cabeza. Ya empezaban las preocupaciones y los disgustos.

Quería que Ronja lo admirara y lo quisiera como él la quería y la admiraba, y ahora iba ella y gritaba “¡Jamás en la vida!” y no quería ser capitán de ladrones como su padre. Esto le hacía sentirse desgraciado. De alguna manera tenía que hacerle comprender que su oficio era bueno y honrado.

—Comprende, Ronja mía, que yo robo solamente a los ricos —aseguró—.

el profanador de textos

Después reflexionó un momento—. Y les doy a los pobres. Eso hago.

Entonces Skalle-Per se rió solapadamente.

—¡Sí, sí, es verdad! Un saco lleno de harina le diste a aquella pobre viuda con ocho hijos, ¿te acuerdas?

—¡Exactamente! —dijo Mattis—. Así fue. Lo recuerdo muy bien.

Acarició satisfecho su negra barba. Ahora estaba contento de sí mismo y de Skalle-Per.

Skalle-Per se rió solapadamente de nuevo.

—Tienes buena memoria, Mattis. Esto sucedió hará diez años dentro de nada. Sí, es cierto que les das a los pobres. A menudo, cada diez años.

Entonces Mattis rugió.

—Si no te vas a la cama ahora mismo, yo sé de uno que te va a llevar a empujones.

Pero no fue necesario, porque en aquel momento entró Lovis. Skalle-Per desapareció sin ayuda de nadie, Ronja se fue a la cama y el fuego se apagó mientras Lovis cantaba la Canción del Lobo.

Ronja la escuchaba en su lecho, y ya no le preocupaba que su padre fuera o dejara de ser capitán de ladrones. Era su Mattis de siempre, e, hiciera lo que hiciera, ella lo quería.

Aquella noche durmió intranquila y soñó con los subterrestres y con sus cantos seductores; pero cuando se despertó no se acordaba de nada.

Sólo se acordó de Birk. Durante los días siguientes pensó algunas veces en él y se preguntaba qué haría allí en su fortaleza de Borka, y cuánto tiempo pasaría hasta que Mattis, por fin, echara del castillo a su padre y a toda su chusma de ladrones.

Mattis elaboraba todos los días nuevos y terribles planes, pero ninguno acababa de gustarle.

—¡No sirve! —decía Skalle-Per a todo lo que Mattis ideaba—. Tienes que ser astuto como un zorro viejo, porque por la fuerza no conseguirás nada.

Ser astuto como un zorro viejo no le iba a Mattis; pero hacía lo que podía y mientras tanto, pasaban los días sin que los bandoleros saliesen a robar. Los ladrones de Borka tenían también otras cosas en que pensar, y la gente que por esos días debía atravesar el Paso de los Ladrones se sorprendía de que los bandoleros les dejasen en paz. No comprendían por qué había tanta tranquilidad.

¿Dónde se habrían metido los salteadores? Los soldados del gobernador, que tan tenazmente habían andado a la caza de Borka, encontraron la cueva donde había tenido su guarida, pero ahora estaba desierta y vacía. Toda la banda había desaparecido, y los soldados se alegraban, por fin, de poder dejar el bosque de Borka, que estaba tan oscuro, tan frío y tan lluvioso ahora en el otoño. Sabían muy bien que había ladrones allí arriba, en el Castillo de Mattis, pero con gusto se olvidaban de ello.

No había lugar más peligroso, y el capitán de bandoleros que habitaba allí era más difícil de cazar que un águila en lo más alto de las rocas. Era preferible dejarle completamente en paz.

Mattis consumía la mayoría de su tiempo intentando descubrir a qué se dedicaba Borka en la parte norte del castillo y cuál sería la mejor manera de sorprenderle, por lo que a diario salía en plan de reconocimiento.

Con algunos de sus hombres recorría a caballo el bosque por la parte norte del castillo, pero nunca encontraba ni rastro de los intrusos.

Aquello estaba siempre tranquilo, como si no existiera ningún ladrón de Borka. En realidad, lo que pasaba era que se habían fabricado una sólida

y larga escalera de cuerda, de manera que podían entrar y salir del castillo sin dificultad utilizando la pared rocosa de la parte norte.

Mattis vio un día la escalera colgando. Entonces se puso fuera de sí y corrió como un loco con ánimo de trepar por ella. Sus ladrones le siguieron, con ardientes deseos de guerra; pero entonces, desde las troneras de la fortaleza de Borka, les llegó un charrón de flechas, y Lill-Klippen recibió una en el muslo que le obligó a permanecer dos días en cama. Era evidente que la escalera de cuerda solamente se colgaba bajo la más estricta vigilancia.

La oscuridad del otoño pesaba ahora sobre el Castillo de Mattis, y a los ladrones no les gustaba estar sentados todo el santo día sin hacer nada. Estaban nerviosos y reñían más que de costumbre, hasta que por fin Lovis tuvo que hablarles en serio.

—¡Me vais a romper los tímpanos con vuestras riñas y vuestras broncas! ¡Id a tomar el fresco, si es que no pueden ponerse de acuerdo!

Entonces callaron, y Lovis les encomendó trabajos que fueran de utilidad, como limpiar el gallinero y los establos de las ovejas y las cabras, cosa que ellos odiaban hacer; pero nadie se libraba más que Skalle-Per y los que en aquel momento estaban de guardia en la Trampa del Lobo y allá arriba en la Boca del Infierno.

También Mattis hacía todo lo posible para tener a sus ladrones ocupados. Los llevaba a cazar alces. Armados con lanzas y ballestas se adentraron en el bosque otoñal. Y Skalle-Per se puso muy contento cuando volvieron a casa arrastrando cuatro grandes alces machos que habían cazado.

—¡Tomar todos los días sopa de gallina y carnero no puede ser bueno! —dijo—. Ahora al menos tendremos

el profanador de textos

algo para masticar, y los trozos más tiernos serán para el desdentado, ¡claro está!

Y Lovis asó carne de alce, y ahumó carne de alce, y saló carne de alce, para que, alternando con gallinas asadas y piernas de cordero, bastara para todo el invierno.

Ronja continuaba yendo al bosque como acostumbraba. A pesar de que en otoño en el bosque había mucha tranquilidad, a ella también le gustaba estar en el bosque en otoño.

El musgo estaba húmedo, verde y blando bajo sus desnudos pies, el aroma del otoño se sentía en el aire, y las ramas de los árboles brillaban con el rocío. Llovía a menudo. A Ronja le gustaba sentarse acurrucada debajo de un tupido abeto y oír el suave goteo de la lluvia a su alrededor.

A veces llovía a cántaros, de modo que todo el bosque susurraba bajo la lluvia. Y eso también le gustaba. Raramente se dejaban ver los animales. Sus zorros estaban en la madriguera.

Pero a veces, al atardecer, veía a un alce que pasaba y a varios caballos salvajes que pastaban entre los árboles. Tenía ganas de cazar un caballo salvaje, y muchas veces lo había intentado, pero jamás lo había conseguido. Eran muy asustadizos y seguramente muy difíciles de domar; pero ya era hora de que ella tuviera un caballo. Incluso se lo había dicho a Mattis.

—Sí, cuando seas tan fuerte que puedas atraparlo tú misma —le había contestado.

“Alguna vez lo haré,” pensaba ella. “Cazaré un hermoso potrillo para llevármelo a casa, al Castillo de Mattis, y domarlo como Mattis ha hecho con todos sus caballos.”

En otoño, el bosque estaba extrañamente vacío.

Todos los seres que solían poblarlo habían desaparecido. Se habían refugiado en sus cuevas y escondrijos. A veces, muy de tarde en tarde, venían las arpías planeando desde las montañas; pero, al parecer, aquel otoño estaban muy tranquilas y preferían quedarse en sus grutas en lo alto de las rocas. Los enanos grises también se mantenían lejos. Sólo una vez vio Ronja un par de ellos mirando desde detrás de una piedra; pero los enanos grises ya no le daban miedo.

—¡Id al infierno! —les gritó, y desaparecieron dando roncitos silbidos.

A Birk no le veía nunca en su bosque, y estaba contenta de ello. ¿O no lo estaba? A veces ni ella misma sabía lo que pensaba.

Llegó el invierno y el frío.

Cayó la nieve, y el bosque de Ronja se transformó en un bosque de hielo, el más hermoso que se pueda imaginar. Ronja pasaba el día esquinando por allí, y cuando volvía a casa al atardecer llevaba escarcha en el pelo y helados los dedos de las manos y de los pies, a pesar de los guantes y las botas de piel.

Pero ni el frío ni la nieve conseguían mantenerla alejada del bosque. Al día siguiente estaba otra vez allí.

Mattis a veces se preocupaba cuando la veía deslizarse por las cuevas de la Trampa del Lobo, y no se cansaba de repetirle a Lovis:

—¡Ojalá le vaya bien! ¡Con tal que no le suceda nada malo! ¡Porque entonces yo no podría resistirlo!

—No debes preocuparte por ella —decía Lovis—.

Esta niña sabe cuidarse mejor que ningún ladrón.

¿Cuántas veces tendré que decírtelo?

Y claro que Ronja podía cuidarse de sí misma.

Pero un día sucedió algo que, por fortuna, Mattis nunca llegó a saber.

Había estado nevando durante toda la noche, y la nieve había estropeado todas las pistas de esquiar de Ronja. Tenía que hacer otras nuevas, y eso significaba un duro trabajo. Sobre la nieve se había formado una costra de hielo, pero era una costra demasiado fina. Los esquís seguían hundiéndose, y, al final, Ronja se quedó sin fuerzas para continuar. Quería irse a casa.

Había subido a la cima de una colina y tenía que descender por la otra vertiente. Allí había un escarpado precipicio, pero Ronja tenía sus bastones para frenar, y sin miedo se lanzó pendiente abajo, dejando tras de sí un remolino de nieve.

Mas en cierto lugar el terreno formaba una especie de cresta, y Ronja salió volando; pero en medio del vuelo perdió uno de los esquís y, cuando tomó tierra, metió el pie en un profundo agujero. Vio que su esquí desaparecía por el barranco abajo hasta perderse de vista.

Ronja estaba atrapada en el agujero hasta la rodilla.

Al principio se echó a reír, pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de lo mal que se presentaba la cosa. Por mucho que tiraba y se esforzaba, no podía liberarse. Oyó un murmullo cerca del agujero y al principio no se percató de qué se trataba.

Pero entonces vio a un montón de gnomos del bosque que avanzaban sobre la nieve un poco más allá.

Era fácil reconocerlos por sus anchas caderas, sus caritas arrugadas y su cabello erizado. Generalmente los gnomos del bosque son buenos y pacíficos y no hacen ningún daño; pero aquellos que ahora estaban allí mirándola fijamente con sus ojos sin expresión se veía que estaban enfadados. Gruñían y suspiraban, y uno de ellos dijo tristemente:

el profanador de textos

—¿Po qu hase eya dete modo?

E inmediatamente corearon los demás:

—¿Po qué hase eya dete modo? Ha hudido techo.

¿Po qué etonce, po qué?

Ronja comprendió entonces que había metido el pie en su madriguera subterránea. Los gnomos del bosque hacían cuevas bajo tierra si no encontraban un buen árbol hueco donde vivir.

—No lo he hecho adrede —dijo—. ¡Ayudadme a salir!

Pero los gnomos del bosque la miraban fijamente y suspiraban tan tristemente como antes.

—Etá trapada en e techo. ¿Po qué hase dete modo?

Ronja se impacientó:

—¡Pues, entonces, ayudadme para poder salir de aquí!

Pero era como si ni oyeran ni entendieran. La miraban embobados y después desaparecieron de repente en su madriguera subterránea. Oía su quejumbroso murmullo allí abajo; pero de pronto empezaron a gritar y a dar voces como si estuvieran contentos por algo.

—¡Fuciona! —gritaban—. ¡Co la cuna, mirá, fuciona!

Y Ronja notó que algo le colgaba del pie, algo pesado.

—¡Nene pequeno, ahí cuelga tú bien! —gritaban los gnomos del bosque—. ¡Ena cuna, mirá! ¡Ya que todo modo tenemo que tené ete malo pie ne techo!

Pero Ronja no quería quedarse en medio de la nieve y pasar frío sosteniendo la cuna de algún tonto gnomo del bosque.

Intentó de nuevo liberarse, forcejeando y sacudiendo todo lo que pudo para soltarse. Y entonces los gnomos del bosque empezaron a gritar jubilosamente.

—¡Nene pequeno, ahora colupia mu bié, mirá!

En el bosque de Mattis no había que tener miedo de nada. Esto lo sabía ella desde que era pequeña y siempre había hecho todo lo posible por ahuyentar el miedo, pero a veces no resultaba. Precisamente en aquel momento no resultaba. Pensaba que nunca podría salir de allí, que tendría que quedarse allí atrapada toda la noche y morir de frío. Vio las oscuras nubes cargadas de nieve sobre el bosque: aquella noche nevaría mucho.

Sí, caería una buena nevada... Quizás se quedaría allí hasta la primavera, sepultada bajo la nieve, muerta y congelada, acunando a un pequeño gnomo del bosque con su pie.

Sólo entonces vendría Mattis y descubriría a su pobre hija, muerta de frío en el bosque invernal.

—¡No, no! —gritó—. ¡Socorro! ¡Venid a ayudarme!

Pero ¿quién había en aquel bosque desierto que pudiera oírla?

Nadie; lo sabía.

Pero, aun con todo, gritó hasta que no pudo más. Y entonces oyó a los gnomos del bosque quejarse allí abajo:

—¡Ya acabó, co acunamiento! ¿Po qué, po qué?

Pero después Ronja ya no oyó nada más. Porque entonces vio la arpía. Como una enorme ave rapaz, hermosa y negra, llegó cerniéndose sobre el bosque, allá en lo alto, bajo las nubes negras; después se dejó caer y se acercó. Voló directamente hacia Ronja y ésta cerró los ojos. Se dio cuenta de que ya no tenía salvación.

Gritando y riéndose, la arpía aterrizó junto a ella.

—¡Hermosa niña! —gritó chillonamente, y le tiró del pelo a Ronja—. ¿Qué haces aquí, perezosa? ¡Ja, ja, ja...!

Y de nuevo rió, y era la más desagradable de las risas.

—¡Trabajarás para nosotras! ¡Allá arriba en las montañas! ¡Hasta que corra la sangre! ¡Si no, te desgarraremos, te destrozaremos!

Empezó a tirar de Ronja y a arañarla con sus uñas como cuchillos y, como Ronja no se movía, como si estuviera pegada a la roca, se puso furiosa.

—¿Quieres que te arañe y te desgarre?

Se inclinó hacia Ronja, y sus negros y duros ojos centelleaban de maldad.

Después intentó una vez más llevarse a Ronja, pero como, aunque tiraba y arañaba, no lo conseguía, por fin se cansó.

—¡Pues entonces voy a buscar a mis hermanas! —gritó—. ¡Mañana te agarraremos, y entonces ya no podrás descansar nunca más, jamás, jamás!

Y se fue volando sobre las copas de los árboles y desapareció hacia las montañas.

“Mañana, cuando vuelvan las arpías, aquí solamente encontrarán un pedazo de hielo,” pensó Ronja.

Abajo, los gnomos del bosque se habían callado. Todo el bosque estaba en silencio, esperando sólo la noche, que estaba a punto de llegar. Ronja también esperaba. Estaba tranquila y no luchaba por liberarse.

Ya podía llegar la última noche, la fría y oscura noche de soledad que acabaría con ella. Había empezado a nevar. Grandes copos caían sobre su rostro, donde se deshacían y se mezclaban con sus lágrimas. Porque ahora Ronja lloraba.

Pensaba en Mattis y en Lovis. Nunca más los volvería a ver, y en el Castillo de Mattis nadie volvería ya a estar alegre. ¡Pobre Mattis, se volvería loco de pena! Y Ronja no estaría allí para consolarlo, como

el profanador de textos

solía hacer cuando él estaba triste. Ahora no había consuelo que dar ni consuelo que recibir. ¡Ningún consuelo!

Entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre. Lo oyó muy claro, pero sabía que sólo podía ser un sueño. Y lloró más aún. Si alguien la llamaba por su nombre, ya no podía ser más que en sueños. Y pronto ni siquiera podría soñar.

Pero entonces oyó de nuevo la voz que la llamaba.

—Ronja, ¿es que no vas a volver a casa esta noche?

Sin ganas abrió los ojos. Y vio a Birk. ¡Sí, allí estaba Birk sobre sus esquís!

—He encontrado tu esquí allí abajo, y ha sido una suerte, porque si no te hubieras tenido que quedar aquí para siempre. —Puso el esquí en la nieve junto a ella—. Necesitas ayuda, ¿verdad?

Entonces Ronja se puso a llorar tan alto y tan violentamente, que ella misma se avergonzó. No le podía contestar porque el llanto se lo impedía, y cuando él se inclinó para levantarla, ella le echó los brazos al cuello y murmuró con desesperación:

—¡No te vayas de mi lado! ¡No te vayas nunca más de mi lado!

Él sonrió.

—¡No, pero con tal que te mantengas a la distancia de la correa! ¡Suéltame y no grites, por favor! ¡Voy a ver cómo puedo sacarte de ahí!

Se quitó los esquís y se echó de bruces junto al agujero y metió la mano tan abajo como pudo. Y después de muchos esfuerzos se produjo el milagro: Ronja pudo sacar la pierna.

¡Estaba libre!

Pero los gnomos del bosque estaban furiosos allí abajo, y su pequeño lloraba desconsolado.

—¡Hermoso nenito entado tierra en os ojos! ¿Po qué eya hase eto?

Ronja no cesaba de llorar. Birk le tendió el esquí.

—No llores más, por favor —le pidió—. Si no, no tendrás fuerzas para volver a tu casa.

Ronja respiró profundamente. Sí, tenía que dejar de llorar. Estaba de pie sobre sus esquís y quiso probar si las piernas la sostenían.

—Voy a intentarlo —dijo—.

Pero tú me acompañaras, ¿no?

—Te acompañaré —dijo Birk.

Ronja tomó impulso y se deslizó velozmente por la cuesta. Birk la seguía. Todo el tiempo, mientras esquiaba fatigosamente en medio de la tormenta de nieve, lo llevaba detrás. De vez en cuando volvía la cabeza para ver si él aún estaba allí.

Tenía mucho miedo de que, de repente, desapareciera y la dejara sola; pero Birk la seguía a la distancia de la correa, aunque no estaban atados, hasta que se acercaron a la Trampa del Lobo. Allí tenían que separarse.

Después, Birk se dirigiría por caminos secretos a la Fortaleza de Borka.

Para despedirse, se quedaron parados un momento bajo la tormenta de nieve. A Ronja le resultaba difícil separarse de Birk. Quería retenerlo a toda costa.

—¡Oye, Birk! —dijo—. Me gustaría que fueras mi hermano.

Birk sonrió.

—¡Puedo serlo si tú quieres, hija de bandolero!

—¡Sí quiero! —dijo—.

Pero sólo si me llamas Ronja.

—¡Ronja, hermana mía! —dijo Birk. Y después desapareció en la nieve.

—Hoy has estado mucho tiempo en el bosque —dijo Mattis cuando Ronja estuvo sentada junto al fuego para intentar calentarse—. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, bastante bien —dijo Ronja, y acercó al fuego sus manos, frías como el hielo. ♣

6 [mazmorras]

Aquella noche nevó tanto sobre el Castillo de Mattis y los bosques de alrededor, que ni siquiera Skalle-Per recordaba nada parecido. Se necesitaron cuatro hombres para abrir el gran portón del castillo para poder salir y quitar la nieve que lo bloqueaba. Skalle-Per quiso asomarse también para ver el desolado paisaje blanco.

Todo aparecía sepultado bajo la nieve. La Trampa del Lobo estaba completamente bloqueada. Por este desfiladero no se podría pasar antes de la primavera, si el invierno continuaba como había empezado.

—Fjosok —dijo Skalle-Per—, a ti que te gusta quitar nieve, te aseguro que este invierno te vas a divertir de lo lindo.

Skalle-Per acertaba sus pronósticos sobre la mayoría de las cosas, y entonces también acertó. Continuó nevando durante muchos días y muchas noches sin cesar.

Los ladrones quitaban la nieve echando maldiciones, aunque reconocían que algún provecho sacaban, puesto que de ese modo no tenían que vigilar a la banda de Borka ni hacer guardia en la Trampa del Lobo ni en la Boca del Infierno.

—Borka es un verdadero alcornoque —decía Mattis—, pero, de todos modos, no es tan tonto que quiera luchar con la nieve hasta los sobacos.

Mattis tampoco era tan tonto, y precisamente ahora no se preocupaba mucho de Borka. Tenía cosas más graves en que pensar. Ronja había enfermado por primera vez en su vida.

La mañana siguiente al día que pasó en el bosque, y que tan cerca había estado de ser su último día, se despertó con fiebre alta y se dio cuenta, con gran asombro, de que por nada del mundo quería levantarse.

—¿Qué te pasa? —gritó Mattis, arrodillándose junto a su cama—. ¿Qué dices? ¡No puede ser que estés enferma!

Le tomó la mano y notó que ardía. Sí, se dio cuenta de que la niña estaba ardiendo, y le entró miedo.

Nunca la había visto así. Siempre había estado sana y llena de vida.

Pero ahora, aquella hija a la que él quería tanto estaba allí, echada en el lecho, y Mattis se dio cuenta inmediatamente de lo que iba a pasar. Ronja le iba a ser arrebatada, iba a morir: notaba como si el corazón se le partiera, y no sabía qué hacer, enloquecía de dolor.

Le entraban deseos de golpearse la cabeza contra la pared y ponerse a bramar como solía hacer.

Pero no lo hizo por no asustar a la pobre niña; todavía le quedaba algo de sensatez. Se limitó a ponerle la mano en la frente que ardía y a murmurar:

—¡Aquí estás bien, al calorcito, Ronja mía! Cuando se está enfermo, lo mejor es quedarse en la cama arropada.

Pero Ronja conocía a su padre y, a pesar de la fiebre que la abrasaba, intentó consolarle:

—¡No seas tonto, Mattis! No es nada. Podría haber sido mucho peor.

Podría haber quedado sepultada bajo la nieve, en el bosque, hasta la primavera, pensaba Ronja. ¡Pobre Mattis! y de nuevo se imaginaba cómo se habría desesperado su padre, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Al verla llorar, Mattis creyó que ella estaba apenada porque se iba a morir siendo tan joven.

—No llores, hija mía; ya verás cómo pronto te pondrás bien —dijo, tragándose con rabia sus propios sollozos—.

Pero ¿dónde está tu madre? —rugió después, y corrió llorando hacia la puerta.

¿Por qué no estaba ya Lovis allí con sus hierbas contra la fiebre, mientras la vida de Ronja pendía de un hilo? ¿Esto es lo que a él le gustaría saber!

La buscó en el corral de las ovejas, pero no estaba allí. Las ovejas balaban de hambre en su establo; pero se dieron cuenta enseguida de que no había venido la persona que esperaban.

Porque el que entró se había quedado allí, con su desgredada cabeza apoyada contra el borde del establo, y lloraba tan desgarradoramente que las ovejas estaban sobrecogidas.

Mattis continuó sollozando hasta que Lovis, terminada la faena con las gallinas y las cabras, apareció en el umbral de la puerta. Entonces él rugió:

—Mujer, ¿por qué no estás junto a tu hija enferma?

—¿Tengo yo una hija enferma? —contestó Lovis tranquilamente—. No lo sabía.

Pero en cuanto les haya echado de comer a las ovejas...

—¡Eso lo puedo hacer yo! ¡Vete con Ronja! —gritó, y luego rezongó un poco más bajo—, si todavía vive...

Empezó a arrojar desde el pajar montones de ramas de álamo y, cuando Lovis se hubo ido, les echó

el profanador de textos

de comer a las ovejas, al tiempo que les contaba su pena.

—*¡No sabéis vosotras lo que es tener un hijo en las puertas de la muerte! ¡No sabéis cómo se siente uno cuando va a perder a su corderito más querido!*

Después se calló de repente, porque recordó que todas habían tenido crías la primavera pasada. Y ¿qué había sido de ellas? ¡Casi todas habían acabado asadas!

Lovis preparó para Ronja una infusión de hierbas contra la fiebre, y al cabo de tres días Ronja ya estaba restablecida, con gran sorpresa y alegría de Mattis. Ronja era la misma de siempre, sólo que parecía un poco más pensativa que antes.

Durante los tres días que permaneció en cama había tenido tiempo de pensar en muchas cosas, y sobre todo en su futuro. ¿Qué pasaría con Birk? Ahora tenía un hermano, pero ¿cuándo podría estar con él? Tenía que ser un secreto. No podía decirle a Mattis que se había hecho amiga de un ladrón de Borka. Hubiera sido como darle un mazazo en la cabeza, o peor aún, porque se abatiría tanto y se pondría tan furioso como nunca se le había visto. Ronja suspiró. ¿Por qué tenía que ser su padre tan impetuoso en todo?

El estar contento, o furioso, o triste, no le hacía cambiar nada, porque siempre se mostraba tan violento y agresivo como toda su banda de ladrones juntos.

Ronja no acostumbraba a mentirle a su padre. Solamente callaba aquello que sabía que le iba a poner triste o furioso. O las dos cosas a la vez. ¡Es lo que ocurriría si le contaba lo de Birk!

No había otra solución: si ahora tenía un hermano y quería estar con él, debía hacerlo a escondidas.

Pero ¿dónde iba a esconderse con toda aquella nieve? Al bosque no podía ir porque la Trampa del Lobo era infranqueable, y además porque el bosque en invierno le daba un poco de miedo. De momento ya había tenido bastante.

La tormenta de nieve continuaba silbando alrededor del castillo de Mattis. Cada vez era peor, y Ronja comprendió por fin que si las cosas seguían de aquella manera no podría volver a ver a Birk hasta que no llegase la primavera. Lo sentía tan alejado como si vivieran a diez mil kilómetros uno de otro.

La culpa era de la nieve. Ronja se desesperaba más y más cada día que pasaba, y a los ladrones les ocurría otro tanto.

Alguien tenía que quitar la nieve de la senda que conducía a la fuente donde se iba a buscar el agua. Estaba a medio camino de la Trampa del Lobo, y en verdad que era un duro trabajo abrirse paso paleando la nieve en medio de la cegadora tormenta y después volver a casa cargado con los pesados cubos de agua para las personas y para los animales.

Por este motivo, todas las mañanas había fuertes discusiones entre los ladrones a la hora de repartirse el trabajo.

—*Sois una pandilla de vagos —decía Lovis—. Sólo trabajáis en serio cuando os peleáis o robáis.*

El invierno había vuelto perezosos a los bandoleros, pero éstos sólo deseaban que llegase la primavera para poder reanudar la vida de pillaje. Su larga espera la pasaban quitando nieve y más nieve, fabricando esquís, arreglando las armas, cepillando los caballos, jugando a los dados y bailando y cantando ante el fuego, como siempre habían hecho.

Ronja jugaba a los dados con ellos y también cantaba y bailaba, pero igual que ellos deseaba la llegada de la primavera. En primavera podría volver

al bosque y podría ver a Birk, hablar con él y saber si era verdad que quería ser su hermano como le había prometido bajo la tormenta de nieve.

Pero a Ronja se le hacía difícil esperar, y odiaba estar encerrada en casa. Esto la ponía nerviosa y los días se le hacían interminables. Por lo que un día decidió bajar a los subterráneos del castillo, donde hacía mucho tiempo que no había estado.

Las antiguas mazmorras no le hacían mucha gracia. ¡Y había tantas excavadas en la roca! Por cierto que Skalle-Per aseguraba que nadie había estado preso allí desde tiempos inmemoriales, cuando los reyes y nobles mandaban en el Castillo de Mattis, mucho antes de que se convirtiera en cueva de ladrones.

Pero de todos modos, cuando Ronja se encontró con aquella fría humedad bajo el techo abovedado, sintió que algo de aquel pasado, algo parecido a un lamento o un suspiro de los prisioneros muertos allí hacía mucho tiempo permanecía en las paredes rocosas, y se sintió acongojada. Alumbró con su farol de cuerno las mazmorras, allí donde los pobres desgraciados habían estado sin esperanza alguna de volver a ver la luz del día.

Se quedó quieta un momento, pensando en las crueldades que se habían cometido en el Castillo de Mattis. Temblando, se ajustó contra el cuerpo el abrigo de piel de lobo y siguió adelante a través de los pasillos subterráneos que, pasadas las mazmorras, se extendían bajo todo el castillo. Aquí había estado ya antes con Skalle-Per. Fue él quien le enseñó los estragos que la tormenta había hecho la noche en que ella nació.

Arriba había abierto la Boca del Infierno. Exactamente debajo de aquel abismo también había hendido la montaña y por eso los pasillos subterrá-

neos se habían derrumbado en su centro y estaban llenos de piedras.

—*Aquí acaba la cosa; no se puede continuar — dijo Ronja, igual que había dicho Skalle-Per cuando habían bajado allí los dos.*

Pero después empezó a pensar. Más allá del derrumbamiento continuaban los pasillos; ella lo sabía porque también se lo había dicho Skalle-Per. No seguir adelante siempre la había irritado, y ahora más que nunca.

Porque, ¿quién sabía si detrás de todas aquellas piedras no estaría ahora mismo Birk?

Se quedó un rato inmóvil, pensativa, contemplando los montones de piedras. Y por fin dejó de pensar.

A partir de entonces no se vio mucho a Ronja en la sala de piedra. Todas las mañanas desaparecía, y ni Mattis ni Lovis se preguntaban adónde iba. Pensaban que ella también estaría quitando nieve con los demás, y, por otra parte, estaban acostumbrados a que entrara y saliera a su gusto.

Pero Ronja no se dedicaba a quitar nieve. Se dedicaba a acarrear piedras, y lo hacía con tal entusiasmo, que terminaba con los brazos y la espalda doloridos.

Y cuando, rendida, caía en la cama por las noches, había una cosa de la que estaba segura: nunca más en su vida movería una piedra, ni grande ni pequeña.

Pero apenas llegaba la mañana, ya estaba otra vez en los subterráneos, y allí empezaba como una furia a llenar de piedras cubo tras cubo. Odiaba todas aquellas piedras amontonadas; las odiaba tanto, que deseaba que se fundieran con la mirada.

Pero no se fundían; permanecían donde estaban, y ella misma, cubo a cubo, las llevaba y las vaciaba en las celdas más próxima.

Pero llegó un día en que las celdas se llenaron, y entonces la montaña de piedras del derrumbe había bajado tanto que, con un poco de paciencia, se podría trepar por encima hasta la otra parte, ¡si uno se atrevía!

Ronja se dio cuenta de que era necesario reflexionar. ¿Se atrevería a meterse directamente en la fortaleza de Borka? ¿Y qué sucedería allí? No lo sabía; pero que se trataba de un camino peligroso, eso sí lo sabía.

Aunque, de todos modos, no existía un peligro tan grande que la hiciera desistir de su intento para llegar hasta Birk. Lo echaba de menos y no sabía por qué. No lo comprendía. Antes lo odiaba y había deseado lo peor para él y todos los ladrones de Borka. Y ahora estaba ella allí, y lo único que quería, en realidad, era pasar todo aquel montón de piedras por ver si conseguía encontrar a Birk.

Entonces oyó algo. Alguien venía por la otra parte; oía los pasos. ¿Quién podría ser sino uno de los ladrones de Borka? Contuvo la respiración y no hizo el menor movimiento.

Habría querido desaparecer antes de que el que estaba al otro lado del montón de piedras se diera cuenta de su presencia, pero se quedó completamente quieta, escuchando.

Y entonces el ladrón de Borka se puso a silbar.

Era una sencilla melodía que le pareció ya haber oído antes. Sí, ciertamente, la había oído antes. Birk la había silbado mientras se esforzaba por liberarla de los gnomos del bosque. Entonces ¿sería Birk el que estaba allí tan cerca de ella, o todos los ladrones de Borka silbaban precisamente esa melodía?

Ardía en deseos de saberlo, pero preguntar sería demasiado peligroso. De todos modos, tenía que averiguar de alguna manera quién era el que silbaba, y se atrevió a silbar ella también.

Muy suavemente y la misma melodía. Entonces, el de la otra parte dejó de silbar. Se hizo un largo y aterrador silencio, y Ronja se preparó para huir, en previsión de que algún ladrón de Borka saltara de repente del montón de piedras e intentara atraparla.

Pero entonces oyó la voz de Birk, baja y tímida, como si no quisiera dar crédito a lo que pensaba.

—*¿Ronja?*

—*¡Birk! —gritó ella, con una alegría tan grande que casi se quedó sin aliento—. ¡Birk! ¡Oh, Birk! — después de una pausa, dijo—: ¿Es verdad que quieres ser mi hermano?*

Le oyó reír al otro lado del montón de piedras.

—*¡Hermana mía! —dijo—. Me gusta oír tu voz, pero también quisiera verte. ¿Aún tienes los ojos tan negros?*

—*Ven a verlos —dijo Ronja.*

No le dio tiempo a más. Porque entonces oyó algo que la dejó sin respiración y la hizo callar.

Oyó abrir y cerrar con estrépito la pesada puerta del sótano que estaba detrás de ella y a alguien que venía escaleras abajo.

Sí, alguien venía, y si no pensaba inmediatamente lo que iba a hacer, ¡entonces estaba perdida! ¡Y también Birk!

Oía los pasos que se acercaban cada vez más. A través del largo corredor, alguien se aproximaba inexorablemente. Ronja sabía lo que esto significaba, sin embargo estaba allí, como un animalito, horrorizada e inmóvil. Antes de que fuera demasiado tarde, reaccionó y susurró rápidamente a Birk:

—*¡Hasta mañana!*

Después salió corriendo al encuentro del que venía. Fuera quien fuese, tenía que evitar que viera lo que ella había hecho.

Era Skalle-Per, cuyo rostro se iluminó al verla.

—*¡Con lo que yo te he buscado!* —dijo—. *Por todas las arpiás, ¿qué haces aquí?*

Ronja le agarró rápidamente del brazo y le hizo dar media vuelta, antes de que fuera irremediablemente tarde.

—*¡No se puede estar quitando nieve siempre!* —dijo Ronja—. *¡Vámonos, quiero irme enseguida de aquí!*

Y era verdad que deseaba irse de allí. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo que había hecho. Había abierto un camino a la Fortaleza de Borka. ¡Si Mattis llegara a enterarse!

Mattis no era tan astuto como un zorro viejo, pero sí lo bastante listo para darse cuenta de que allí había un camino abierto y una manera de sorprender a Borka.

“Esto se le podía haber ocurrido a él antes,” pensó Ronja.

Pero se alegraba de que no lo hubiera hecho. Era extraño que ella ya no quería que los ladrones de Borka fueran arrojados del Castillo de Mattis. Quería que se quedasen allí, para que Birk también se quedase. Birk no podía ser arrojado fuera, y, si ella podía evitarlo, nadie entraría en la Fortaleza de Borka gracias al camino que había abierto.

Por eso ahora tenía que procurar que Skalle-Per no empezara a sospechar. Él caminaba a su lado con aire ladino, aunque éste era su aspecto normal. Se podía creer que conocía todos los secretos del universo, pero, por astuto que él fuera, esta vez Ronja lo era mucho más. Skalle-Per no había descubierto su secreto, al menos, por ahora.

—*¡Nooo!, no se puede estar siempre quitando nieve* —dijo Skalle-Per—.

Pero se puede jugar a los dados noche y día. ¿Qué crees tú, Ronja?

—*Se puede jugar a los dados noche y día. Sobre todo ahora* —dijo Ronja, tirando de él con nerviosismo hacia arriba por la empinada escalera del sótano.

Estuvo jugando a los dados con Skalle-Per hasta la Canción del Lobo.

Pero todo el tiempo estuvo pensando en Birk.

“¡Hasta mañana!” fue lo último que pensó antes de dormirse aquella noche. “¡Hasta mañana!” ♣

7 [harina y guisantes]

Y llegó la mañana, y la hora de ir a encontrarse con Birk. Tenía que darse prisa. Le convenía desaparecer durante el poco rato en que estaba sola en la sala de piedra, mientras los demás atendían a sus diversas obligaciones de la mañana.

En cualquier momento podía aparecer Skalle-Per, y era mejor evitar sus preguntas.

“Ya comeré en el subterráneo,” pensó. “No tengo tiempo para hacerlo aquí.”

Metió rápidamente un gran trozo de pan en su bolsa de cuero y echó leche de cabra en una botella de madera. Y sin que nadie la viera desapareció camino de los sótanos.

Enseguida estuvo ante el montón de piedras desprendidas.

—*¡Birk!* —gritó, preocupada porque él no estaba allí.

Nadie contestó desde detrás del montón de piedras. Le causó tanta desilusión, que sintió ganas de llorar. ¡Birk no había venido! Quizás se había olvidado de ella, o, todavía peor, quizás se había arrepentido. Claro, ella pertenecía a la banda de Mattis y, por tanto, era un enemigo de Borka, y quizás Birk no quería tener nada que ver con una persona así.

el profanador de textos

De repente, alguien que estaba detrás de ella le tiró del pelo. Ronja gritó, asustada. ¡Lo que faltaba! ¡Tenía que venir otra vez Skalle-Per y estropearlo todo!

Pero no era Skalle-Per. Era Birk. Allí estaba riéndose, y sus dientes brillaban en la oscuridad. Sólo podía ver sus dientes a la escasa luz del farol.

—He estado esperando mucho tiempo —dijo.

Ronja sintió un escalofrío de alegría al pensar que tenía un hermano que la había estado esperando.

—Y yo también —dijo ella—. Yo te he estado esperando desde que me librate de los gnomos del bosque.

Después, durante un rato no supieron qué decirse; permanecían en silencio, inmensamente felices de estar juntos otra vez.

Birk levantó su vela de sebo y la acercó al rostro de Ronja.

—Todavía tienes los ojos negros —dijo—. Estás igual, aunque un poco más pálida.

Sólo entonces se dio cuenta Ronja de que Birk no estaba igual que como ella lo recordaba. Había adelgazado, tenía la cara más delgada y los ojos más grandes.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Nada —dijo Birk—.

Pero no como mucho precisamente; aunque soy el que más come en la Fortaleza de Borka.

Ronja tardó un momento en comprender lo que Birk había dicho.

—¿Te refieres a que no tienen comida? ¿A que pasáis hambre?

—Hace mucho tiempo que estamos pasando hambre. Las provisiones se nos están terminando. Y si no viene pronto la primavera, todos nos iremos al

infierno. Exactamente como tú querías, ¿te acuerdas? —dijo sonriendo.

—Sí, te lo dije una vez —reconoció Ronja—.

Pero entonces yo no tenía ningún hermano, y ahora tengo uno.

Abrió su bolsa de cuero y le dio el pan.

—Come, si tienes hambre —le dijo.

Birk hizo un extraño ruido, como un grito sofocado. Tomó el grueso pedazo de pan y se puso a comer. Era como si Ronja no estuviese allí. Estaba allí solo con su pan, engulléndolo hasta la última migaja.

Después Ronja le tendió la botella de la leche y Birk se la llevó ávidamente a la boca, bebiéndose la leche de un trago.

Después miró avergonzado a Ronja.

—¿Lo habías traído para ti?

—En mi casa hay más —dijo—. Yo no paso hambre.

Y se le representaron las ricas provisiones de la despensa de Lovis: el delicioso pan, el queso de cabra, la mantequilla, los huevos, los toneles de salazones, las piernas de cordero ahumadas que colgaban del techo, los cajones de harina y grano y guisantes secos, las ollas de miel, las cestas de avellanas, y las bolsas llenas de hierbas y hojas que Lovis había recogido y secado para echar en la sopa de gallina que hacía de cuando en cuando. Recordando la sopa de gallina, a Ronja se le hizo agua la boca, porque durante todo el invierno no podían comer otra cosa que carne salada o ahumada.

Pero en casa de Birk pasaban realmente hambre, y no comprendía por qué. Tuvo que explicárselo él.

—Ahora somos ladrones pobres, ¿comprendes? Nosotros también teníamos cabras y ovejas antes de venir al Castillo de Mattis. Ahora sólo tenemos los

caballos, que durante el invierno nos los cuida un campesino, lejos de aquí, en el bosque de Borka. Y menos mal, porque si no, a estas horas ya nos los hubiéramos comido. Harina, nabos, guisantes y pescado salado hemos tenido más o menos; pero ahora todo eso empieza también a escasear. ¡Uf, qué invierno!

Ronja sintió como si fuera culpa suya y de los del Castillo de Mattis el que Birk lo pasara tan mal y estuviera tan delgado y hambriento.

Pero, a pesar de todo, Birk todavía sabía reírse.

—¿Ladrones pobres, sí, eso es lo que somos! ¿No notas cómo huelo a pobre y a sucio? —dijo riéndose—. También nos ha faltado el agua. Hemos tenido que derretir la nieve, porque a veces ha sido imposible adentrarse en el bosque y cavar hasta encontrar el arroyo debajo de la nieve. Y después, ¿has intentado alguna vez subir con un cubo lleno de agua por una escala de cuerda bajo una tormenta de nieve? ¡No, seguro que no, porque entonces sabrías por qué huelo como un verdadero y sucio ladrón!

—Así huelen también nuestros ladrones, —aseguró Ronja para consolarlo un poco.

Ella olía bastante bien, porque Lovis la frotaba en el gran barreño⁹ de madera delante del fuego todos los sábados por la tarde, y los despiojaba a ella ya Mattis todos los domingos por la mañana.

Pero Mattis se quejaba de que le tiraba del pelo y no quería que le peinara. Aunque de nada le servía.

—Ya hay bastante con doce greñudos y piojosos ladrones —solía decir Lovis—. Al jefe pienso peinarlo yo, quiera o no, mientras pueda sostener un peine en la mano.

⁹ barreño: 1. m. Vasija de barro, metal, plástico, etc., de bastante capacidad, generalmente más ancha por la boca que por la base. Diccionario RAEL [n. del pr.]

el profanador de textos

Ronja miraba atentamente a Birk a la luz del farol.

Aunque quizás no estuviera despiojado, el pelo le caía como un yelmo de cobre, y la cabeza se erguía hermosa sobre el delgado cuello y la espalda recta. Era un hermano muy guapo, opinaba Ronja.

—No me importa que seas pobre y que estés sucio y lleno de piojos —le dijo—. Lo que no quiero es que pases hambre.

Birk se echó a reír.

—¿Cómo sabes que tengo piojos? ¡Sí, claro que los tengo! Pero prefiero tener piojos a estar hambriento; eso, sin duda.

—Entonces se puso serio—. ¡No hay nada peor que tener hambre! Podía haber guardado al menos un trozo de pan para Undis.

—Yo puedo traer más —dijo Ronja, pensativa.

Pero Birk movió la cabeza.

—No, no puedo llevar pan a Undis sin decirle de dónde lo he sacado. Y Borka se volvería loco de rabia si supiera que yo he aceptado el pan de ti y que además me he convertido en tu hermano.

Ronja suspiró. Comprendió que Borka tenía que odiar a los ladrones de Mattis tanto como Mattis odiaba a los ladrones de Borka. ¡Qué complicado era todo para Birk y para ella!

—Sólo podremos vernos en secreto —dijo tristemente Ronja, y Birk le dio la razón.

—¡Así es! ¡Y a mí no me gusta hacer las cosas en secreto!

—A mí tampoco —dijo Ronja—. El pescado salado rancio y los inviernos demasiado largos son insoportables; pero todavía me gusta menos hacer las cosas en secreto, porque es una bobada.

—Pero ¿no lo harás por mí? En primavera todo será más fácil —dijo Birk—. Podremos encontrarnos en el bosque y no en este helado sótano.

A los dos les castañeteaban los dientes del frío que hacía.

—Creo que será mejor que me vaya, antes de que me hiele de frío —dijo Ronja.

—Pero vendrás mañana otra vez a ver a tu hermano piojoso, ¿no?

—Vendré con el peine de los piojos y alguna otra cosa —prometió Ronja.

Y mantuvo su promesa. Todas las mañanas, muy temprano, mientras duró el invierno, se encontraba con Birk en el sótano del castillo, y lo alimentaba con la comida de la despensa de Lovis.

A Birk, las primeras veces, le daba vergüenza aceptarle los paquetes de comida.

—Me parece como si los robara —decía.

Pero Ronja se reía de esto.

—¿No soy yo acaso también una hija de ladrón?

Entonces, ¿por qué no iba a robar yo también?

Además sabía que gran parte de lo que Lovis tenía entre sus provisiones había sido robado a los ricos mercaderes que atravesaban los bosques.

—Un ladrón coge sin preguntar y sin pedir permiso, según yo he aprendido —dijo Ronja—. Y ahora yo hago como me han enseñado. ¡Así es que come!

Todos los días le daba también una bolsa de harina y otra de guisantes para que en secreto las añadiera a las provisiones de Undis.

“¡A lo que he llegado —pensó—, que quiero mantener con vida a los ladrones de Borka! ¡Pobre de mí, si Mattis se entera!”

Birk le agradecía su generosidad.

—Undis se sorprende todos los días de que todavía quede algo de harina y guisantes en sus cajones. Ella

cree que todo se debe a alguna artimaña de las arpias —explicaba Birk, y se reía como acostumbraba.

Había ido recuperando su aspecto anterior y ya no tenía ojos de hambre, por lo que Ronja se sentía muy satisfecha.

—¿Quién sabe? —dijo Birk—. Quizás mi madre tiene razón en lo de las artimañas de las arpias, porque tú, Ronja, tienes aspecto de una pequeña arpia.

—Pero buena y sin garras —agregaba Ronja.

—Sí, es verdad. ¡Eres la mejor persona que he conocido! ¿Cuántas veces piensas salvarme la vida, hermana mía?

—Tantas como tú salves la mía —dijo Ronja—. El caso es que no podemos estar el uno sin el otro. ¡Ahora lo he comprendido!

—Sí, así es —dijo Birk—. Y que Mattis y Borka piensen lo que quieran.

Pero Mattis y Borka no podían pensar nada acerca de esto, ya que desconocían las reuniones fraternales bajo las bóvedas del sótano.

—¿Ya has comido suficiente? ¡Porque ahora voy yo con el peine de los piojos!

Levantó el peine como un arma y fue directamente hacia él. ¡Pobres ladrones de Borka, ni siquiera un peine de piojos tenían en su miseria!

Pero así era mucho mejor. A ella le gustaba sentir los suaves cabellos de Birk entre sus manos y le pasaba el peine muchas más veces de lo que era necesario.

—Creo que hace tiempo que ya estoy despiojado —dijo Birk—, ya no hace falta que me peines.

—Ya lo veremos —dijo Ronja, y hundió con fuerza el peine en sus cabellos.

El crudo invierno se fue haciendo más suave poco a poco. La nieve empezó a fundirse lentamente, y

un día de sol mandó Lovis a los ladrones fuera, a la nieve, para lavarse y quitarse un poco la suciedad.

Se resistían y no querían. Aquello era perjudicial para la salud, aseguraba Fjosok.

Pero Lovis no cedió. Había que echar fuera el olor del invierno, decía, y todos y cada uno de los ladrones tuvieron que obedecer. Sin contemplaciones los echó afuera, a la nieve, donde los ladrones se revolcaban desnudos, gritando furiosamente en las pendientes nevadas de la Trampa del Lobo. Juraban tanto como apestaban por la inhumana dureza de Lovis, pero se frotaban como ella les había dicho. No les quedaba otro remedio. Sólo Skalle-Per se negaba tercamente a echarse a rodar por la nieve.

—*Prefero morir —decía—. Y quiero morir con este olor que tengo.*

—*Por mí, puedes hacer lo que quieras —dijo Lovis—, pero mientras tanto, podrías por lo menos recortarles el pelo y la barba a esas cabras peludas.*

Esto lo hacía Skalle-Per con gusto. Era muy mañoso con las tijeras cuando había que esquilar a los corderos y a las ovejas, así que bien podía cortar el pelo a cualquier cabra peluda.

—*Pero yo no me desprendo de mis dos mechones. Nada de acicalarme sin necesidad, ya que pronto voy a estar bajo tierra —dijo, y se acarició complacido su calva coronilla.*

Entonces Mattis lo zarandeó con sus fuertes manos y lo levantó un buen trecho del suelo.

—*¡Morir! ¡Ni lo sueñes! Todavía no he vivido ningún día de mi vida sin ti, viejo loco, así que no puedes echarte a morir traidoramente sin mí, ¿entendido?*

—*Hijito, ya veremos qué pasa —dijo Skalle-Per, y parecía estar muy satisfecho.*

El resto del día se lo pasó Lovis lavando la ropa sucia de los ladrones en el patio del castillo. Y los ladrones buscaron en los baúles alguna ropa para ponerse mientras las suyas se secaban: la mayor parte la había traído el abuelo de Mattis en sus tiempos. “¿Quién en su sano juicio podía vestirse de esta manera?”, se preguntó Fjosok, perplejo, poniéndose una camisa encarnada.

A él de todos modos le fue bien. Fue mucho peor para Knotas y Lill-Klippen, que tuvieron que contentarse con corpiños y camisolas de mujer, ya que las prendas de hombre se habían acabado cuando ellos llegaron a buscarlas. Esto no les hizo mucha gracia.

Pero Mattis y Ronja se divertieron un buen rato.

Lovis los obsequió con sopa de gallina aquella noche para hacerse perdonar por los ladrones. Allí estaban sentados a la larga mesa, malhumorados, pero bien restregados y recién esquilados, que no parecían los mismos. Incluso el olor era diferente.

Pero cuando el intenso aroma de la sopa de gallina de Lovis se extendió por la larga mesa, se acabó el malhumor de los ladrones.

Y tan pronto como terminaron de comer, cantaron y bailaron como de costumbre, aunque un poco más sosegadamente que de ordinario. Sobre todo Knotas y Lill-Klippen, que aquella noche se abstuvieron de saltar desenfrenadamente. ♣

8 [de cabeza en el lago]

Y llegó la primavera, como un grito de júbilo sobre los bosques que rodeaban el Castillo de Mattis. La nieve se derritió, y el agua bajaba a raudales por todas las laderas de la montaña buscando el río, que rugía espumeante y cantaba en sus rápidos y cascadas la fantástica canción de la primavera que nunca terminaba.

Ronja la oía en todo momento durante el día y soñaba con ella por las noches.

El largo y espantoso invierno había pasado. Hacía tiempo que la Trampa del Lobo estaba ya libre de nieve. Por allí corría ahora un susurrante arroyo, y el agua salpicaba bajo los cascos de los caballos cuando una mañana temprano Mattis y sus ladrones pasaron cabalgando por el estrecho desfiladero. Cantaban y silbaban, cabalgando con entusiasmo. ¡Por fin podrían reanudar su estupenda vida de pillaje!

Y por fin Ronja pudo volver a su bosque, que tanto había añorado. Hubiera deseado volver antes para ver lo que sucedía en sus dominios después del deshielo.

Pero Mattis se había mostrado implacable y no la había dejado salir del castillo. Aseguraba que, al final del invierno, el bosque estaba lleno de peligros,

el profanador de textos

y hasta que no llegó para él la hora de salir con sus ladrones, no la dejó en libertad.

—*¡Márchate ahora!* —dijo—. *¡Y no te vayas a ahogar en algún pantano traidor!*

—*¡Eso es lo que haré!* —dijo Ronja—. *¡Así por fin tendrás una razón para ponerte a bramar!*

Mattis la miró afligido.

—*¡Ronja mía!* —dijo dando un suspiro.

Después saltó sobre su caballo y a la cabeza de sus bandoleros se alejó cuesta abajo.

Apenas Ronja vio desaparecer al último caballo por la Trampa del Lobo echó a correr. También ella cantaba y silbaba cuando vadeó las frías aguas del arroyo.

Después volvió a correr sin parar hasta que llegó al lago.

Allí estaba Birk, como le había prometido, tendido al sol sobre una roca. Ronja no sabía si estaba dormido o despierto, de manera que tomó una piedra y la tiró al agua para comprobar si él oía el ruido. Birk lo oyó y salió volando hacia ella.

—*Te he estado esperando mucho tiempo* —dijo.

Y ella sintió de nuevo que la invadía una suave alegría porque tenía un hermano que la estaba esperando y quería que llegase. Y ahora allí estaba ella, que se sentía inmersa en la primavera. Todo era maravilloso a su alrededor, y también dentro de ella... Sí, la primavera la llenaba por entero, y se puso a gritar como un pájaro, cada vez más fuerte, y tuvo que explicarle a Birk:

—*Es que si no lanzara mi grito de primavera, reventaría. ¡Escucha! ¡No oyes la primavera?*

Se quedaron un rato en silencio, escuchando el canto de los pájaros, los susurros, zumbidos y murmullos de su bosque. En todos los árboles y en todas las aguas y en todos los verdes matorrales había vida;

por todas partes resonaba el canto fresco y fantástico de la primavera.

—*Yo estoy notando cómo el invierno está saliendo de mí* —dijo Ronja—. *Pronto me sentiré tan ligera que podré volar.*

Birk le dio un empujón.

—*¡Pues vuela! ¡Seguro que encontrarás alguna arpia por ahí y podrás volar acompañada!*

Ronja se echó a reír.

—*¡Sí, quizás sí!*

Pero entonces oyó unos caballos. Desde alguna parte bajaban hacia el río a todo galope, y le entró la prisa.

—*¡Ven! Me gustaría capturar un caballo salvaje para mí.*

Y echaron a correr hasta que los vieron. Eran centenares de caballos que galopaban, con sus crines al viento, a través del bosque haciendo retumbar el suelo bajo sus cascos.

—*¿Por qué tienen tanto miedo?* —preguntó Birk—. *Un oso o un lobo han debido de espantarlos.*

Ronja movió la cabeza.

—*No tienen miedo; solamente corren para echar el invierno fuera del cuerpo.*

Pero en cuanto se hayan desfogado y empiecen a pastar, entonces voy a cazar uno y me lo voy a llevar a casa, al Castillo de Mattis. Hace mucho tiempo que deseo un caballo.

—*¿Qué vas a hacer con un caballo en el Castillo de Mattis? Un caballo es para cabalgar por el bosque. Podemos cazar dos y empezar a cabalgar ahora mismo.*

Ronja se quedó un momento pensando.

Después dijo:

—*Ahora me doy cuenta de que alguien del linaje de los Borka tiene algo en la sesera. ¡Vamos a intentarlo! Desenrolló su correa de cuero. Birk también*

había conseguido una, y con sus lazos preparados se escondieron detrás de una piedra junto al claro del bosque donde los caballos salvajes solían pastar.

No les importaba tener que esperar.

—*Yo puedo estar aquí sentado y disfrutar de la primavera* —dijo Birk.

Ronja lo miró a hurtadillas y susurró en voz baja:

—*¡Por eso me gustas, Birk, hijo de Borka!*

Estuvieron mucho tiempo allí tranquilos y disfrutando de la primavera. Oyeron cantar un mirlo y el cuclillo hacía tanto ruido que llenaba el bosque entero. Los zorros recién nacidos retozaban alrededor de su madriguera a dos pasos de ellos.

Las ardillas saltaban entre los pinos, y unas liebres se les acercaron corriendo sobre el musgo para desaparecer entre los matorrales. Una víbora, que pronto iba a tener crías, estaba pacíficamente echada al sol allí cerca. No la molestaron y ella no los molestó. La primavera era para todos.

—*Tienes razón, Birk* —dijo Ronja—. *¿Por qué iba yo a llevarme un caballo del bosque? El bosque es su casa.*

Pero yo quiero cabalgar y ahora es el momento.

El claro del bosque se llenó de repente de caballos, que se pusieron a pacer tranquilamente la fresca hierba.

Birk señaló un par de hermosos potros castaños que estaban pastando juntos y un poco separados del resto de la manada.

—*¿Qué tal te parecen aquellos dos de allí?*

Ronja asintió en silencio, y con sus lazos preparados para lanzarlos comenzaron a acercarse. Avanzaban por detrás de los dos caballos, despacio y silenciosamente, acercándose cada vez más.

el profanador de textos

De repente crujió una ramita bajo el pie de Ronja, e inmediatamente toda la manada se puso en guardia dispuesta a huir.

Pero como no se veía nada peligroso, ningún oso, ningún lobo, ningún lince ni ningún otro enemigo, se tranquilizaron y continuaron pastando.

Lo mismo hicieron los dos potros que Birk y Ronja habían elegido para ellos. Ahora los tenían al alcance de la mano. Entonces, en silencio, se hicieron una seña, y sus lazos volaron a la vez.

Súbitamente se oyó el salvaje relincho de dos caballos apresados y el estrépito de sus cascos, mientras el resto de la manada huía, desapareciendo en el bosque.

Dos potros machos era lo que habían cazado; dos salvajes caballos jóvenes que pateaban, coceaban, forcejeaban, mordían y luchaban furiosamente cuando Birk y Ronja quisieron atarlos cada uno a un árbol.

Por fin consiguieron amarrarlos y, cuando terminaron, tuvieron que saltar rápidamente a un lado para evitar sus furiosas coces.

Después, jadeantes, se quedaron contemplando a los caballos que pateaban, forcejeaban y hasta echaban espuma por la boca.

—*Y pensar que queríamos cabalgar en ellos enseguida...!* —dijo Ronja—. *Parece que no será muy fácil montarlos.*

Birk lo comprendió así también.

—*Primero tenemos que hacerles comprender que no queremos hacerles daño.*

—*Eso ya lo he intentado yo* —dijo Ronja—. *Con un pedazo de pan, y si no hubiera retirado la mano tan deprisa como lo hice, habría vuelto a casa con un par de dedos menos, arrancados de un mordisco, lo que no habría sido muy del gusto de Mattis, precisamente...*

Birk palideció.

—*¿Crees que ese bribón tenía intención de morderte cuando te acercaste con el pan? ¿Realmente quería morderte?*

—*¡Pregúntaselo a él!* —dijo Ronja, mirando malhumorada al potro, que continuaba haciendo el loco—. *¡Bribón!: ése es un buen nombre* —añadió—, *y así lo voy a llamar.*

Birk se echó a reír.

—*Entonces, a cambio, tú tendrás que ponerle nombre al mío.*

—*El tuyo es igual de alocado* —dijo Ronja—. *Lo puedes llamar Rayo.*

—*¿Habéis oído, caballos salvajes?* —gritó Birk—. *Ya os hemos puesto nombre. Os llamáis Bribón y Rayo, y ahora nos pertenecéis, queráis o no.*

Bribón y Rayo no querían, se notaba. Tiraban y mordían las correas de cuero. Sudaban a chorros, pero seguían pataleando y coceando, y sus terribles relinchos asustaban a los pájaros y a toda clase de animales del bosque.

Al atardecer, los potros se cansaron. Al final estaban quietos y con la cabeza colgando junto a su árbol, y sólo de vez en cuando relinchaban mansa y tristemente.

—*Seguramente tienen sed* —dijo Birk—. *Tenemos que darles agua.*

Y desataron a sus ahora mansos caballos y los llevaron al lago; les quitaron las correas de cuero y los dejaron beber. Bebieron largo rato.

Después se quedaron tranquilos y satisfechos mirando soñadoramente a Birk y a Ronja.

—*¡Por fin los hemos domado!* —dijo Birk, satisfecho.

Ronja acarició a su caballo y, mirándole profundamente a los ojos, le explicó:

—*Te he dicho que te quería montar, y eso quiere decir que te montaré, ¿comprendes?*

Se agarró a las crines de Bribón y se montó en él de un brinco.

—*¡Hala, Bribón!* —dijo.

Y justamente acababa de decirlo cuando salió despedida por el aire, y trazando un amplio arco cayó de cabeza en el lago. Sacó la cabeza del agua con el tiempo justo para ver a Bribón y a Rayo desaparecer entre los árboles a galope tendido.

Birk le alargó la mano y la sacó. Lo hizo completamente en silencio y sin mirarla. Igualmente silenciosa salió Ronja del agua. Se sacudió, salpicando todo a su alrededor. Incluyendo a Birk, y después dijo con una carcajada:

—*Me parece que hoy no voy a montar más.*

Entonces Birk lanzó también una sonora carcajada y dijo:

—*¡Yo tampoco!*

Llegó el atardecer. El sol se puso y dejó paso al crepúsculo. Era el crepúsculo de la primavera, que, incluso bajo los árboles, despide una extraña media luz que impide que la noche sea oscura del todo. Se hizo el silencio en el bosque. El mirlo y el cuclillo habían enmudecido. Los zorrillos se metieron en sus guaridas; las ardillas en sus refugios, y las liebres, en sus madrigueras; la víbora, debajo de una piedra.

No se oía más que el lúgubre ulular del búho desde lejos, y pronto se calló también.

Era como si todo el bosque durmiera; pero ahora despertaba lentamente a la vida nocturna. Todos los seres de las sombras que vivían allí empezaron a moverse. En la hierba y sobre el musgo todo era un incesante ir y venir, lleno de toda clase de rumores. Los gnomos del bosque jugueteaban entre los árboles; los greñudos trols oscuros se arrastraban

el profanador de textos

detrás de las piedras, y los enanos grises venían en grandes manadas arrastrándose desde sus escondrijos y silbaban para asustar a todo el mundo por donde ellos pasaban.

Y desde las montañas bajaban planeando las arpías, los más crueles y furiosos de todos los seres nocturnos del bosque, tan negras contra el claro cielo de primavera. Ronja las vio y no le gustó.

—*¡Me parece que ésta es la bandada más siniestra de todas! Ahora quiero que irme a casa. Estoy empapada y llena de cardenales.*

—*Sí, estás empapada y llena de cardenales —dijo Birk—, pero has pasado un buen día de primavera.*

Ronja sabía que había estado demasiado tiempo en el bosque, y, cuando se separó de Birk, se puso a pensar cómo podría hacer comprender a Mattis por qué había tenido que estar viviendo la primavera hasta tan tarde.

Pero ni Mattis ni ningún otro pensaba en ella en aquellos momentos. Nadie se dio cuenta de que llegaba tarde cuando entró en la sala de piedra. Allí había otra cosa de que preocuparse.

En una piel delante del fuego estaba echado Sturkas, pálido y con los ojos cerrados, y junto a él, de rodillas, estaba Lovis, vendándole una herida que tenía en el cuello. Todos los demás ladrones, abatidos, les rodeaban, mirando. Sólo Mattis andaba de acá para allá como un oso enfurecido. Gritaba y echaba pestes.

—*¡Ah, esa puerca ralea de Borka y sus puercos ladrones! ¡Ah, esos bandidos! ¡Pero yo los atraparé uno por uno, hasta que no quede de ellos ni la menor señal!*

Después le faltaron las palabras y empezó a dar alaridos, que no terminaron hasta que Lovis, con serenidad, le señaló a Sturkas. Entonces comprendió

Mattis que el pobre no podía soportar tanto ruido y se calló, aunque de mala gana.

Ronja se dio cuenta de que en aquel momento era mejor dejar tranquilo a Mattis. Era preferible preguntarle a Skalle-Per lo que había sucedido.

—*Algo por lo que habría que colgar a Borka —dijo Skalle-Per, y le contó por qué.*

En el Paso de los Ladrones, Mattis y sus muchachos se habían apostado al acecho, contaba Skalle-Per y entonces, por suerte, llegó una gran cantidad de gente que iba de camino: comerciantes con grandes fardos, con víveres y pieles, y con un montón de dinero, además. No se supieron defender, y por eso se quedaron sin lo que llevaban.

—*Se deberían poner furiosos —dijo Ronja, contrariada.*

—*¡Figúrate! ¡Juraban y gritaban y nos maldecían! ¡Y se apresuraron a marcharse de allí. Tenían prisa para ir a quejarse al gobernador, creo yo.*

Y Skalle-Per se reía tontamente.

Pero Ronja pensaba que la cosa no era para reírse.

—*Y después, figúrate —continuó Skalle-Per—, cuando habíamos terminado de cargar todo sobre los caballos y nos veníamos para casa, entonces llegaron Borka y su banda, que querían parte del botín. Y, sin más ni más, empiezan a disparar, ¡los muy puercos! Una flecha le dio a Sturkas en el cuello. Y entonces nosotros comenzamos a lanzar flechas también, claro está, y dos o tres de ellos recibieron tanto como Sturkas.*

Mattis llegó a tiempo para oír las últimas palabras de Skalle-Per, y rechinó los dientes.

—*¡Espérate, que esto sólo es el principio! —dijo—. ¡Yo los iré atrapando de uno en uno! Hasta ahora me he mantenido tranquilo, pero a los bandoleros de Borka les ha llegado ya su hora.*

Ronja notó que la rabia la invadía.

—*Pero ¿y si entonces les llega también su hora a los de Mattis? ¿No lo has pensado?*

—*¡Ni quiero pensarlo! —dijo Mattis—. Porque eso no sucederá.*

—*¿Tú qué sabes? —dijo Ronja.*

Después se fue y se sentó al lado de Sturkas. Le puso la mano en la frente y notó que tenía fiebre. Sturkas entreabrió los ojos y la vio, y entonces sonrió un poquito.

—*¡No me asusto por tan poco! —dijo; pero lo dijo tartamudeando un poco.*

Ronja le agarró la mano y la retuvo entre las suyas.

—*¡No, Sturkas, no te asustas por tan poco!*

Estuvo allí sentada mucho rato cogiéndole la mano. Ronja no vertía ni una lágrima, pero en su interior lloraba amargamente. ♣

9 [desesperación en los ojos]

Sturkas, a causa de la herida, tuvo fiebre tres días. Se sentía muy mal y estaba amodorrado.

Pero Lovis tenía muchos remedios y lo cuidaba como una madre, con sus hierbas y cataplasmas, y, con gran sorpresa de todos, al cuarto día se levantó, todavía con las piernas débiles, pero por lo demás bastante restablecido.

La flecha le había dado en un tendón del cuello, y, aunque ya estaba fuera de peligro, el tendón se le iba encogiendo cada vez más y le obligaba a torcer el cuello hacia un lado, lo cual le daba cierto aire melancólico, pese a estar más animoso y alegre que nunca. Todos los ladrones estaban muy contentos de que hubiera sobrevivido, y si a veces le llamaban ‘Cabeza Torcida’ era sólo en broma, y Sturkas no se enfadaba.

Sólo Ronja estaba triste. La enemistad entre Mattis y Borka le hacía la vida difícil. Había creído que esta enemistad desaparecería poco a poco. Ahora, por el contrario, se había avivado y se había hecho peligrosa. Todas las mañanas, cuando Mattis cabalgaba hacia la Trampa del Lobo con sus bandoleros, ella se quedaba pensando cuántos de ellos volverían sanos y salvos a casa. No se tranquilizaba hasta que todos estaban sentados alrededor de la

larga mesa; pero a la mañana siguiente, la inquietud volvía. Hasta que un día Ronja le preguntó a su padre:

—¿Por qué tenéis que estar poniendo en peligro vuestras vidas Borka y tú?

—Pregúntale a Borka —dijo Mattis—. Él disparó la primera flecha. Eso te lo puede contar Sturkas.

Pero Lovis también añadió:

—¿La niña tiene más juicio que tú, Mattis! Esto sólo puede acabar con sangre y miseria. ¿De qué servirá?

Mattis se puso furioso cuando vio a las dos, a Ronja y a Lovis, contra él.

—¿De qué servirá? —gritó—. ¿De qué servirá? Servirá para que Borka, por fin, salga del Castillo de Mattis. ¿No lo comprendéis?

—¿Y tenéis que mataros unos a otros por fuerza antes de daros por vencidos? —preguntó Ronja—. ¿No hay otra solución?

Mattis la miró con amargura. Ya era bastante discutir con Lovis sobre esto.

Pero que Ronja no estuviera de su parte era más de lo que él podía soportar.

—¿Encuentra tú la manera, tú que eres tan lista! Echa tú a Borka del Castillo de Mattis, y te aseguro que podrá estar tranquilo como los zorros en el bosque. Él y toda su maldita pandilla también. ¡Les dejaré tranquilos!

Se calló y se quedó un momento pensando; después murmuró:

—Pero si yo no mato por lo menos a Borka, cualquiera de mis hombres podrá llamarme cobarde.

Ronja se reunía con Birk en el bosque todos los días. Era su consuelo.

Pero ahora ya no podía disfrutar despreocupadamente de la primavera, ni Birk tampoco.

—¿Hasta la primavera nos han estropeado! —decía Birk.

Por culpa de un par de viejos y testarudos capitanes de bandoleros que no tienen ni pizca de sensatez.

Era muy triste, pensaba Ronja, que Mattis se hubiera convertido en un viejo testarudo capitán de bandoleros. Su Mattis, su amparo en el bosque, su fortaleza... ¿Por qué notaba ahora como si Birk fuera el único a quien tuviera que acogerse cuando tenía dificultades?

—Si no te tuviera a ti, hermano mío, entonces, no sé... —dijo.

Estaban sentados junto al lago, rodeados por el esplendor de la primavera; pero ellos casi no la notaban.

Ronja reflexionaba.

—Si no fueras mi hermano, quizás no me preocuparía que Mattis quisiera matar a Borka.

Miró a Birk y se echó a reír.

—Así que es culpa tuya que yo esté triste.

—Yo no quiero que tú estés triste —dijo Birk—. Pero para mí también las cosas son difíciles.

Estuvieron allí sentados largo tiempo con sus preocupaciones, pero las compartían, y esto era un consuelo. De todos modos, no era fácil.

—Es horrible no saber quiénes llegarán con vida por la noche y quiénes han muerto —dijo Ronja.

—Pero todavía no ha muerto nadie —dijo Birk—. Aunque se debe a que el bosque está otra vez lleno de soldados. Mattis y Borka, sencillamente, no tienen tiempo de matarse; bastante trabajo tienen con mantenerse lejos de los soldados.

—Sí, así es, ¡y es una suerte! —dijo Ronja.

Birk se echó a reír.

el profanador de textos

—Mira por dónde, ahora resulta que los soldados sirven para algo bueno. ¡Quién lo hubiera dicho! —De todos modos, esto es horrible —dijo Ronja—. Y lo seguirá siendo todos los días de nuestra vida para ti Y para mí.

Fueron a ver pastar a los caballos salvajes. También Bribón y Rayo estaban en la manada. Birk les silbó. Entonces los dos levantaron la cabeza con aire pensativo.

Después continuaron pastando tranquilamente. Estaba claro que la presencia de Birk y

Ronja no significaba nada para ellos.

—Sois salvajes —dijo Birk—, aunque ahora estéis ahí y parezcáis tan mansos.

Ronja quería volver a casa. Por culpa de dos viejos testarudos capitanes de bandoleros no se encontraba a gusto en el bosque.

Aquel día, igual que todos los demás días, Birk y ella se separaron mucho antes de llegar a la Trampa del Lobo, lejos de todos los caminos que frecuentaban los ladrones. Sabían por dónde solía venir cabalgando Mattis y cuáles eran las sendas que recorría Borka, sin embargo, siempre les preocupaba que alguien pudiera verlos juntos.

Ronja dejó que Birk se adelantara.

—Te veré mañana —dijo él, y echó a correr.

Ronja se entretuvo un momento a mirar a los nuevos zorritos. Saltaban y jugaban que daba gozo verlos.

Pero Ronja no sentía ninguna alegría y pensaba amargamente si todo volvería a ser como antes. Quizás nunca volvería a ser feliz en el bosque como en otros tiempos.

Después se encaminó hacia casa y llegó a la Trampa del Lobo. Allí estaban Joen y Lill-Klippen

de guardia, y parecían más contentos que de ordinario.

—¡Vete deprisa a casa, así podrás ver lo que ha sucedido! —dijo Joen.

A Ronja le picó la curiosidad.

—Debe de ser algo agradable, ¿no?

—Sí, puedes creerlo —dijo Lill-Klippen con una sonrisa bobalicona—. Tú misma lo verás.

Ronja echó a correr. Ciertamente, necesitaba algo que fuera agradable.

Enseguida estuvo junto a la puerta cerrada de la sala de piedra y oyó a Mattis reírse allí dentro. Era una estruendosa carcajada que la confortó y le quitó todas las preocupaciones. Y ahora quería saber qué era lo que le hacía reír de aquel modo.

Impaciente, entró en la sala de piedra, y en cuanto Mattis la vio, corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos. La levantó muy alto por los aires y dio unas vueltas alrededor con ella; estaba como loco.

—¡Ronja mía, tenías razón! —gritó—. No es necesario ningún derramamiento de sangre. Ahora Borka se va a ir con viento fresco antes de que haya soltado su primer estornudo mañanero, créeme.

—¿Cómo? —preguntó Ronja. Mattis señaló con el dedo.

—¡Mira allí! ¡Mira a quién acabo de agarrar ahora mismo con mis propias manos!

La sala de piedra estaba llena de alegres ladrones que saltaban alrededor y hacían ruido, por lo que Ronja al principio no vio lo que le señalaba Mattis.

—¿Comprendes, Ronja mía? Me basta con decirle a Borka: “¿Te quedas, o te vas? ¿Quieres tener otra vez a tu viborilla, o no?”

Entonces Ronja vio a Birk. Allí al fondo, en un rincón, estaba echado, atado de pies y manos, con sangre en la frente y la desesperación en los ojos, y

a su alrededor los ladrones de Mattis saltaban como locos, gritando:

—¡Eh, tú, hijo de Borka!, ¿cuándo vas a ir a casa con tu padre?

Ronja lanzó un grito, y lágrimas de rabia brotaron de sus ojos.

—¡Tú no puedes hacer esto! —gritaba, y con los puños cerrados golpeaba a Mattis donde podía, con toda su fuerza—. ¡Salvaje, tú no puedes hacer esto!

Mattis la soltó de golpe, y dejó de reír. Su rostro se puso pálido de rabia.

—¿Qué es lo que mi hija dice que yo no puedo hacer? —preguntó, amenazador.

—¡Te lo voy a decir! —gritó Ronja—. ¡Puedes robar dinero y cosas y todas las porquerías que quieras; pero no personas, porque si robas personas, ya no quiero ser tu hija!

—¿Quién ha hablado de personas? —dijo Mattis, y su voz era irreconocible—. Yo he cazado una víbora, un gusano, un perro sarnoso, y por fin va a quedar limpio el castillo de mis antepasados.

Después tú puedes ser mi hija o no, como tú quieras.

—¡Me das asco! —gritó Ronja.

Skalle-Per fue y se puso en medio, porque estaba asustado. Nunca había visto a Mattis con un rostro tan duro y tan lúgubre, y aquello le asustaba.

—¿Qué manera es ésa de hablar a tu padre? —dijo Skalle-Per, y agarró a Ronja por el brazo.

Pero ella se soltó.

—¡Me das asco! —gritó de nuevo.

Mattis parecía no oírla. Era como si ella ya no existiese para él.

—Fjosok —dijo con la misma terrible voz—, sube a la Boca del Infierno y dale un recado a Borka; dile que quiero verle allí en cuanto empiece a salir el sol mañana, y que le conviene no faltar.

Lovis estaba allí callada y escuchando. Frunció el entrecejo, pero no decía nada. Por fin se alejó, y miró a Birk. Cuando le vio la herida en la frente, fue a buscar un jarro con una infusión de hierbas y quiso lavarle la herida; pero entonces Mattis rugió:

—*¡No pongas la mano sobre esa víbora!*

—*¡Víbora o no, esta herida hay que lavarla!* —dijo Lovis, y la lavó.

Mattis se acercó, agarró a Lovis y la tiró al suelo.

Si Knotas no la hubiera sujetado a tiempo, se hubiera estrellado contra un barrote de la cama.

Pero Lovis no era de la clase de mujeres que dejan impune un comportamiento semejante.

Y como Mattis no estaba a su alcance, le sacudió a Knotas una sonora bofetada. Ésta fue la recompensa que Knotas recibía por no haberla dejado estrellarse contra el barrote de la cama.

—*¡Fuera todos los hombres!* —gritó Lovis—. *¡Fuera : todos de esta sala, que no sabéis hacer otra cosa que canalladas! ¡Tú también, Mattis! ¡Venga, fuera!*

Mattis le lanzó una siniestra mirada que podía haber asustado a cualquiera; pero no a Lovis. Allí estaba ella con los brazos cruzados viendo cómo él salía de la sala de piedra seguido de sus bandoleros. Tirado en el suelo, apoyado en el codo, estaba Birk con su pelo cobrizo cayéndole sobre los ojos.

—*¡Me das asco, Mattis!* —gritó Ronja de nuevo antes de que la pesada puerta se cerrara tras él.

Mattis no se acostó en su cama junto a Lovis aquella noche, y Lovis no supo dónde durmió su marido.

“¡Ni tampoco me preocupa!” pensaba. “Ahora tengo toda la cama para mí sola.”

Pero no pudo dormir, porque oía a su hija llorar desesperadamente y la niña no le permitía acercarse para que la consolara. Aquélla fue una noche que

Ronja tuvo que soportar sola. Estuvo despierta mucho tiempo, odiando tanto a su padre que notaba que el corazón se le encogía en el pecho.

Pero era difícil odiar a alguien a quien durante toda la vida se le había querido tanto. Por eso aquella noche fue para Ronja la peor de las noches.

Por fin se durmió, pero se despertó bruscamente tan pronto como empezó a clarear. Enseguida saldría el sol, y quería ir a la Boca del Infierno y ver qué ocurría allí. Lovis intentó disuadirla, pero Ronja no cedió. Se fue, y Lovis la siguió en silencio.

Y ahora estaban allí, como otra vez antes, Mattis y Borka con sus bandoleros, cada grupo en su lado de la Boca del Infierno. También Undis estaba allí, y Ronja oyó, de lejos, sus gritos y maldiciones. Las maldiciones iban dirigidas a Mattis, y Undis lo hacía con tanto ardor, que se ponía roja.

Pero Mattis no dejó que le ofendieran durante mucho tiempo.

—*¿Puedes hacer callar a tu mujer, Borka?* —dijo—. *Te interesaría que oyeras bien lo que tengo que decirte.*

Ronja, para que no la vieran, se había colocado detrás del grupo capitaneado por su padre. Oía y veía más de lo que podía soportar. Junto a Mattis estaba Birk. Ya no estaba atado de pies y manos, pero tenía una correa atada al cuello que Mattis sujetaba en su mano como si llevara un perro.

—*Eres un hombre duro, Mattis* —dijo Borka—. *Y un villano. Que quieras echarme de aquí, lo comprendo; pero que te valgas de mi hijo para conseguirlo es una villanía.*

—*Yo no te he pedido que me des tu opinión sobre mí* —dijo Mattis—. *Lo que quiero saber es cuándo piensas marcharte.*

Borka calló, exasperado hasta el punto de que las palabras no le salían de la garganta. Estuvo callado un largo rato, pero por fin dijo:

—*Primero tengo que encontrar un sitio donde, sin peligro, podamos establecernos. Y esto puede ser difícil.*

Pero si me devuelves a mi hijo, tienes mi palabra de que nos habremos ido antes de que termine el verano.

—*Bueno* —dijo Mattis—. *Entonces tienes mi palabra de que te devolveré a tu hijo antes de que termine el verano.*

—*Lo que yo quiero es que me lo devuelvas ahora* —dijo Borka.

—*Pero ha quedado claro que no te lo devuelvo ahora* —dijo Mattis—. *En el Castillo de Mattis tenemos mazmorras. No le faltará un techo sobre la cabeza. Te sirva esto de consuelo en el caso de que fuera un verano lluvioso.*

Ronja gemía en silencio. ¡Qué terrible idea había tenido su padre; Borka tenía que irse, inmediatamente, “antes de que haya soltado su primer estornudo mañanero,” esto era lo que Mattis había dicho! Si no, Birk permanecería encerrado en una mazmorra hasta que terminara el verano.

Pero Ronja sabía que no podía resistir allí tanto tiempo. Moriría antes, y se quedaría sin hermano.

Tampoco tendría un padre a quien pudiera querer. Esto también le dolía. Quería castigar a Mattis por ello y porque ella ya no podía ser su hija. Sí, quería que él sufriera tanto como ella misma sufría y deseaba ardientemente destruirlo todo y desbaratar sus proyectos.

Y de repente tuvo una idea. Vio claramente lo que tenía que hacer. Una vez, hacía mucho tiempo, lo había hecho, y entonces también de pura rabia, pero no tan fuera de sí como estaba ahora. Casi como un torbellino, tomó carrera y voló sobre la

el profanador de textos

Boca del Mattis la vio en pleno salto y lanzó un grito.

Fue un grito como el que los animales salvajes lanzan en las ansias de la muerte, y a sus ladrones se les heló la sangre, porque nunca habían oído nada tan horrible. Y entonces vieron a Ronja, su Ronja querida, en la otra parte del abismo, con el enemigo. Nada peor podía haber sucedido, ni nada tan incomprensible.

Incomprensible era también para los ladrones de Borka. Miraban fijamente a Ronja como si una arpía hubiera caído inesperadamente en medio de ellos.

Borka estaba igualmente desconcertado, pero se serenó enseguida. Había sucedido algo que lo cambiaba todo, lo comprendió muy bien. Ahora llegaba la pequeña arpía hija de Mattis que venía a ayudarlo a salir del aprieto. Por qué había hecho algo tan sin sentido, no lo comprendía; pero se apresuró a ponerle una correa en el cuello, y se reía en silencio mientras lo hacía.

Después le gritó a Mattis:

—*También tenemos mazmorras en los subterráneos de este lado. Tu hija tampoco echará de menos un techo sobre su cabeza en el caso de que fuera un verano lluvioso. ¡Consuélate con eso, Mattis!*

Pero Mattis estaba lejos de poder ser consolado.

Parecía un oso herido, allí de pie, balanceando su pesado cuerpo, como si tratase de contener un dolor insoportable. Ronja lloró al verlo de aquella manera. Mattis había soltado la correa que sujetaba a Birk; pero Birk continuaba allí, pálido y compungido, y veía al otro lado de la Boca del Infierno a Ronja, y cómo lloraba.

Después Undis se acercó a ella y le dio un empujón.

—*¡Llora, llora! Yo también lloraría si tuviera semejante monstruo por padre!*

Pero Borka hizo callar a Undis. En esto no tenía ella que meterse, decía.

Ronja misma había llamado monstruo a Mattis; sin embargo, ahora deseaba poder consolarle por lo que le había hecho y que tanto le hacía sufrir.

Lovis también quería ayudar a Mattis, como siempre hacía cuando él se encontraba en apuros. Estaba junto a él, pero él ni se daba cuenta. En aquel instante estaba solo en el mundo.

Entonces Borka le gritó:

—*¡ye, Mattis, ¿me vas a devolver a mi hijo, o no? Pero Mattis seguía balanceándose y no respondía.*

Entonces Borka rugió:

—*¿Me vas a devolver a mi hijo, o no?*

Por fin Mattis despertó.

—*Claro que sí —dijo, indiferente—. Cuando tú quieras.*

—*Yo quiero ahora —dijo Borka—. ¡No cuando haya terminado el verano, sino ahora!*

Mattis asintió.

—*¡Ya te he dicho que cuando tú quieras!*

Era como si aquello ya no le importara.

Pero Borka dijo, con una sonrisa burlona:

—*Tratos son tratos. Y en el mismo momento te devolveré a tu hija.*

—*Yo no tengo ninguna hija —dijo Mattis.*

La alegre sonrisa burlona de Borka se apagó.

—*¿Qué quieres decir con eso? ¿Es alguna nueva estratagema que se te ha ocurrido?*

—*Ven a buscar a tu hijo —dijo Mattis—.*

—*Pero a mí no me devuelvas ninguna hija. Porque ya no la tengo.*

—*¡Pero la tengo yo! —gritó Lovis, con una voz que hizo que las cornejas levantaran el vuelo de lo alto*

del muro, espantadas—. Y esa hija quiero que se me devuelva ahora mismo, ¿comprendes, Borka? ¡Ahora!

Después clavó los ojos en Mattis.

—*¡Aunque el padre de mi hija se haya vuelto completamente loco!*

Mattis se dio la vuelta y se fue de allí andando pesadamente. ♣

10 [la cueva de los osos]

A Mattis no se le vio en la sala de piedra durante los días siguientes, y tampoco estuvo en la Trampa del Lobo cuando tuvo lugar el cambio de niños.

Era Lovis la que estaba allí para recoger a su hija. La acompañaban Fjosok y Joen, que llevaban consigo a Birk. Borka y Undis, con sus ladrones, esperaban ya en la Trampa del Lobo.

Undis, llena de rabia y triunfante, estalló en cuanto vio a Lovis:

—*Se comprende que un ladrón de niños como Mattis sienta vergüenza y no quiera dejarse ver.*

Lovis no se dignó contestar. Tiró de Ronja, deseando marcharse de allí sin cambiar una palabra. Mucho había meditado por qué su hija se había entregado voluntariamente en manos de Borka, pero allí, en el momento del encuentro, empezó a sospechar algo.

Ronja y Birk se miraban como si estuvieran solos en la Trampa del Lobo y en el mundo. Sí, saltaba a la vista que aquellos dos tenían algo en común que los unía.

Undis también lo notó, y no le gustó lo que vio. Violentamente tiró de Birk.

—*¿Qué tienes tú que ver con ella?*

—*Es mi hermana —dijo Birk—. Y me ha salvado la vida.*

Ronja se apretaba contra Lovis y lloraba.

—*También Birk ha salvado la mía —murmuraba.*

Pero Borka estaba rojo de ira.

—*¿Cómo!, ¿mi hijo entendiéndose a mis espaldas con la hija de mi enemigo mortal?*

—*Es mi hermana —dijo Birk de nuevo, y miró a Ronja.*

—*¡Hermana! —gritó Undis—. ¡Sí, sí! ¡Ya hablaremos de eso dentro de un par de años!*

Agarró a Birk, deseando llevárselo de allí.

—*No me toques! —dijo Birk—. Sé caminar solo y no soporto que me pongas las manos encima.*

Se dio la vuelta y se fue. Ronja lanzó un grito lastimero.

—*¡Birk!*

Pero él se había ido y ya estaba lejos.

Cuando Lovis se quedó sola con Ronja, le hizo varias preguntas, pero fue en vano.

—*No pienso hablar! —decía Ronja.*

Entonces Lovis la dejó en paz y volvieron a casa en silencio.

Skalle-Per recibió a Ronja en la sala de piedra como si hubiera sido rescatada de un peligro mortal.

—*¿Qué alegría volverte a ver! —decía—. ¡Pobre niña, qué preocupado he estado por ti!*

Pero Ronja no dijo nada y se acostó en silencio en su lecho, y corrió las cortinas.

—*Sólo hay desgracias en el Castillo de Mattis! —dijo Skalle-Per, y movió la cabeza tristemente.*

Después cuchicheó a Lovis:

—*Tengo a Mattis en mi aposento. Está allí echado, con la mirada fija, y no dice ni una palabra. No quiere levantarse ni quiere comer. ¿Qué vamos a hacer con él?*

—*Ya vendrá cuando tenga mucha hambre —aseguraba Lovis.*

Pero estaba preocupada, y al cuarto día fue al aposento de Skalle-Per y dijo desde fuera:

—*¡Ven a comer, Mattis, y déjate ya de cuentos!*

Todos están sentados a la mesa esperándote.

Mattis acudió por fin, triste y tan demacrado que no parecía el mismo. Sin decir una palabra se sentó a la mesa y empezó a comer.

Sus ladrones se callaron también. Nunca había habido tanto silencio en la sala de piedra. Ronja estaba sentada en su sitio, pero Mattis no la veía. Ella también procuraba no mirarlo. Sólo a hurtadillas miró una vez hacia su sitio y vio a un Mattis completamente diferente al padre que hasta entonces había conocido.

¡Sí, en todo era diferente y terrible! Ella quería levantarse y desaparecer, evitar estar allí donde Mattis estaba, escaparse y estar sola.

Pero se quedó sentada, indecisa, sin saber qué hacer con todo su dolor.

—*¿Ya habéis comido bastante, charlatanes? —dijo Lovis hoscamente cuando terminaron de comer.*

No estaba acostumbrada a tanto silencio.

Los ladrones, mascullando, se levantaron de la mesa y se dirigieron a los establos, donde los caballos permanecían inactivos desde hacía cuatro días. Mientras su jefe estaba echado en el cuarto de Skalle-Per con la mirada fija en el techo, no podían ellos, claro está, salir a robar.

Era una lástima, pensaban, ya que precisamente en esa época transitaban más viajeros que de ordinario a través de los bosques. Mattis desapareció de la sala de piedra sin haber dicho una sola palabra, y aquel día no se le vio más.

el profanador de textos

Ronja se apresuró a ir al bosque otra vez. Tres días había ido allí esperando encontrarse con Birk, pero éste no apareció, y no sabía por qué. ¿Qué habían hecho con él? ¿Lo habrían encerrado para que no pudiera correr al bosque y estar con ella? Resultaba duro esperar y esperar, sin saber nada de él. Estuvo sentada largo rato junto al lago y también ahora rodeada por la delicia de la primavera.

Pero sin Birk no se podía gozar de ella. Recordaba cómo era antes cuando estaba sola y el bosque era suyo. ¡Qué lejos quedaba aquello! Ahora necesitaba a Birk para compartirlo todo con él.

Pero aquel día parecía que tampoco iba a dejarse ver, y cuando ya le había estado esperando hasta no poder más, se levantó para irse.

Y entonces llegó él. Le oyó silbar entre los abetos, y loca de alegría, fue hacia él apresuradamente. ¡Allí estaba! Y venía cargado con un gran bulto.

—*Me vengo a vivir al bosque —dijo—. No puedo vivir más tiempo en la Fortaleza de Borka.*

Ronja lo miró asombrada.

—¿Por qué?

—*Porque no puedo soportar los sermones y los reproches continuamente —dijo—. ¡Me ha bastado con tres días!*

El silencio de Mattis era peor que los sermones y los reproches, pensaba Ronja. Y de repente supo lo que tenía que hacer: ¡había que cambiar aquella situación insoportable! Birk lo había hecho; entonces, ¿por qué no hacerlo ella también?

—*Quiero marcharme del Castillo de Mattis yo también dijo con vehemencia—. ¡Quiero marcharme! ¡Sí, quiero marcharme!*

—*Yo he nacido en una cueva —dijo Birk—, y en una cueva puedo volver a vivir.*

Pero ¿y tú?

—*Yo contigo puedo vivir en cualquier sitio —dijo Ronja—. ¡Aunque sea en la Cueva de los Osos!*

Había muchas cuevas en las montañas de alrededor, pero ninguna comparable a la Cueva de los Osos. Ronja la conocía desde que empezó a vagar por el bosque.

Mattis se la había enseñado. Él mismo solía jugar allí de pequeño, solo en verano, porque, en invierno, los osos acostumbraban a dormir allí, según le había contado a él Skalle-Per. Por eso la llamaban la Cueva de los Osos, y así seguía llamándose desde entonces, aunque los osos ya no la habitaban.

La Cueva de los Osos estaba en una pared rocosa que dominaba el río. Para llegar allí había que seguir un sendero empinado, en el flanco de la montaña, que en su comienzo era estrechísimo y peligroso, pero precisamente delante de la cueva se ensanchaba formando una amplia explanada. Allí arriba, sobre el ruidoso río, se podía estar sentado y esperar que la mañana con su esplendor iluminase las montañas y los bosques. ¡Ronja había estado tantas veces!

Sí, en la cueva se podía vivir, ella lo sabía muy bien.

—*Iré a la Cueva de los Osos esta noche —dijo Ronja—. ¿Estarás tú allí entonces?*

—*Pues claro —dijo Birk—. Estaré allí esperándote.*

Lovis le cantó la Canción del Lobo a Ronja aquella noche, como siempre se la había cantado al terminar el día, lo mismo en los días alegres que en los días tristes.

“Pero esta noche es la última vez que la oigo,” pensó Ronja, y era un pensamiento insoportable. Insoportable era también abandonar a su madre; y todavía más insoportable no ser nunca más la hija de Mattis.

Era por esto por lo que tenía que huir al bosque, aunque no pudiera oír nunca más la Canción del Lobo.

Y sería en ese preciso momento, en cuanto Lovis se hubiera dormido. Ronja se tendió en su lecho y miraba fijamente el fuego mientras esperaba, Lovis se movía inquieta en su cama, pero por fin se tranquilizó y Ronja notó por su respiración que ya dormía.

Entonces Ronja se levantó sin hacer ruido y, al resplandor del fuego, se quedó de pie largo rato mirando a su madre dormida.

“Mi querida Lovis, quizás nos veamos otra vez, o quizás no,” pensó.

El pelo suelto de Lovis se extendía sobre la almohada. Ronja acarició con los dedos los oscuros bucles rojizos. ¿Era realmente su madre la que estaba allí echada y que parecía una niña? Se la veía cansada y sola, sin Mattis a su lado en la cama. Y ahora también la abandonaría su hija.

—*¡Perdóname! —murmuró Ronja—. ¡Tengo que hacerlo!*

En silencio salió de puntillas de la sala de piedra y fue a buscar su equipaje, que tenía bien escondido. Pesaba mucho, tanto, que casi no podía con él. Y cuando llegó a la Trampa del Lobo, arrojó el bulto a los pies de Tjebbe y de Tjorm, que estaban de guardia aquella noche. Y no porque Mattis se preocupara de establecer los turnos de guardia, sino porque Skalle-Per lo hacía en su lugar con gran entusiasmo.

Tjebbe miró fijamente a Ronja.

—*Por todas las arpias, ¿adónde vas a medianoche?*

—*Me voy a vivir al bosque —contestó Ronja—.*

¡Díselo a Lovis!

—*¿Por qué no se lo dices tú? —preguntó Tjebbe.*

—*¡Porque no me dejaría ir! Y yo quiero irme.*

el profanador de textos

—¿Y qué va a decir tu padre? —preguntó Tjorm.

—¿Mi padre? —dijo Ronja, pensativa—. ¿Tengo yo padre?

Y les tendió la mano para despedirse.

—¡Despedidme de todos! ¡No olvidéis a Skalle-Per. Y acordaos de mí alguna vez cuando bailéis y cantéis vuestras canciones.

Esto era más de lo que Tjebbe y Tjorm podían soportar. Se les llenaron los ojos de lágrimas, y Ronja lloró también un poco.

—Creo que ya se han acabado los bailes en el Castillo de Mattis —dijo Tjebbe tristemente.

Ronja tomó su bulto y se lo cargó al hombro.

—Decidle a Lovis que no se preocupe demasiado por mí. Estaré en el bosque, si quiere buscarme.

—¿Y qué le decimos a Mattis? —preguntó Tjorm.

—Nada —dijo Ronja con un suspiro.

Después se fue. Tjebbe y Tjorm se quedaron mirándola en silencio hasta que desapareció en una curva del sendero.

Era de noche y la luna estaba alta en el cielo. Ronja se paró junto al lago para descansar; se sentó encima de una piedra y sintió qué gran tranquilidad había en su bosque.

Escuchaba, pero no oía nada más que el silencio. El bosque en la noche de primavera parecía estar lleno de secretos, de magia y otras cosas extrañas y primitivas. También había muchos peligros, pero Ronja no tenía miedo.

“Si las arpías están lejos, yo estaré tan segura como en el Castillo de Mattis” pensaba. “El bosque es mi casa, como siempre lo ha sido, y ahora más que nunca, ya que no tengo otra.”

El lago estaba allí muy negro, pero por encima de la oscura superficie del agua cruzaba un delgado rayo de luna.

Era muy hermoso y Ronja se alegró cuando lo vio: sí, era maravilloso que se pudiera estar alegre y triste a la vez. Estaba triste por culpa de Mattis y por Lovis, pero feliz por toda la magia, la belleza y el silencio de la noche de primavera que la rodeaba.

Y aquí en el bosque viviría de ahora en adelante con Birk. Entonces se acordó de que él la estaba esperando en la Cueva de los Osos. ¿Entonces por qué se entretenía allí pensando? Se levantó y tomó su bulto. Estaba lejos de donde tenía que ir y no había ningún sendero que pudiera seguir; pero de todos modos sabía cómo se iba, de la misma manera que lo saben los animales, y como también lo saben todos los gnomos del bosque, los trols oscuros y los enanos grises.

Así que caminaba tranquila a través del bosque iluminado por la luna, entre pinos y abetos, sobre musgo y matas de arándanos, junto a pantanos en los que olía a mirto y junto a negros estanques sin fondo; pasaba por encima de árboles caídos llenos de musgo y vadeaba pequeños arroyos rumorosos.

Se dirigió en línea recta atravesando el bosque hacia la Cueva de los Osos sin extraviarse.

Vio a los trols oscuros bailar a la luz de la luna sobre una roca. Lo hacían sólo en las noches de luna, había dicho Skalle-Per.

Se paró un momento y los estuvo contemplando sin que ellos la descubrieran. Era un extraño baile el que bailaban. Muy lenta y pesadamente se balanceaban, giraban y gruñían también extrañamente. Era su canto de primavera, había dicho Skalle-Per. Él había intentado imitar su gruñido para que ella lo oyera.

Pero aquello no se parecía mucho a lo que ahora oía, que sonaba de forma tan primitiva y melancólica.

Cuando pensó en Skalle-Per tuvo también que pensar en Mattis y en Lovis, y esto la llenó de dolor.

Pero lo olvidó cuando por fin llegó a la cueva y vio el fuego.

Sí, Birk había encendido una hoguera en la explanada de delante para protegerse de la fría noche de primavera. Vio el resplandor de las llamas desde lejos y recordó de lo que Mattis solía decir.

—Allí donde hay una casa hay una hoguera.

“Y donde hay una hoguera también puede muy bien haber una casa,” pensó Ronja. ¡Y la Cueva de los Osos sería una casa!

Y allí estaba sentado Birk tranquilamente junto al fuego comiendo carne asada. Pinchó un trozo de carne en un palo y se lo ofreció a Ronja.

—He estado esperando mucho tiempo —dijo—. ¡Ahora, come! ¡Antes de que cantes la Canción del Lobo! ♣

11 [visitantes indeseados]

Ronja intentó cantar a Birk la Canción del Lobo cuando se acostaron en sus lechos de ramas de abeto.

Pero se acordó de cómo Lovis se la cantaba a ella y a Mattis cuando estaban juntos en el castillo, y le asaltó tal angustia que no pudo continuar.

Birk estaba ya casi dormido. Todo el día, mientras la esperaba, había estado trabajando fuerte para limpiar la cueva, después de haber pasado allí el último oso su letargo invernal.

Luego había traído del bosque leña seca para quemar y ramas de abeto para dormir sobre ellas.

Había tenido un día muy duro y se durmió enseguida.

Ronja permanecía despierta. La cueva estaba oscura y helada, pero ella no tenía frío. Birk le había prestado una piel de cabra para que la extendiera ¡sobre las ramas de abeto, y ella se había traído su manta de piel de ardilla. Era blanda y cálida cuando uno se envolvía en ella.

No, no era el frío lo que la mantenía despierta; pero no le venía el sueño.

Estuvo mucho tiempo allí echada y no se sentía tan contenta como quería estar.

Pero a través de la abertura de la cueva veía el claro y frío cielo primaveral y oía bramar al río allá abajo en su cauce, y esto le servía de consuelo.

“Es el mismo cielo que hay sobre el castillo de Mattis,” pensaba, “y aquí oigo el mismo río que oía en casa.”

Y pensando se durmió.

Se despertaron los dos cuando el sol surgió tras las colinas del otro lado del río.

De un rojo encendido, salía de las nieblas matinales y brillaba como fuego sobre los bosques.

—*¡Estoy endurecido de frío!* —dijo Birk—. *Cuando más frío hace es al amanecer; después, poco a poco el aire se va calentando. Siempre es un consuelo, ¿no te parece?*

—*Una hoguera sería mejor consuelo* —dijo Ronja, *tiritando.*

Birk avivó las brasas que permanecían encendidas bajo las cenizas. Se sentaron junto al fortalecido fuego, comieron pan y bebieron la leche de cabra que les quedaba en la cantimplora de madera.

Cuando se acabó el último trago, dijo Ronja:

—*De aquí en adelante habrá que beber agua de la fuente y nada más.*

—*Así no engordaremos* —dijo Birk—.

Pero tampoco nos moriremos de hambre.

Se miraron uno a otro y se echaron a reír.

Su vida en la Cueva de los Osos iba a ser dura, lo comprendían; pero esto no los desalentó.

Ronja ni siquiera se acordaba de su tristeza de la noche anterior.

Ahora habían comido, no tenían frío; la mañana era muy clara y se sentían libres como pájaros.

Era como si hasta ahora no se hubieran dado cuenta. Todo lo que había sido tan pesado y difícil en los últimos tiempos había quedado atrás.

Pensaban olvidarlo; no querían recordarlo nunca jamás.

—*Ronja* —dijo Birk—, *¿te das cuenta de que somos tan libres que es para reírse a carcajadas?*

—*Sí, y éste es nuestro reino* —dijo Ronja—. *Nadie nos lo puede quitar ni echarnos de él.*

Permanecieron junto al fuego mientras salía el sol. Debajo de ellos bramaba el río, y, a su alrededor, el bosque, despertaba.

Las cimas de los árboles se movían suavemente con el viento de la mañana; los cuclillos cantaban; un pájaro carpintero martilleaba en el tronco de un pino por allí cerca, y en la otra parte del río una familia de alces salía al lindero del bosque.

Y ellos dos estaban allí sentados y se sentían como si reinaran sobre todas las cosas: el río, los alces y todo ser viviente que había allí.

—*¡Tápate los oídos, que ahora viene mi grito de primavera!* —dijo Ronja.

Y gritó de tal manera, que la montaña lo devolvió en forma de mil ecos que resonaron por los valles.

—*Una cosa deseo más que nada* —dijo Birk—.

Que me dé tiempo a ir a buscar mi ballesta antes de que hagan venir aquí las arpias con tus gritos.

—*¿Buscar...? ¿Adónde?* —preguntó Ronja—. *¿A la Fortaleza de Borka?*

—*No; en el bosque* —dijo Birk—. *No lo pude traer todo de una vez. Por eso me fabriqué un escondrijo en un árbol hueco y allí guardé algunas cosas que tengo que traer aquí.*

—*Mattis no quería darme una ballesta todavía* —dijo Ronja—.

Pero puedo hacerme un arco, si me prestas tu cuchillo.

el profanador de textos

—Sí, si tienes cuidado con él. Es lo más valioso que tenemos, recuérdalo. Sin cuchillo no podremos arreglárnoslas en el bosque.

—Hay más cosas sin las que no podremos arreglárnoslas —dijo Ronja—. Cubos para ir a buscar agua. ¿Has pensado en eso?

Birk se echó a reír.

—Claro que he pensado.

Pero pensando no se trae agua. Por eso es una suerte que yo sepa dónde conseguir uno.

—¿Dónde? —inquirió Ronja.

—Cerca de la fuente de Lovis. En el bosque, por debajo de la Trampa del Lobo. Ayer envié a Sturkas a buscar agua para Skalle-Per, que tenía retortijones de barriga.

Pero a Sturkas lo persiguieron dos arpiás y volvió a casa sin el cubo. Hoy tendrá que ir a buscarlo. De eso se encargará Lovis, ¡créeme! Pero si me doy prisa, quizás llegue yo primero.

Y los dos se apresuraron. Con pies ligeros recorrieron el largo camino a través del bosque para ir a buscar lo que necesitaban.

Tardaron mucho tiempo en volver a la cueva, Ronja con el cubo y Birk con su ballesta y alguna otra cosa del escondrijo del árbol.

Birk colocó en fila todas las cosas en la explanada de la cueva para enseñarle a Ronja lo que tenía.

Un hacha, una piedra de afilar, una olla, un aparejo de pesca, lazos para cazar pájaros, flechas para la ballesta, una lanza corta: cosas realmente necesarias para quien quiera vivir en el bosque.

—Sí, ya veo que tú sabes lo que la gente del bosque necesita —dijo Ronja—. Procurar comida y defenderse de las arpiás y de las fieras salvajes.

—¡Claro que lo sé! —dijo Birk—. Piensa que...

No dijo más, porque Ronja lo agarró bruscamente por el brazo y le susurró asustada:

—¡Cállate! Hay alguien dentro de la cueva.

Contuvieron la respiración y escucharon.

Sí, había alguien en su cueva; alguien que había aprovechado para colarse mientras estaban fuera.

Birk tomó su lanza y estuvieron esperando silenciosos.

Podían oír que alguien se movía dentro y era desagradable no saber de quién se trataba.

Además, parecían varios: quizás la cueva estaba llena de arpiás que estaban al acecho y en cualquier momento podían salir volando y desgarrarles.

Finalmente, se cansaron de estar quietos allí, al acecho.

—¡Salid, arpiás, si queréis probar la lanza más afilada del bosque!

Pero no salió nadie. Sin embargo, en su lugar se oyó un ruido furioso allí dentro.

—¡Humanos aquí en el bosque de los enanos grises! ¡Enanos grises todos, a morder y a golpear!

Entonces Ronja gritó con toda su furia:

—¡Fuera de aquí, enanos grises! ¡Salgan ahora mismo!

Y de la cueva salió un hormiguero de enanos grises. Silbaban y gruñían a Ronja, pero ella les gruñía a su vez, y Birk los amenazaba con la lanza.

Se apresuraron a bajar la montaña, aferrándose a la pared rocosa, y se dirigieron al río. Algunos resbalaron y cayeron gruñendo de rabia directamente al agua, de manera que montones de enanos grises se fueron río abajo.

Pero, por fin, todos consiguieron llegar a la orilla arrastrándose.

—Estos monstruos son muy listos, saben nadar —dijo Ronja.

—Y comer pan también —dijo Birk cuando entraron en la cueva y vio que los enanos grises se habían zampado un pan entero de sus provisiones.

No habían tenido tiempo para hacer más destrozos, pero era un contratiempo suficiente que hubieran estado allí.

—¡Qué mala suerte! —dijo Ronja—. Ahora no pararán de silbar y gruñir por todo el bosque, y todas las arpiás se van a enterar de dónde estamos.

Pero en el bosque de Mattis no hay que tener miedo: Ronja lo sabía desde que era pequeña. Y decidieron no preocuparse de antemano, de modo que tranquilamente ordenaron sus provisiones, sus armas y sus herramientas en la cueva.

Después fueron a buscar agua a una fuente del bosque, colocaron una red en el río para pescar; llevaron a la cueva piedras desde la orilla del río construyendo un verdadero fogón en la explanada, y dieron largas caminatas para buscar una buena rama de enebro para el arco de Ronja.

Entonces vieron los ¡caballos salvajes pastando en el claro del bosque, como de costumbre. Intentaron acercarse a Bribón y a Rayo con palabras amables, pero no les hicieron caso.

Ni Bribón ni Rayo sabían lo que era la amabilidad. Desaparecieron a galope tendido para irse a otro sitio donde pudieran pacer en paz.

El resto del día estuvo Ronja sentada fuera de la cueva construyendo su arco y un par de flechas.

Sacrificó un trozo de su correa para la cuerda del arco.

Después, a fin de probarlo y ejercitarse, estuvo disparando durante largo rato, nerviosa, hasta que consiguió lanzar muy lejos las dos flechas.

Las estuvo buscando hasta que empezó a oscurecer; entonces dejó de hacerlo.

Pero esto no la preocupaba mucho.

—Haré otras mañana —dijo.

—¡Si tienes cuidado con el cuchillo! —dijo Birk.

—¡Sí, ya sé que es lo más valioso que tenemos, el cuchillo y el hacha!

De repente se dieron cuenta de que ya era de noche y de que tenían hambre. El día había pasado de prisa Y ellos habían estado trajinando sin descanso.

Habían caminado, saltado, traído cosas a rastras y ordenado la cueva, tenido a raya a los enanos grises, y no habían tenido tiempo para tener hambre.

Pero ahora se dieron un banquete de pan con queso de cabra y pierna de cordero, y bebieron agua clara de la fuente, tal y como Ronja había previsto.

En esta estación del año la noche llegaba muy tarde; pero en sus cuerpos cansados notaron que el día había terminado Y que querían dormir.

En la oscuridad de la cueva, Ronja le cantó a Birk la Canción del Lobo y esta vez salió mejor. De todos modos, se puso un poco triste y le preguntó a Birk:

—¿Crees que se acuerdan de nosotros en el Castillo de Mattis? Me refiero a nuestros padres.

—Lo extraño sería que no se acordaran —dijo Birk.

Ronja tragó saliva antes de poder decir algo más.

—¿Te parece que estarán tristes?

Birk caviló un momento.

—Depende. Creo que Undis estará apenada, pero estará todavía mucho más furiosa, creo yo. Borka estará también furioso, pero de todos modos estará todavía más triste.

—Lovis estará apenada, lo sé —dijo Ronja.

—¿Y Mattis? —preguntó Birk.

Ronja se quedó callada un momento.

Después dijo:

—Estará satisfecho, creo yo, de que me haya ido: así podrá olvidarme.

E intentó creerse lo que decía; pero en el fondo de su corazón sabía que no era verdad.

Por la noche soñó que Mattis estaba sentado en medio de un bosque solitario y tenebroso y que lloraba tanto que se formaba una fuente a sus pies.

En el fondo de aquella fuente estaba ella, todavía niña. jugando con las piñas y las piedras que él le había traído. ♣

12 [el cuchillo]

A la mañana siguiente, muy temprano, bajaron al río para ver si había algún pez en la red.

—La pesca hay que sacarla antes de que cante el cuclillo —dijo Ronja.

Iba saltando contenta por el sendero delante de Birk. Era un sendero estrechito que serpenteaba escarpado por la falda de la montaña a través de un bosque de abedules jóvenes.

Ronja aspiró el aroma de los tiernos brotes de abedul; era un perfume agradable de primavera que le impulsaba a dar saltos de alegría.

Detrás de ella iba Birk, todavía medio dormido.

—¡Si hubiera algún pez...! ¿Crees que tendremos llena la red?

—En este río hay salmones —dijo Ronja—. Sería extraño que no hubiera quedado prendido alguno en nuestra red.

—Y no sería extraño que tú, hermana mía, te cayeras de cabeza al río.

—Son mis saltos de primavera —dijo Ronja.

Birk se echó a reír.

—¡Saltos de primavera! Sí, como si este camino fuera el más apropiado para ir saltando. ¿Quién crees que lo habrá frecuentado?

el profanador de textos

—Quizás Mattis —dijo Ronja—. Cuando estuvo en la Cueva de los Osos. Le gusta el salmón. Le ha gustado siempre.

Luego se calló. No quería pensar en lo que le gustaba o no le gustaba a Mattis. Se acordó del sueño de la noche anterior. También quería olvidarlo. Este pensamiento no la abandonaba y no la dejaba tranquila.

¡Hasta que vio el salmón que se agitaba y brillaba en la red! Era un gran salmón que les proporcionaría comida para varios días, y Birk dijo satisfecho, cuando lo sacó de la red:

—¡Hermana mía, te aseguro que de hambre no nos moriremos.

—Por lo menos no antes del invierno —dijo Ronja.

Pero hasta el invierno faltaba mucho. ¿Por qué preocuparse ahora? No quería saber nada más de preocupaciones pegajosas como las moscas.

Regresaron a la cueva con el salmón que habían pescado colgando de un palo largo y arrastrando tras de sí un tronco de abedul arrancado por la tormenta.

Lo habían amarrado a sus cinturones con las correas, y, como un par de caballos de tiro arrastrando una gran carga de leña, se esforzaban para subir con él sendero arriba.

Necesitaban madera. Habían pensado que del tronco harían escudillas y otros utensilios.

Birk había quitado las ramas al tronco del abedul.

Pero, mientras lo hacía, se le había escapado el hacha y se había herido en un pie, así que iba dejando un rastro de sangre detrás de él, aunque no le preocupaba.

—No hay que preocuparse. La herida puede sangrar hasta que se canse.

—¡No te hagas el valiente! —dijo Ronja—. Quizás venga un oso carnicero, husmee en tus huellas y quiera saber dónde hay más de esa rica sangre.

Birk se rió.

—Le mostraré la herida con la lanza en la mano.

—Lovis —dijo Ronja, pensativa—, Lovis solía poner musgo blanco seco encima de las heridas. Quizás podría ir a buscar al bosque antes de que te hieras otra vez.

y así lo hizo. Trajo del bosque una gran cantidad de musgo blanco y lo puso a secar al sol.

Cuando hubo terminado, Birk le ofreció salmón asado en las brasas.

Y no fue la última vez. Durante largo tiempo no hacían otra cosa: comían salmón y se dedicaban a hacer escudillas de madera.

Trocear el tronco de abedul no era difícil. Se turnaban en el trabajo y ninguno se lastimó.

Pronto tuvieron cinco estupendos trozos de madera que sólo esperaban ser ahuecados para convertirse en escudillas. Cinco debían tener: lo habían decidido.

Pero ya al tercer día preguntó Ronja:

—Birk, ¿qué crees tú que es peor, el salmón asado o las ampollas en las manos?

Birk dijo que no sabía qué contestar, ya que una cosa era tan desagradable como la otra.

—Quizás necesitaríamos alguna otra herramienta más adecuada. Sólo con el cuchillo es un trabajo de esclavos.

Pero no tenían ninguna otra herramienta, y se turnaban para raspar y tallar, hasta que por fin tuvieron algo que se parecía a una escudilla.

—No volveré a hacerlo en toda mi vida —dijo Birk—. Voy a afilar el cuchillo por última vez. ¡Dámelo!

—¿El cuchillo? —dijo Ronja—. Lo tienes tú. Birk sacudió la cabeza.

—No, tú lo has tenido la última. ¡Dámelo!

—Yo no lo tengo. ¿O es que no me has oído?

—Entonces, ¿qué has hecho de él?

Ronja se puso furiosa.

—¿Qué has hecho con él? Fuiste tú el último que lo ha tenido.

—¡Mentira! —dijo Birk.

Furiosos y en silencio, Ronja y Birk buscaron el cuchillo por todas partes, dentro de la cueva y fuera de ella, en la explanada.

Otra vez dentro de la cueva otra vez fuera, pero no aparecía.

Birk miró fríamente a Ronja:

—Pensaba que había quedado claro que sin cuchillo no podríamos arreglárnoslas en el bosque.

—Entonces deberías haber tenido más cuidado con él —dijo Ronja—. Además, echar la culpa a los otros cuando hay problemas me parece muy sucio.

Birk palideció de rabia.

—¡Vaya, ya apareció otra vez la hija del bandolero! Veo que no has cambiado. ¡Y tengo que vivir contigo!

—¡Lo puedes evitar, ladrón de Borka! —dijo Ronja—. ¡Vive con tu cuchillo, si lo encuentras! Y, de todas maneras, ¡ya puedes irte al infierno!

Y le dejó, llorando de rabia. Se iría al bosque; así se libraría de él. ¡No quería verlo jamás, ni hablar jamás una palabra con él!

Birk la vio desaparecer. Esto le puso más furioso todavía. Y le grito:

—¡Ojalá se te lleven las arpias! ¡Con ellas estarás como en casa!

Vio el musgo blanco esparcido por el suelo. Era una idea tonta de Ronja. Y empezó a darle patadas, de rabia.

Debajo del musgo estaba el cuchillo. Birk se quedó un buen rato mirándolo fijamente antes de tomarlo.

¡Habían buscado por todas partes, incluso debajo del musgo! ¿Cómo podía estar allí el cuchillo, y de quién era culpa de que estuviera allí?

De todas formas, lo del musgo era culpa de Ronja, le parecía a él. Además, era tan estúpida y tozuda, que resultaba insoportable.

Sí, podía haber corrido detrás de ella y decirle que el cuchillo había aparecido.

Pero por él podía quedarse en el bosque hasta que se cansara y volviera a ser la de antes.

Afiló el cuchillo con mucho cuidado y después se sentó y, sosteniéndolo, veía lo bien que se adaptaba a su mano. Era un magnífico cuchillo y no había desaparecido.

La que sí había desaparecido era su rabia. Se le había pasado mientras estaba entretenido con el cuchillo.

Pero Ronja se había ido. ¿Era acaso por eso por lo que sentía en el pecho aquel extraño remordimiento?

“¡Vive con tu cuchillo!” le había dicho ella. Y se puso furioso de nuevo.

¿Dónde iba a vivir ella, entonces? No porque a él le importara; ella podía ir y venir por donde quisiera.

Pero si no volvía pronto, peor para ella, porque entonces la Cueva de los Osos le estaría cerrada para siempre. De buena gana se lo hubiera dicho; pero no pensaba correr al bosque para buscarla para decírselo.

Pronto vendría a mendigar y a pedir que quería volver, y entonces él le diría:

—*¡Haber venido antes! ¡Ya es tarde!*

Lo dijo en voz alta para ver cómo sonaba y se echó a temblar. ¡Qué palabras para una hermana!

Pero ella lo había querido. Él no la había echado.

Comió un poco de salmón mientras esperaba. El salmón estaba riquísimo las tres o cuatro primeras veces que se comía.

Pero ahora, después de más de diez veces, los trozos se le atragantaban y no había manera de hacerlos pasar.

Pero, de todos modos, era comida. ¿Qué comería la errante hija del bandolero que andaba vagando por el bosque? ¿Qué comería Ronja? ¿Qué comería su hermana?

Serían, a lo más, raíces y hojas verdes, si encontraba alguna. Aunque eso a él tampoco le importaba. Podía andar por ahí hasta desfallecer; porque, claro, eso era lo que ella quería; si no, ya habría vuelto.

Las horas pasaban y estaban extrañamente vacías sin Ronja. Birk no sabía por dónde andar ni qué hacer sin ella.

Y el remordimiento en el pecho aumentaba.

Vio subir la niebla sobre el río. Entonces se acordó de aquella vez, hacía mucho tiempo, cuando él había luchado contra los subterrestres por defender a Ronja.

Nunca le había hablado de ello después, y ella quizás no sabía bien que era una de esas personas que se dejaba seducir por subterrestres.

¡Qué injusta había sido con él en aquella ocasión! Hasta le había dado un mordisco tan fuerte en la mejilla que todavía le quedaba una pequeña cicatriz.

Pero de todas maneras, ella le gustaba; sí, desde la primera vez que la vio le había gustado.

Pero ella no lo sabía, no se lo había dicho nunca, y ahora era demasiado tarde.

De ahora en adelante viviría en la cueva solo, con su cuchillo...

¿Cómo había podido Ronja decirle una cosa así? Con mucho gusto tiraría el cuchillo al río, con tal que ella volviera otra vez. Ahora se daba cuenta.

Por las noches era frecuente que hubiera niebla sobre el río, y no había por qué preocuparse.

Pero ¿quién podía estar seguro, pensaba, que precisamente esta noche la niebla no subiría y se extendería por todo el bosque?

Entonces los subterrestres quizás saldrían de nuevo de sus oscuras profundidades. ¿Quién protegería a Ronja de sus llamadas seductoras?

¡Eso tampoco le importaba ya!

Pero por mucho que no le importara, ya no resistía más. Tenía que ir al bosque, tenía que encontrar a Ronja.

Corrió hasta jadear. La buscó por todas partes; por los senderos y lugares donde él creía que podía estar. Gritó su nombre hasta que tuvo miedo de su propia voz y de atraer a las curiosas y crueles arpías.

“¡Que se te lleven las arpías!” le había gritado él, ahora lo recordaba avergonzado.

Quizás era precisamente lo que las arpías habían hecho, porque no la encontraba por ninguna parte.

¿Y si hubiera vuelto al Castillo de Mattis? Quizás estaba ahora de rodillas delante de Mattis mendigando y suplicando poder volver a casa y volver a ser su hija.

Ella no volvería nunca a mendigar y pedir volver otra vez a la Cueva de los Osos, no; era de Mattis de quien tenía nostalgia, estaba bien claro.

Pero no quería que Birk se diera cuenta, y por eso quizás estuviera contenta ahora por tener un pretexto para marcharse de la Cueva de los Osos y abandonar a su hermano.

el profanador de textos

No merecía la pena seguir buscando. Ya se daba por vencido; ahora se iría a casa, a su cueva y a su soledad, por amargo que esto fuera.

La noche de primavera era hermosa como un milagro de Dios, pero Birk no se daba cuenta. No notaba los aromas de la noche ni oía el canto de los pájaros. No veía la hierba del suelo ni las flores. Solamente notaba cómo le dolía su tristeza.

Entonces oyó muy lejos un caballo que relinchaba desesperadamente. Corrió hacia allí y, a medida que se acercaba, los relinchos se hacían más desesperados, y entonces vio al caballo en un pequeño claro entre los abetos.

Era una yegua y sangraba abundantemente de una herida abierta en el pecho.

La yegua se asustó al ver a Birk, pero no huyó: se limitó a relinchar más lastimeramente, como si pidiera ayuda y protección.

—¡Pobre! —dijo Birk—. ¿Quién te habrá hecho esto?

En ese mismo momento vio a Ronja. Venía corriendo desafortunadamente entre los abetos, y fue hacia él con el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Has visto al oso? —gritó—. ¡Ay, Birk! ¡Le ha tomado su potrillo, y lo ha matado!

Lloraba de desesperación, pero Birk sólo podía sentir la más loca alegría. Ronja vivía; a ella no la había atacado el oso, y ni Mattis ni ninguna arpía se la había arrebatado. ¡Qué alegría!

Pero Ronja estaba con la yegua y veía cuánta sangre perdía. Entonces oyó en su interior la voz de Lovis y supo lo que tenía que hacer. Le gritó a Birk:

—¡Date prisa! ¡Busca musgo blanco! ¡Si no, se desangrará!

—Pero ¿y tú? No puedes estarte aquí, con un gran oso rondando.

—¡Corre! —gritó Ronja—. Yo tengo que quedarme con la yegua: necesita consuelo. ¡Trae musgo blanco! ¡Date prisa!

Y Birk echó a correr. Mientras él estaba ausente, Ronja estuvo sujetando la cabeza de la yegua con las manos. Le susurraba todas las palabras de consuelo que se le ocurrían, y la yegua estaba tranquila, como si la entendiera.

De vez en cuando le corría un violento temblor por todo el cuerpo. El oso le había hecho una herida terrible. ¡Pobre yegua! ¡Había intentado defender a su potrillo, pero éste había muerto, y quizás ella misma notaba también cómo la vida se le iba escapando lenta e implacablemente!

Había comenzado el crepúsculo; enseguida caería la noche, y la yegua no podría jamás volver a ver el nuevo día si Birk no conseguía llegar antes de que fuera demasiado tarde.

Pero Birk llegó con un gran trozo de musgo blanco, y Ronja pensó que era la aparición más agradable que había tenido en su vida. Alguna vez se lo contaría a Birk, pero no en aquel momento.

Entre los dos taponaron la herida con el musgo, que rápidamente quedaba empapado en sangre.

Entonces pusieron más musgo y lo sujetaron con las correas de cuero cruzadas sobre el pecho de la yegua. Ésta se estaba quieta y se dejaba hacer, como si comprendiera que la estaban curando.

Pero de improviso, de detrás del abeto más cercano asomó la cabeza un gnomo del bosque, y aquel gnomo sí que no comprendía nada:

—¿Po qué hase tú desa manera? —dijo sombríamente.

Pero Ronja y Birk se alegraron de verlo, porque la presencia del gnomo significaba que el oso se había

alejado. ¡Osos y lobos huían de toda clase de seres misteriosos!

Ningún gnomo ni trol oscuro, ninguna arpía ni enano gris tenía por qué preocuparse de ningún animal feroz. Sólo el olor de esos seres misteriosos era suficiente para que un oso desapareciera silenciosamente en lo más profundo del bosque.

—¡Potrillo morir! —dijo el gnomo del bosque—. ¡Ya no ta! ¡Acabó! ¡Ya no corre!

—Ya lo sabemos —dijo Ronja, apenada.

Aquella noche se quedaron con la yegua. Fue una noche de vela y de frío, pero no les importaba nada.

Estaban sentados el uno junto al otro bajo un espeso abeto y hablaban de muchas cosas, pero no de su pelea. Era como si la hubieran olvidado.

Ronja intentó contar cómo había visto al oso matar al potrillo.

Pero no pudo; era más fuerte que ella.

—Esto es algo que sucede en el bosque de Mattis y en todos los bosques —dijo Birk.

A medianoche cambiaron el musgo de la herida; después se durmieron, y cuando se despertaron comenzaba a clarear.

—¡Mira, ha dejado de sangrar! —dijo Ronja—. ¡El musgo está seco!

Se fueron a la cueva, y se llevaron a la yegua, pues no querían dejarla sola. Se quejaba y tenía dificultad para andar, pero los seguía lentamente de buena gana.

—No puede trepar por la montaña ni siquiera cuando está sana —dijo Birk—. ¿Dónde la podremos dejar?

Cerca de la cueva, escondida entre abetos y abedules, estaba la fuente que les proporcionaba el agua. Allí llevaron a la yegua.

—Bebe, así tendrás sangre nueva —dijo Ronja.

el profanador de textos

La yegua bebió ávidamente y durante un buen rato.

Después, Birk la ató a un abedul.

—*Puede quedarse aquí hasta que la herida se le cure. ¡Y aquí no vendrá ningún oso, te lo garantizo yo!*

Ronja acarició a la yegua.

—*No llores —le dijo—. El año que viene tendrás otro potrillo.*

Entonces vio que goteaba leche de las ubres de la yegua.

—*Esta leche era para tu potrillo —dijo Ronja—; pero ahora nos la puedes dar a nosotros.*

Fue a buscar a la cueva la escudilla de madera, que al fin servía para algo. Y ordeñó a la yegua y llenó la escudilla. Para la yegua fue un alivio que le vaciaran las repletas ubres.

Y Birk se puso muy contento con la leche.

—*Tenemos un animal doméstico —dijo—. Creo que habría que ponerle un nombre. ¿Cómo te gustaría que se llamara?*

Ronja no lo pensó mucho.

—*Me gustaría que se llamara Lía. Mattis tenía una yegua cuando era pequeño que se llamaba así.*

Y los dos estuvieron de acuerdo en que era un buen nombre para una yegua. Una yegua que no moriría, Lía viviría, eso se veía ya.

Arrancaron hierba y se la llevaron, y ella se la comía vorazmente.

Entonces se dieron cuenta de que también ellos tenían hambre, y decidieron ir a la cueva, y comer algo para calmarla.

Pero Lía volvía la cabeza y los miraba intranquila cuando la abandonaban.

—*No tengas miedo —dijo Ronja—. Volveremos en seguida. ¡Y gracias por la leche que nos has dado!*

Era un regalo del cielo poder beber otra vez leche recién ordeñada, puesta a refrescar en el agua de la fuente. Y se sentaron en la explanada delante de la cueva y bebieron leche y vieron salir el sol del nuevo día.

—*¡Qué pena que se perdiera el cuchillo! —dijo Ronja.*

Entonces Birk le tomó la mano, le puso la palma abierta para arriba y depositó allí el cuchillo.

—*¡Y qué suerte que ya haya aparecido! Estaba debajo del musgo, esperando, mientras nosotros discutíamos y peleábamos.*

Ronja se quedó largo rato en silencio; después dijo:

—*¿Sabes en qué estoy pensando? Estoy pensando en lo fácil que es echarlo todo a perder por una tontería.*

—*De ahora en adelante tratemos de tener cuidado con las tonterías —dijo Birk—.*

Pero ¿sabes de lo que me di cuenta? ¡Que vales más que mil cuchillos!

Ronja lo miró y sonrió.

—*¡Me parece que estás mal de la cabeza!*

Era lo que Lovis solía decirle a veces a Mattis. ♣

13 [noche de verano]

Pasaron los días. La primavera se hizo verano y llegó el calor.

Y también llegó la lluvia.

Durante días y noches cayó sobre el bosque, que la absorbió y se puso lozano y verde como nunca había estado.

Y cuando se acabó la lluvia y lució el sol otra vez, el bosque desprendía tal vaho con el calor del verano, que Ronja le preguntó Birk si creía que podría haber un aroma tan delicioso en otros bosques del mundo.

Él contestó que no lo creía posible.

La herida de Lía hacía tiempo que había curado.

La habían dejado en libertad y ahora vivía otra vez entre los caballos salvajes.

Pero continuaba proporcionándoles su leche.

Por las tardes, la manada solía detenerse cerca de la cueva, y Ronja y Birk salían al bosque y llamaban a la yegua, que les respondía con un relincho para indicarles dónde se encontraba, deseosa de que la ordeñaran.

También los demás caballos de la manada dejaron enseguida de atemorizarse de los seres humanos.

el profanador de textos

A veces llegaban y miraban con curiosidad cuando ordeñaban a Lía: no habían visto nunca nada tan extraño.

Bribón y Rayo acudían con frecuencia y se situaban tan cerca que Lía echaba las orejas hacia atrás y trataba de morderlos.

Pero a ellos no les importaba, continuaban haciendo el loco, empujándose uno a otro y dando violentos saltos y carreras.

Eran jóvenes y querían jugar. Y de repente partían al galope y desaparecían en el bosque.

Pero a la tarde siguiente otra vez estaban allí para ver ordeñar a Lía. Ahora ya se les podía hablar. Al final se dejaron acariciar.

Ronja y Birk los acariciaban con delicadeza, y parecía que les gustaba. Sin embargo, había siempre en sus ojos una leve desconfianza, como si pensarán: “¡A nosotros no nos engañan!”

Pero una tarde dijo Ronja:

—*¡He dicho que voy a cabalgar y lo voy a hacer!*

Le tocaba a Birk ordeñar, y Bribón y Rayo estaban muy cerca mirando.

—*¿Has oído lo que he dicho?*

Era a Bribón a quien le preguntaba, y de pronto lo agarró por las crines y saltó sobre su lomo.

La tiró, pero no tan fácilmente como la vez anterior. Ahora estaba preparada y sabía lo que había que hacer.

El potro tuvo que luchar más para deshacerse de ella, pero por fin lo consiguió, y Ronja, con un aullido de rabia, rodó por tierra.

Se levantó frotándose sus codos doloridos.

—*Eres un Bribón y lo seguirás siendo —dijo—.*

¡Pero, a pesar de todo, volveré!

Y lo hizo. Todas las tardes, después de ordeñar a Lía, intentaban los dos, Birk y ella, enseñar a Bribón y a Rayo mejores modales.

Pero ninguna lección hacía mella en semejantes bestias, y después de ser derribada varias veces, Ronja dijo:

—*Ya no hay ni un pedacito de mi cuerpo que no sea digno de lástima y que no me duela, —le dio a Bribón un empujón—. ¡Y todo por tu culpa, salvaje!*

Pero Bribón estaba allí tan tranquilo y parecía muy satisfecho de sí mismo.

Ronja vio cómo Birk todavía estaba luchando con Rayo.

Éste era tan difícil como Bribón, pero Birk era fuerte y se mantenía en su lomo; sí, verdaderamente, se mantenía hasta que Rayo se cansaba y se daba por vencido.

—*¡Mira, Ronja! —gritaba Birk—. ¡Se está quieto!*

Rayo relinchaba intranquilo, pero se estaba quieto. Y Birk lo acariciaba y lo alababa exageradamente, hasta que Ronja por fin tenía que decir:

—*En el fondo es también un salvaje, ya lo sabes.*

Le molestaba que Birk dominara a Rayo mientras que ella no podía hacerlo con Bribón. Y le molestaba todavía más que las tardes siguientes Birk la dejara sola ordeñando mientras cabalgaba sobre Rayo a su alrededor en cerrados círculo, sólo para demostrarle qué buen jinete era.

—*Con moretones o sin ellos —dijo Ronja por fin—, espera a que termine de ordeñar, y verás si cabalgo o no.*

Y así fue. Allí estaba Bribón, distraído, y sin darse cuenta ya tenía a Ronja encima. Esto a Bribón no le gustaba, y con todas sus fuerzas se dispuso a airarla.

Se asustó y se puso furioso cuando se dio cuenta de que no podía.

No, Ronja había decidido que esta vez no la tiraría. Se agarró firmemente a las crines, se sujetó con las rodillas y permaneció montada.

Bribón salió disparado directamente hacia el bosque, de manera que las ramas de los abetos y de los pinos le pasaban silbando a Ronja por todos lados.

Bribón se había desbocado y ella gritaba, aterrorizada:

—*¡Socorro! ¡Que me estrello! ¡Socorro!*

Pero Bribón estaba fuera que sí. Volaba como si quisiera hacerse pedazos, y Ronja esperaba a cada momento caerse y romperse la cabeza.

Pero Birk ya estaba muy cerca, con Rayo.

Y como este caballo era un corredor sin igual, alcanzó a Bribón y lo sobrepasó.

Birk cerró el paso al caballo de Ronja, que venía a todo correr y que tuvo que parar en seco, mientras Ronja estuvo a punto de volar por encima de la cabeza. Se quedó colgando, pero sujeta; se enderezó de nuevo.

Bribón se quedó desconcertado: se daba por vencido. Echaba espuma por la boca y le temblaban todos los miembros.

Pero Ronja le acariciaba y le elogiaba exageradamente porque corría tan bien, y esto le tranquilizó.

—*¡Es un milagro que yo siga viva! —dijo Ronja.*

—*Mayor milagro es que ya podamos cabalgar —dijo Birk—. Ahora estas dos bestias saben por fin qué hay que hacer y quién manda.*

Con un trote muy tranquilo cabalgaron otra vez hacia donde estaba Lía; recogieron la leche y dejaron a Bribón y a Rayo entregados a sus juegos.

Y se “” dirigieron a casa, a la cueva.

—*Birk —dijo Ronja—, ¿te has dado cuenta de que Lía tiene menos leche ahora?*

el profanador de textos

—Sí, quizás esté esperando otro potrillo —respondió Birk—; y si es así, pronto no tendrá ni una gota.

—Entonces habrá que volver al agua de la fuente —dijo Ronja—. Y dentro de poco se nos acabará también el pan.

La harina que Ronja había llevado consigo de su casa se había terminado. Habían cocido los últimos panes en las piedras calientes del hogar. Todavía les quedaba alguno en la cueva, pero pronto se les acabaría.

De cualquier manera, no se morirían de hambre: había muchos laguitos en el bosque llenos de peces, y había también muchas aves en el bosque. Algún que otro urogallo siempre podrían cazar con trampa, si el hambre los amenazaba.

Ronja recogía las hierbas y hojas verdes que se podían comer, tal y como Lovis le había enseñado.

Y ahora estaban maduras las fresas silvestres; había muchas, y su color rojo destacaba entre las ramas desgajadas por el viento.

¡Y pronto llegarían también los arándanos!

—¡No, no nos moriremos de hambre! —decía Ronja—. ¡Pero el primer día sin pan, ni leche no me va a gustar!

Y ese día llegó mucho antes de lo que esperaban.

Es verdad que Lía les contestaba fielmente cuando la llamaban por las tardes, pero se dieron cuenta de que ya no le gustaba que la ordeñaran.

Por fin, un día, Ronja no le pudo sacar más que algunas gotas, y Lía le dio a entender claramente que ya era suficiente.

Entonces Ronja le tomó la cabeza entre las manos y le dijo, mirándola a los ojos:

—¡Gracias: Lía, por todo este tiempo! El verano que viene tendrás otro potrillo, ¿sabes? Y entonces tendrás

leche otra vez; pero será para tu potrillo, no para nosotros.

Ronja acariciaba a la yegua, convencida de que comprendía sus palabras, y le decía a Birk:

—¡Dale tú también las gracias!

Y Birk lo hizo. Se quedaron mucho rato con ella, y cuando se marcharon, Lía los siguió un rato en la clara noche de verano.

Era casi como si comprendiera que todo había terminado, todo lo maravilloso que ella había vivido, que no tenía nada que ver con su verdadera vida de caballo salvaje.

Los dos pequeños seres humanos que le habían hecho tantas cosas extrañas se separaban ahora de ella, y se quedó un momento mirándolos hasta que desaparecieron entre los abetos.

Después volvió otra vez con su manada.

La veían a veces por las tardes cuando iban a montar a caballo, y si gritaban su nombre, relinchaba para contestarles, pero no dejaba nunca la manada para ir a donde ellos.

Era un caballo salvaje y jamás sería un animal doméstico.

Pero Bribón y Rayo acudían al galope tan pronto como veían a Ronja ya Birk. Ahora no conocían nada mejor que correr a porfía cada uno con su jinete encima.

Y Ronja y Birk sentían una gran alegría en sus largas cabalgadas a través del bosque.

Pero una tarde los persiguió una arpía.

Los caballos se pusieron locos de miedo; no se dejaban manejar ni dirigir. Y a Ronja y a Birk no les quedó más remedio que desmontar y dejarlos escapar.

Sin jinetes, los caballos no tenían nada que temer. Era a las personas a las que las arpías odiaban y querían dar alcance, no a los animales del bosque.

Ronja y Birk estaban ahora en peligro. Presas de pánico, salieron corriendo cada uno por su lado. Así la arpía no los podría tomar a los dos; pero sabían que, como era necia, lo intentaría.

Y ésa fue su salvación.

Mientras perseguía a Birk, Ronja tuvo tiempo de desaparecer. Lo peor fue para Birk.

Pero cuando la arpía, enfurecida, acechaba para ver qué había sido de Ronja y se olvidó por un momento de Birk, éste se acurrucó rápidamente entre un par de grandes bloques de piedra.

Allí permaneció mucho tiempo esperando que en cualquier momento la arpía pudiera encontrarlo de nuevo.

Pero lo que las arpías no pueden ver no existe para ellas. En aquel momento no había ningún ser humano al que la arpía pudiera sacarle los ojos, y, de rabia, voló hacia las montañas para contárselo a sus crueles hermanas.

Birk la vio desaparecer, y cuando estuvo seguro de que no volvería, llamó a Ronja.

Ésta salió arrastrándose de su escondrijo de debajo de un abeto, y los dos se abrazaron y bailaron de alegría por haberse salvado.

¡Qué suerte, ninguno de ellos sería desgarrado por las arpías hasta morir, ni llevado a las grutas de las montañas para vivir en prisión!

—En el bosque de Mattis no hay que tener miedo —dijo Ronja—. ¡Pero con las arpías revoloteando encima de las orejas es difícil no tenerlo!

Bribón y Rayo habían desaparecido, y por eso tuvieron que hacer a pie el largo camino hasta la Cueva de los Osos.

—Yo puedo caminar durante toda la noche, si las arpiás no me rodean —dijo Birk.

Y caminaron a través del bosque; iban de la mano y hablaban mucho, porque estaban alegres y contentos después del miedo que habían pasado.

Oscurecía; era una hermosa noche de verano y hablaban de lo maravilloso que era poder gozar de ella, aunque existieran las arpiás.

¡Qué hermoso era vivir la libertad del bosque, lo mismo de día que de noche, bajo el sol, la luna y las estrellas, y bajo la tranquila sucesión de las estaciones del año, en primavera, que acababa de pasar; en verano, en el que estaban viviendo, y en otoño, que vendría enseguida!

—Pero en invierno... —dijo Ronja.

Después se calló. Vieron a los gnomos del bosque, a los trols oscuros y a los enanos grises andar por allí y mirar con curiosidad entre los abetos y las piedras.

—Los seres de las sombras viven tranquilos también en invierno —dijo Ronja.

Se quedó callada de nuevo.

—Hermana mía, ahora estamos en verano —dijo Birk.

Y Ronja se dio cuenta de que era así ciertamente.

—Este verano lo recordaré durante toda mi vida —dijo.

Birk contempló el bosque a la luz del crepúsculo y tuvo una extraña sensación, sin saber por qué. No comprendía que esta sensación casi dolorosa era solamente la belleza y la paz de la noche de verano.

—Este verano —dijo mirando a Ronja—, sí, este verano yo también lo llevaré dentro de mí hasta el fin de mi vida, lo sé.

Volvieron a la Cueva de los Osos, a su casa. En la explanada estaba Lill-Klippen, esperando. ♣

14 [arpías]

Lill-Klippen estaba allí sentado, con su nariz chata, la barba y el pelo desgredados, tal como Ronja le había conocido siempre.

Pero en aquel momento era como si ella jamás hubiera visto nada tan hermoso, y dando un grito se arrojó sobre él.

—¡Lill-Klippen! ¡Oh! ¿Eres tú...? Y... ¿cómo... cómo es que estás aquí?

Estaba tan contenta, que tartamudeaba.

—¡Tenés una bonita vista! —dijo Lill-Klippen—. ¡Se ven el río y el bosque!

Ronja se echó a reír.

—¡Sí, se ve el río y el bosque! ¿Es por eso por lo que estás aquí?

—¡Nooo! Lovis me ha enviado con pan —dijo.

Abrió su bolsa de cuero y sacó cinco panes redondos y grandes.

Entonces Ronja gritó de nuevo.

—Birk, ¿has visto? ¡Pan, tenemos pan!

Tomó un pan y lo levantó; lo olió y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pan de Lovis! ¡Se me había olvidado que existe algo tan maravilloso!

Y arrancando grandes trozos se los metía en la boca. Le quiso dar también a Birk, pero él estaba allí hosco y sin decir una palabra.

Sin tomar ni un pedazo de pan, desapareció en la cueva.

—Sí, Lovis calculaba que tú ya estarías sin pan —dijo Lill-Klippen.

Ronja masticaba el pan: le sabía a gloria y el gusto que dejaba en su boca le hizo sentir añoranza de Lovis.

Pero ahora tenía que preguntarle a Lill-Klippen:

—¿Cómo supo Lovis que yo estaba en la Cueva de los Osos?

Lill-Klippen resopló:

—¿Crees que tu madre es tonta? ¿Dónde ibas a estar, si no?

La miró pensativo. Allí estaba ella, su Ronja, su hermosa. Ronjita, engullendo pan, como si esto fuera lo único de que había que preocuparse en la vida.

Pero él tenía que cumplir con su misión, y debía hacerlo con astucia, según le había dicho Lovis, y aquello le preocupaba.

Porque Lill-Klippen no era especialmente astuto.

—¡Oye, Ronja! —dijo con prudencia—. ¿No tienes intención de volver pronto a casa?

Sonó un estrépito dentro de la cueva. Allí había alguien que estaba escuchando y que quería que Ronja lo supiese.

Pero Ronja en aquel momento sólo se preocupaba de Lill-Klippen.

¡Eran tantas las cosas que quería preguntar, tantas las cosas que tenía ganas de saber! Él estaba sentado junto a ella, pero cuando ella quería hacerle las preguntas, era como si no pudiera mirarlo.

el profanador de textos

En cambio, miraba hacia el río y el bosque, y le preguntó en voz tan baja que Lill-Klippen casi no podía oírla:

—¿Qué hay de nuevo por el Castillo de Mattis?

Y Lill-Klippen le contestaba la verdad tal como era.

—Tristeza es lo que hay en el Castillo de Mattis. Eso es lo que hay de nuevo. ¡Vuelve a casa, Ronja!

Ronja miró hacia el río y el bosque.

—¿Te ha enviado Lovis para decirme eso?

Lill-Klippen asintió con la cabeza.

—Sí. Sin ti se está mal, Ronja. Todos esperamos que vuelvas a casa.

Ronja miró hacia el río y el bosque y preguntó muy bajito:

—¿Y Mattis? ¿Espera también que vuelva yo a casa?

Lill-Klippen lanzó un juramento.

—¿Esa bestia del diablo! ¿Quién sabe lo que piensa ni lo que siente ni lo que espera?

Se hizo el silencio un momento.

Después Ronja preguntó:

—¿No habla nunca de mí?

Lill-Klippen se movió, inquieto. Ahora es cuando tenía que ser astuto, por lo que decidió callarse.

—Dime la verdad. ¿No pronuncia nunca mi nombre?

—Nooo... —dijo Lill-Klippen, contrariado—. Y nadie puede hacerlo delante de él.

¡Maldición! Acababa de decir precisamente lo que Lovis quería que hubiera callado. ¡Pues sí que lo había hecho con astucia!

Miró suplicante a Ronja.

—¡Pero todo irá mejor, pequeña, sólo con que tú vuelvas a casa!

Ronja sacudió la cabeza.

—¡Nunca volveré a casa! ¡Por lo menos, mientras yo no sea la hija de Mattis! ¡Dile eso de mi parte, y que se oiga bien por todo el castillo!

—¡Muchas gracias! —dijo Lill-Klippen—. Ese mensaje ni siquiera, Skalle-Per se atrevería a llevarlo.

Skalle-Per, por lo demás, no se encontraba bien, según le contó Lill-Klippen. ¿Y cómo iba a encontrarse, cuando todo andaba tan mal?

Mattis insultaba y vociferaba a todas horas; nada se hacía ya a su gusto, y el robo marchaba pésimamente.

Todo el bosque estaba plagado de soldados: a Pelje lo habían atrapado y estaba a pan y agua en una de las mazmorras del gobernador.

Allí estaban también dos de los hombres de Borka, y el gobernador había jurado, eso se decía, que todos los ladrones del bosque de Mattis estarían presos y recibirían su justo castigo antes de que acabara el año.

¿Qué significaría esto?, ¿la muerte quizás?, pensaba Lill-Klippen.

—¿Ya nunca se ríe? —preguntó Ronja.

Lill-Klippen se quedó extrañado.

—¿Quién, el gobernador?

—¡Yo hablo de Mattis! —dijo Ronja.

Y Lill-Klippen aseguraba que nadie había oído a Mattis reír desde aquella mañana en que Ronja, ante sus propios ojos, saltó sobre la Boca del Infierno.

Lill-Klippen tenía que marcharse antes de que oscureciera demasiado. Tenía que volver a casa y estaba preocupado por lo que debía decirle a Lovis. Por eso lo intentó otra vez.

—¡Ronja, vuelve a casa! ¡Hazlo! ¡Vuelve a casa, te lo ruego!

Ronja movió la cabeza.

Después dijo:

—¡Saluda a Lovis y dale mil gracias por el pan!

Lill-Klippen metió rápidamente la mano en la bolsa de cuero.

—¡Válgame Dios! Se me olvidaba darte una bolsa de sal que te traigo. ¡Buena la hubiera hecho si vuelvo a casa con ella!

Ronja tomó la bolsa.

—¡Tengo una madre que piensa en todo! Sabe lo que es necesario para vivir.

Pero ¿cómo sabía ella que sólo nos quedan ya unos granos de sal?

—Quizás una madre lo presiente —sugirió Lill-Klippen—, cuando su hija tiene alguna necesidad.

—Sólo una madre como Lovis —dijo Ronja.

Se quedó largo tiempo mirando a Lill-Klippen mientras se iba, viendo la rapidez con la que se iba dando grandes zancadas por la estrecha cornisa de la montaña, y hasta que no hubo desaparecido, no se metió en la cueva.

—¡Vaya, no te has ido con él a casa de tu padre! —dijo Birk.

Ya estaba acostado en su lecho de ramas de abeto.

Ronja no lo podía ver en la oscuridad, pero oía sus palabras, y esto bastaba para irritarla.

—Yo no tengo padre —dijo—. ¡Y si no te andas con cuidado, también puedo quedarme sin hermano!

—¡Perdón, hermana mía, si soy injusto! —dijo Birk—.

Pero no sé muy bien lo que andas pensando a veces.

—Pues pienso —contestó Ronja desde la oscuridad—, que he vivido once inviernos y que moriré en el duodécimo. Y que con mucho gusto querría quedarme aquí en el mundo. ¿Lo entiendes?

—¡Olvidate de tus inviernos! —dijo Birk—. ¡Ahora es verano!

el profanador de textos

Y era verano. Cada día que pasaba era más verano, más claro, más cálido que ninguno de los que ellos recordaban.

A diario, con el calor del mediodía, se bañaban en las frescas aguas del río. Nadaban y buceaban como un par de nutrias y se dejaban arrastrar por la corriente hasta el lugar en que el fragor de la Cascada del Engullidor era tan ensordecedor que les avisaba de que el peligro estaba cerca.

La Cascada del Engullidor, donde el río arrojaba su caudal por un enorme precipicio y por donde nadie podía aventurarse sin peligro de muerte.

Ronja y Birk sabían cuándo el peligro empezaba a ser inminente.

—*En cuanto vislumbro que asoma el Peñasco del Engullidor —decía Ronja—, entonces ya sé que hay peligro de muerte.*

El Peñasco del Engullidor era un gran bloque de piedra que estaba en medio del río un poco más arriba de la cascada.

Para Ronja y para Birk era una señal de peligro.

Entonces era necesario desviarse hacia la orilla, lo que resultaba difícil y agotador.

Después se tumbaban jadeantes y amoratados de frío sobre una roca de la orilla y se calentaban al sol, mientras contemplaban con curiosidad cómo las nutrias nadaban y buceaban sin parar cerca de la orilla.

Al atardecer, cuando refrescaba, se dirigían al bosque para cabalgar. Bribón y Rayo estuvieron sin dejarse ver durante algún tiempo.

La arpía los había asustado tanto, cuando los perseguió, que también tenían miedo a los que cabalgaban en ellos en aquel momento.

Durante bastante tiempo estuvieron asustados.

Pero ahora parecía que lo habían olvidado todo; llegaban corriendo y les gustaba otra vez tomar parte en las carreras.

Ronja y Birk los dejaban correr hasta que se cansaban y luego cabalgaban al paso, dando largos paseos por el bosque.

—*Estas tardes templadas de verano son buenas para cabalgar —decía Ronja.*

Y pensaba: “¿Por qué no será siempre verano en el bosque? ¿Por qué no se puede ser feliz siempre?”

Amaba su bosque con todo lo que allí había, los árboles, los lagos, las charcas y arroyos que ella saltaba con su caballo, los musgosos derrumbaderos, los claros del bosque llenos de fresas y los sitios donde había arándanos, las flores y todos los animales.

¿Por qué se sentía entonces, tan triste a veces y por qué tenía que llegar el invierno?

—*¿En qué piensas, hermanita? —preguntó Birk.*

—*Pensaba en que... debajo de aquella piedra tan grande vive un trol oscuro —dijo Ronja—. Lo vi bailar allí la primavera pasada. Los trols oscuros y los gnomos del bosque me gustan; pero no los enanos grises ni las arpías, no lo olvides.*

—*No, ¿y a quién les gustan esos? —preguntó Birk.*

Ahora oscurecía más rápidamente. El tiempo de las noches largas y claras había pasado. Por la noche se sentaban junto al fuego y veían brillar en el cielo las pálidas estrellas.

Y a medida que la oscuridad se hacía más profunda, las estrellas se hacían más numerosas y más brillaban encima del bosque.

Todavía era un cielo de verano, pero Ronja sabía lo que decían las estrellas: ¡pronto vendrá el otoño!

—*Sí, odio a las arpías —dijo—. Y es extraño que hayamos podido estar aquí en paz tanto tiempo.*

Seguramente no saben que vivimos en la Cueva de los Osos.

—*Es porque tienen sus grutas en las montañas al otro lado del bosque y no al lado del río —dijo Birk—. Y los enanos grises, por una vez en la vida, quizás, han cerrado el pico; si no, hubiéramos tenido a las arpías sobre nosotros hace mucho tiempo.*

Ronja se estremeció.

—*Es mejor no hablar de ellas —dijo—. Podríamos atraerlas.*

Vino la noche. Y de nuevo amaneció el día, un día caluroso, y se bañaron como de costumbre.

Entonces llegaron las arpías. No una ni dos, sino muchas, una gran bandada feroz. En un momento, el cielo se llenó de ellas. Se cernían,¹⁰ sobre el río, gritando y aullando.

—*¡Ja, ja, ja...! Hermosos niños ahí en el agua. Ahora veremos correr la sangre. ¡Ja, ja, ja...!*

—*¡Sumérgete, Ronja! —gritó Birk.*

Y bucearon y nadaron bajo el agua hasta que tuvieron que salir a respirar para no ahogarse.

Y cuando vieron el cielo oscurecido por tantas y tantas arpías, se dieron cuenta de que no había forma humana de escaparse. Esta vez no se salvarían.

“Las arpías se encargan de que no tenga que preocuparme ya del invierno,” pensaba Ronja amargamente al oír aquellos chillidos, que no cesaban nunca.

—*¡Hermosos niños ahí en el agua! Ahora van a ser arañados; ahora va a correr sangre, ¡ja, ja, ja...!*

A las arpías les gustaba asustar y atormentar antes de lanzarse al ataque. Tiempo tendrían de arañar y matar; pero de momento se divertían volando alre-

¹⁰ cerner: 2. tr. Atalayar, observar, examinar. Diccionario RAEL [n. del pr.]

el profanador de textos

dedor y chillando y asustando, en espera de la señal de la gran arpía.

Y la gran arpía, la más salvaje y cruel de todas las demás, volaba en amplios círculos sobre el río; no tenía ninguna prisa.

Podía esperar, ya que sería la primera en clavar sus uñas en uno de aquellos dos que chapoteaban en el agua. ... “¿Tomaría al de pelo negro? Al de pelo rojo no lo veía, pero tendría que salir a la superficie otra vez. ¡Ja, ja, ja...! ¡Muchas uñas afiladas le estaban esperando!”

Ronja sacó la cabeza una vez más para respirar.

Sus ojos buscaron a Birk. ¿Dónde estaba? No le veía por ninguna parte; estaba desesperada. ¿Se habría ahogado? ¿La había dejado sola con las arpías?

—¡Birk! —gritó, llena de angustia—. Birk, ¿dónde estás? Entonces, la gran arpía se lanzó aullando sobre ella, y Ronja cerró los ojos...

“Birk, hermano mío, ¿cómo has podido dejarme sola en lo peor y más difícil?”

—¡Ja, ja, ja...! —chillaba la gran arpía—. ¡Ahora va a correr sangre!

Pero todavía quería esperar un poquito más, sólo un poquito, y después...

Emprendió un nuevo y amplio vuelo sobre el río.

Y de repente Ronja oyó la voz de Birk.

—¡Ronja, ven! ¡Date prisa!

Un abedul abatido por la tormenta, todavía con las hojas verdes en las ramas, flotaba arrastrado por la corriente, y Birk se había agarrado a él.

Veía apenas sobresalir su cabeza del agua; pero él estaba allí, no la había dejado sola; ¡oh, qué consuelo!

Pero si no se daba prisa, la corriente se lo llevaría rápidamente fuera de su alcance.

Buceó y nadó con todas sus fuerzas... y consiguió alcanzarlo. Birk le tendió la mano y la arrastró hacia sí, y allí estaban ahora, los dos colgados de la misma rama, escondidos lo mejor que podían debajo del protector follaje del abedul.

—¡Creí que te habías ahogado, Birk! —dijo Ronja, jadeando.

—Todavía no —dijo Birk—.

Pero no creo que tardemos mucho... ¿No oyes la Cascada del Engullidor?

Y Ronja oyó el fragor de la gran masa de agua; la voz de la Cascada del Engullidor. La corriente los arrastraba ahora hacia la terrible catarata; estaban demasiado cerca, Ronja lo sabía y lo veía.

La velocidad aumentaba y el estruendo también. Podía notar ya la implacable succión de la cascada. Pronto, muy pronto iban a ser lanzados a un viaje sin retorno.

Y entonces quiso estar más cerca de Birk.

Se acurrucó junto a él y se dio cuenta de que él pensaba como ella: mejor la Cascada del Engullidor que las arpías.

Birk puso el brazo sobre los hombros. Sucediera lo que sucediera, estarían juntos, hermana y hermano, y nadie los separaría.

Pero las arpías les buscaban furiosamente.

“¿Dónde estaban los hermosos niños? Era ya el momento de empezar a arañar. ¿Por qué no había entonces ningún niño?”

Había solamente un árbol de frondosa copa que la rápida corriente arrastraba río abajo. Las arpías no veían lo que se escondía bajo sus verdes ramas, y ululaban de rabia alrededor, buscando y buscando.

Pero Ronja y Birk ya estaban lejos y no oían sus aullidos. Sólo oían el estruendo que crecía cada vez más y se daban cuenta de que el fin se aproximaba.

—¡Hermana mía! —exclamó Birk.

Ronja no le oyó, pero lo leyó en sus labios. Y aunque ninguno de los dos podía oír una palabra, continuaban hablando de todo lo que tenían que decirse antes de que fuera demasiado tarde.

De lo hermoso que era querer a alguien tan profundamente que no se tuviera miedo ni a lo peor.

De todo esto hablaban, aunque ninguno de ellos oyera una sola palabra.

Pero después no hablaron más. Se quedaron abrazados, con los ojos cerrados.

Entonces, de repente, se produjo un brusco golpe que los hizo abrir los ojos. El abedul había topado con el Peñasco del Engullidor, y el golpe le hizo girar.

Cambió de dirección y, antes de que la corriente tuviera tiempo de atraparlo otra vez, había avanzado un buen trecho hacia la orilla del río.

—¡Vamos a intentarlo, Ronja! —gritó Birk.

La soltó de la rama donde estaba sujeta. Y al momento se encontraron ambos en los espumosos remolinos. Ahora cada uno tenía que luchar por su cuenta; luchar por la vida contra la despiadada corriente que con toda su fuerza quería arrastrarlos a la Cascada del Engullidor.

Veían el agua tranquila de la orilla muy cerca; cerca, y al mismo tiempo demasiado lejana.

“La Cascada del Engullidor vencerá,” pensó Ronja. No podía más.

Quería rendirse, dejarse ir, abandonarse a la corriente y desaparecer en la cascada.

Pero delante tenía a Birk, que volvió la cabeza y la vio. Una y otra vez se volvía a mirarla, y entonces Ronja recuperó su deseo de vivir e hizo un nuevo esfuerzo, y continuó esforzándose hasta que no pudo más.

Pero ahora ya estaba en las aguas tranquilas, y Birk tiró de ella hacia la orilla.

Después tampoco él pudo más.

—*Pero tenemos que... tienes que...* —*jadeaba Birk.*

Y con la fuerza de la desesperación, arrastrándose, salieron a la orilla. Allí, al calor del sol, se durmieron enseguida, sin saber siquiera que se habían salvado la vida el uno al otro.

El sol ya se había puesto cuando llegaron a casa, a la Cueva de los Osos. Y allí, en la explanada, estaba Lovis sentada esperando. ♣

15 [subterrestres]

—*¡Mi niña!* —*dijo Lovis*—. *¡Llevas el pelo mojado!*
¿Has estado nadando?

Ronja se quedó inmóvil mirando a su madre.

Estaba allí sentada, apoyada contra la pared de la montaña, firme y segura como la misma roca.

Ronja la miró con cariño, pero deseaba que hubiera venido en otro momento. ¡En cualquier momento menos en éste!

Ahora hubiera querido estar sola con Birk. Sentía como si el alma vacilara todavía en su interior después de tanto horror y peligro.

¡Oh, sí, sólo deseaba poder hablar tranquilamente con Birk y a solas con él gozar la felicidad de estar vivos!

Pero ahora estaba allí Lovis, su querida Lovis, a la que no había visto desde hacía mucho tiempo.

¡Su madre no podía ser mal recibida!

Ronja le sonrió.

—*¡Sí, hemos estado nadando un poco, Birk y yo!*

¡Birk! Lo veía ahora que estaba entrando en la cueva, y eso no le gustó.

¡No debía hacerlo!

Corrió tras él y le preguntó en voz baja:

—*¿No vas a venir a saludar a mi madre?*

Birk la miró fríamente.

—*A los intrusos no se les saluda. Así me lo enseñó mi madre ya cuando me daba el pecho.*

Ronja se quedó sin aliento. Sentía un profundo dolor, rabia y desesperación. Allí estaba él, Birk, mirándola con ojos fríos como el hielo; el mismo Birk al que hacía un momento había tenido tan cerca y con el que no le hubiera importado despeñarse por la Cascada del Engullidor.

Ahora él la decepcionaba y se convertía en un extraño. ¡Oh, cómo le dolía odiarle tanto! ¡Nunca había sentido rabia igual!

Y, además, no era sólo a Birk al que odiaba.

Lo odiaba todo, exactamente todo. ¿Por qué todo y todos la desgarraban y apenaban hasta destrozarla: Birk, y Lovis, y Mattis, y las arpias, y la Cueva de los Osos, y el bosque, y el verano, y el invierno, y aquella Undis que le había enseñado tonterías a Birk cuando era niño de pecho, y las bárbaras arpias... no, espera, a éstas ya las había nombrado antes.

Pero había algo que ella odiaba tanto que hasta podría gritar, aunque precisamente había olvidado lo que era; pero quería gritar, y gritar de tal manera que las montañas se derrumbaran.

No, no gritó. Solamente le susurró a Birk antes de que desapareciera dentro de la cueva:

—*Es una pena que tu madre no te enseñara también un poquito de sentido común.*

Volvió con Lovis e intentó explicárselo.

Birk estaba cansado, dijo.

Después se calló. Se dejó caer en el suelo de la explanada junto a su madre y, con la cara escondida en su regazo, lloró, no tanto como para que se derrumbaran las montañas, sino sólo con un llanto sofocado que apenas se dejaba oír.

—*¿Sabes para qué he venido?* —*dijo Lovis.*

Ronja murmuró en medio de su llanto:

el profanador de textos

—No para traerme pan, ¿verdad?

—No —dijo Lovis acariciándole el pelo—. Pan tendrás cuando vengas a casa.

Ronja sollozaba.

—¡No iré nunca a casa!

—Entonces Mattis se tirará al río —dijo Lovis con calma.

Ronja levantó la cabeza.

—¿Se tiraría al río por mi culpa? ¿Si ni siquiera pronuncia mi nombre!

—Cuando está despierto, no —dijo Lovis—.

Pero todas las noches llora en sueños y te llama.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ronja—. ¿Ha vuelto ya a tu cama? ¿Ya no duerme donde Skalle-Per?

—No —dijo Lovis—. Skalle-Per no soportó tenerlo allí por más tiempo. Y yo casi tampoco.

Pero alguien tiene que ayudarlo cuando las cosas van mal.

Se quedó largo rato en silencio.

Después dijo:

—¿Sabes, Ronja? Es muy doloroso ver a alguien sufrir de esa manera.

Ronja se dio cuenta de que quería estallarle un llanto que haría que las montañas se rompieran.

Pero apretó los dientes y preguntó tranquila:

—Lovis, si tú fueras una niña y tuvieras un padre que te rechazara tan duramente que ni quisiera pronunciar tu nombre, ¿volverías con él? ¿Y volverías si no viniese al menos una vez a pedirte?

Lovis reflexionó un momento.

—¡No, yo no lo haría! ¿Tendría él que pedírmelo, ya lo creo!

—Y eso Mattis no lo hará nunca —dijo Ronja.

Escondió de nuevo su cara en el regazo de Lovis y humedeció su áspera saya de lana con silenciosas lá-

grimas. Se había hecho de noche y ya estaba oscuro. Incluso los días más duros llegan a su fin.

—¡Vete a acostar, Ronja! —dijo Lovis—. Me quedo aquí sentada y dormiré un poco, y en cuanto amanezca, me volveré a casa.

—¡Quiero dormir en tu regazo! —dijo Ronja—. ¡Y me vas a cantar la Canción del Lobo!

Recordó que ella había intentado cantarle a Birk la Canción del Lobo.

Pero se había cansado pronto de hacerlo y no pensaba cantarle más canciones en su vida, de eso estaba segura.

Pero Lovis cantó, y entonces el mundo fue otra vez como había sido antes.

Ronja se sumergió en una profunda tranquilidad infantil, y con la cabeza en el regazo de Lovis se durmió bajo las estrellas y no despertó hasta el luminoso amanecer.

Lovis había desaparecido.

Pero no se había llevado su pañoleta gris: con ella había envuelto a Ronja. Ronja notó su calor tan pronto como despertó y aspiró su olor.

“Sí. Lovis está aquí —pensó—; su pañoleta huele un poco como aquella piel de liebre que tuve una vez.”

Birk estaba acurrucado junto al fuego, con la cabeza apoyada sobre los brazos; la cobriza cabellera le caía hacia delante y le ocultaba la cara.

Estaba allí sentado Y tenía un aspecto tan desconsoladamente desvalido, que a Ronja le dio mucha pena. Entonces lo olvidó todo, y, con la pañoleta arrastrando, fue hacia él.

Pero dudó un momento. Quizás él no quería que nadie le molestase.

Por fin le preguntó:

—¿Qué te pasa, Birk?

Ella lo miró y sonrió:

—¡Estoy tan triste, hermana mía!

—¿Por qué? —preguntó Ronja.

—Estoy triste porque tú eres mi hermana sólo cuando la Cascada del Engullidor te llama, y basta. No lo eres cuando tu padre te llama mediante sus diversos mensajeros. Y por eso yo me comporto como un salvaje, y también por eso estoy triste, quiero que lo sepas.

“¿Quién no tiene motivos para estar triste?” pensó Ronja. “¿Acaso no lo estoy yo, que no hago las cosas a gusto de nadie?”

—Pero yo no tengo derecho a reprocharte eso —continuó Birk—. Es como tiene que ser, ya lo sé.

Ronja le miró tímidamente.

—De todas maneras, ¿quieres ser siempre mi hermano?

—¡Claro que quiero! —dijo Birk—. ¡Yo soy tu hermano para siempre, tú lo sabes!

Se detuvo un instante.

—Pero ahora tienes que saber también por qué quiero pasar este verano en paz, sin ningún recado del Castillo de Mattis, y por qué no soporto hablar del invierno.

A decir verdad, no había nada que Ronja tuviera más interés en saber. Había cavilado mucho sobre por qué Birk no se preocupaba en absoluto por el invierno.

“Ahora es verano, hermana mía,” decía tan tranquilo, como si el invierno no pudiera llegar.

“Tenemos solamente este verano tú y yo,” decía Birk.

—Y siento que no me importa nada vivir si tú no estás conmigo. Y cuando llegue el invierno tú no estarás. Estarás otra vez en el Castillo de Mattis —concluyó Birk.

—¿Y tú? —preguntó Ronja—. ¿Dónde estarás tú?

el profanador de textos

—Aquí —contestó Birk—. Claro que yo podría mendigar para volver a la Fortaleza de Borka; no me rechazarían, no, no.

Pero ¿qué importaría eso? De todas maneras te perdería. Ni siquiera podría verte. Por eso me quedaré en la Cueva de los Osos.

—¡Y morirás de frío! —dijo Ronja.

Birk se echó a reír.

—¡Quizás sí, o quizás no! Yo he contado con que tú podrías venir aquí con los esquís de vez en cuando con un poco de pan y de sal y con mi abrigo de piel de lobo, si pudieras sacarlo de la Fortaleza de Borka.

Ronja movió negativamente la cabeza.

—Si es como el invierno pasado, esquiaré bien poco. Ni siquiera podré atravesar la Trampa del Lobo. Y si es como el invierno pasado y vives en la Cueva de los Osos, ¡entonces será tu final, Birk, hijo de Borka!

—¡Pues será mi final! —dijo Birk—. ¡Pero ahora es verano, hermana mía!

Ronja le miró muy seria.

—Verano o invierno... ¿quién ha dicho que yo voy a volver al Castillo de Mattis?

—Lo he dicho yo —afirmó Birk—. Y voy a ser yo mismo quien te lleve allí. Si hay que morir de frío, lo haré yo solo, si es necesario. ¡Pero ahora estamos en verano, he dicho!

Que el verano no era eterno, lo sabía él y lo sabía Ronja.

Pero empezaron a vivir como si lo fuera y procuraban mantener alejados todos los pensamientos torturantes sobre el invierno.

Cada momento, desde el alba hasta el crepúsculo y la noche, querían detenerlo y extraerle su dulzura.

Los días llegaban y se iban; vivían embriagados de verano, sin preocuparse de nada.

Todavía les quedaba un poco de tiempo.

—¡Y no vamos a desperdiciar ni un segundo! —decía Birk.

Y Ronja estaba de acuerdo con él.

—Yo sorbo el verano como la abeja sorbe el néctar de las flores —decía Ronja—. Recogeré trozos de verano para formar un gran pastel y lo conservaré para cuando ya no sea verano. ¿Sabes lo que habrá en él?

Y le contaba a Birk:

—Será una masa compuesta de amaneceres, y de matas de arándanos llenas de frutos, y de las pecas que tienes en tus brazos. Y de la luz de la luna sobre el río por las noches, y de cielos estrellados. Y de bosque en el calor del mediodía cuando el sol brilla en los pinos, y de la fina lluvia de la noche, y de otras muchas cosas, de ardillas, de zorros, de liebres, de alces y de todos los caballos salvajes que conocemos. Y de cuando nadamos y de cuando cabalgamos por el bosque. ¿No crees que es una completa masa de todo lo que es el verano?

—Eres una buena amasadora de verano —dijo Birk—. Continúa.

De la mañana a la noche permanecían en el bosque. Pescaban y cazaban sólo lo que necesitaban para su supervivencia; respecto a lo demás, vivían en paz con todo lo que les rodeaba.

Daban largas caminatas por el bosque para ver los pájaros y toda clase de animales; se subían a las montañas y a los árboles, cabalgaban y nadaban en los laguitos del bosque, donde ninguna arpía los molestara... y los días del verano iban pasando...

El aire se hizo más claro y más fresco. Llegaron algunas noches frías, y de repente la copa de un abedul cercano al río apareció con hojas amarillas.

Lo vieron cuando estando sentados junto al fuego una mañana temprano, pero no hicieron ningún comentario.

Llegaron nuevos días, todavía más fríos y cada vez más transparentes. Se podía ver a mucha distancia sobre los verdes bosques, pero también se veía cuánto amarillo y rojo había en todo lo verde, y, pronto toda la ladera del río llameaba de rojo y oro.

Se sentaban junto al fuego y veían que era muy hermoso; pero no hacían ningún comentario.

La niebla subía del río más que antes. Y una noche, cuando tenían que ir por agua a la fuente, la niebla se había extendido por el bosque.

De repente se encontraron en medio de la más espesa bruma. Birk dejó el cubo del agua y agarró a Ronja fuertemente por el brazo.

—¿Qué pasa? —dijo Ronja—. ¿Tienes miedo de la niebla? ¿Crees que no encontraremos el camino de casa?

Birk no le dijo qué era lo que le asustaba, pero esperaba. Y de repente, de lo más profundo del bosque, llegó aquel canto lastimero que él recordaba tan bien.

Ronja se quedó inmóvil, escuchando.

—¿Oyes? ¡Son los subterrestres, que cantan! ¡Por fin puedo oírlos!

—¿No los has oído nunca antes? —preguntó Birk.

—No, nunca —dijo Ronja—. Quieren atraernos y llevarnos con ellos bajo la tierra. ¿Lo sabías?

—Sí, lo sabía —dijo Birk—. ¿Querías irte con ellos?

Ronja se echó a reír.

—¡No estoy tan loca! Pero Skalle-Per decía...

Entonces calló.

—¿Qué decía Skalle-Per? —preguntó Birk.

—¡Bah, tonterías! —dijo Ronja.

Pero mientras estaban allí esperando a que la niebla se disipara un poco para poder volver a casa, a la cueva, Ronja pensaba en lo que Skalle-Per había dicho: “Cuando los subterrestres suben al bosque y cantan, se sabe que es otoño. Y después, enseguida, invierno, ¡ay, ay, ay!” ♣

Skalle-Per tenía razón. Cuando los subterrestres subían al bosque con sus lastimeras canciones, entonces era otoño, aunque Birk y Ronja no lo quisieran reconocer.

Lentamente moría el verano; la lluvia caía tan insistentemente, que hasta Ronja sufría, pese a que a ella solía gustarle la lluvia.

Día tras día permanecían sentados en la cueva oyendo el continuo chapoteo del agua afuera, en la explanada.

Con un tiempo así, ni siquiera se podía mantener el fuego encendido, y pasaban tanto frío, que al final tenían que salir al bosque y correr para entrar en calor.

Con esto se calentaban un poco, pero se mojaban mucho.

De vuelta a casa, a la cueva, se quitaban la ropa mojada y, envueltos en sus abrigos de piel, se sentaban allí, acechando el más mínimo clarear del cielo.

Pero todo lo que veían a través de la boca de la cueva era una cortina de lluvia.

—*Tenemos un verano lluvioso —decía Birk—. ¡Esperemos que mejore!*

Y por fin dejó de llover.

En su lugar, un viento huracanado se abatió sobre los bosques. Arrancó pinos y abetos y desprendió las hojas de los abedules.

El brillo dorado había desaparecido; en la ladera que bajaba hacia el río se veían ahora solamente árboles desnudos que se agitaban con el fuerte viento que intentaba arrancarlos de cuajo.

—*Tenemos un verano ventoso —decía Birk—. ¡Esperemos que mejore!*

Pero no mejoró; ¡empeoró!

Llegó el frío, y cada día hacía más frío. Ahora ya no era posible mantener alejados por más tiempo los pensamientos sobre el invierno.

Por lo menos, Ronja no podía. Tenía pesadillas por las noches.

Una noche vio a Birk acostado en la nieve, con la cara blanca y con escarcha en el pelo. Se despertó gritando.

Era ya de día y Birk estaba procurando aumentar el fuego. Salió corriendo y se tranquilizó cuando vio que él tenía su pelo rojo sin escarcha.

Pero los bosques de la otra parte del río estaban ya por primera vez blancos por la helada.

—*Tenemos un verano de heladas —dijo Birk con una sonrisa—. ¡Esperemos que mejore!*

Ronja lo miró disgustada. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿Cómo podía hablar tan frívolamente?

¿No se daba cuenta de nada? ¿No le importaba nada su pobre vida?

No había que tener miedo en el bosque de Mattis, ella lo sabía; pero empezaba a tener miedo, un miedo espantoso por lo que les pudiera suceder cuando llegara el invierno.

—*Mi hermana no es feliz —dijo Birk—. Empieza a llegarle la hora de marcharse de aquí y calentarse en otro fuego distinto del mío.*

Entonces ella entró a la cueva y se echó en su lecho.

¿Otro fuego? ¡Ella no tenía otro fuego adonde ir!

Él se refería al fuego de su casa, de la gran sala de piedra, ¡y cierto que lo echaba de menos, en aquel frío espantoso!

¡Oh, cómo deseaba poder calentarse de nuevo una vez más en la vida, aunque fuera una sola vez, antes de morir!

Pero no podía ir al Castillo de Mattis, porque no era la hija de Mattis. El fuego de su casa nunca más la calentaría, lo sabía.

¡Así estaban las cosas!

¿Qué más se podía hacer!

¿Por que cavilar cuando humanamente no había ninguna salida posible?

Vio que el cubo estaba vacío. Tenía, pues, que ir a la fuente por agua.

—*Yo iré en cuanto termine de arreglar el fuego —dijo Birk.*

Costaba mucho llevar el agua a casa; eran necesarias dos personas.

Ronja echó a andar por el estrecho sendero a lo largo de la ladera de la montaña; por allí había que tener mucho cuidado para no irse de cabeza montaña abajo.

Después echó a correr por el trocito de bosque entre abedules y abetos hacia el claro donde estaba la fuente.

Pero antes de llegar se detuvo de repente.

¡Alguien estaba sentado en la piedra que había junto a la fuente!

¡Era Mattis! ¡Sí, Mattis estaba allí! ¡Era él y no otro!

el profanador de textos

Reconoció su negra y enmarañada cabellera, y el corazón le saltó en el pecho. Y Ronja empezó a llorar, quieta allí entre los abedules, en silencio.

Entonces vio que Mattis también lloraba. Exactamente como aquella vez en su sueño, Mattis estaba sentado solo en el bosque, y sufría y lloraba.

Todavía no sabía que ella estaba allí, pero al levantar la vista la vio. Entonces se escondió sus ojos con las manos y derramó sus lágrimas, tan desamparado y desesperado, que ella no resistió más.

Dio un grito y, corriendo, se arrojó en su regazo.

—*¡Hija mía!* —susurró Mattis—. *¡Hija mía!*

Después gritó en voz alta:

—*¡Tengo a mi hija!*

Ronja lloraba en su barba y le preguntó sollozando:

—*¿Soy ya tu hija, Mattis? ¿Soy de verdad tu hija otra vez?*

Y Mattis, entre lágrimas, contestó:

—*¡Sí, como lo has sido siempre, Ronja mía! Mi hija, por la que yo he llorado noches y días. ¡Dios mío, cuánto he sufrido!*

La separó de sí un poco para poderle ver la cara y le preguntó humildemente:

—*¿Es verdad lo que dice Lovis, que volverás a casa si yo te lo pido?*

Ronja se quedó callada. Y en ese momento vio a Birk. Estaba allí, entre los abedules, con la cara pálida y los ojos llenos de pena.

Ella no quería verlo triste: “Birk, hermano mío, ¿qué es lo que piensas que te hace sufrir tanto?”

—*¿Es verdad, Ronja, que vendrás conmigo ahora a casa?* —insistía Mattis.

Ronja callaba y miraba a Birk. “Birk, hermano mío, ¿te acuerdas de la Cascada del Engullidor?”

—*¡Ven, Ronja, nos vamos!* —dijo Mattis.

Y Birk aguantó firme, dándose cuenta de que había llegado la hora de decir adiós a Ronja y devolvérsela a Mattis, agradeciéndole que se la hubiera dejado.

Así tenía que ser; él mismo lo había esperado.

Y lo sabía desde hacía mucho tiempo. Entonces, ¿por qué le dolía tanto?

“¡Ronja, no quiero que comprendas lo que siento en estos momentos. ¡Vete, pero hazlo deprisa! ¡Vete!” pensaba Birk.

—*Si es que no te lo he rogado bastante* —dijo Mattis—, *lo volveré a hacer. Te lo ruego con toda el alma, Ronja, ¡vuelve a casa!*

“Nunca lo he pasado peor en mi vida,” pensaba Ronja. Tenía que decirlo ahora. Iba a destrozar a Mattis, lo sabía, pero le tenía que decir que quería quedarse con Birk, que no podía dejarle solo para que se muriera de frío en el bosque invernal.

“Birk, hermano mío, ni en la vida ni en la muerte podrá nadie separarnos, ¿lo sabes, no?” pensaba Ronja.

Ahora fue cuando Mattis vio a Birk, y entonces suspiró pesadamente.

Pero después gritó:

—*¡Birk, hijo de Borka, ven aquí! ¡Quiero decirte unas palabras!*

Birk se acercó de mala gana y no más de lo que era necesario.

Miró con orgullo a Mattis y le preguntó:

—*¿Qué quieres?*

—*La verdad, lo que yo quisiera es darte una tunda* —dijo Mattis—.

Pero no lo haré. En vez de eso, te pido de todo corazón que nos acompañes a casa, al Castillo de Mattis. No es que yo te quiera, no te lo creas, por favor.

Pero mi hija sí te quiere, lo he comprendido, y quizás pueda yo también quererte. Últimamente he tenido mucho tiempo para pensar en todas estas cosas.

Cuando Ronja se dio cuenta de lo que su padre había dicho, algo empezó a vibrar dentro de ella.

Notó como si algo se le deshiciera. Aquel desagradable trozo de hielo que había llevado dentro últimamente.

¿Cómo podía su padre, sólo con algunas palabras, deshacerlo y convertirlo en un arroyo primaveral? ¿Cómo era aquella maravilla de no tener que elegir entre Birk y Mattis?

Ahora no era necesario perder a ninguno de aquellos dos a los que tanto amaba.

Llena de alegría, de amor y de agradecimiento, miró a Mattis y a Birk.

Entonces se dio cuenta de que éste no estaba feliz. Parecía desconcertado y desconfiado, y ella tuvo miedo. “Siendo tan testarudo y terco como es, quizás no se da cuenta de que esto es lo que más le conviene. ¿O es que no quiere venir conmigo...?”

—*Mattis* —dijo—, *tengo que hablar a solas con Birk.*

—*¿Por qué?* —pregunto Mattis—. *Bueno, mientras tanto voy a ver mi vieja Cueva de los Osos. ¡Date prisa, que hemos de volver a casa!*

—*Hemos de volver a casa* —dijo Birk desdeñosamente, *cuando Mattis desapareció*—. *¿A casa? ¿Crees que voy a ser el esclavo de los bandoleros de Mattis? ¡Jamás en mi vida!*

—*¿Esclavo? ¿Qué tonto eres!* —dijo Ronja, *y se puso furiosa*—. *¿Entonces, quieres morirte de frío en la Cueva de los Osos?*

Birk permaneció callado un momento.

Después dijo:

—*¡Sí, creo que sí!*

el profanador de textos

Entonces Ronja se desesperó.

—*La vida es algo que hay que defender, ¿no lo comprendes? ¡Si te quedas en la Cueva de los Osos durante el invierno te jugarás la vida! ¡Y la mía!*

—*¿Por qué dices eso? —preguntó Birk—. ¿Cómo puedo yo poner en peligro tu vida?*

Entonces Ronja gritó, desesperada y furiosa:

—*¡Porque si te quedas yo me quedo contigo, cabezón! ¡Quieras o no!*

Birk la miró en silencio durante largo rato.

Después dijo:

—*¿Sabes lo que estás diciendo, Ronja?*

—*¡Lo sé! —gritó Ronja—. ¡Que nadie puede separarnos! ¡Y esto también lo sabes tú, cabezón!*

Entonces Birk sonrió con su más tierna sonrisa, y era muy hermoso cuando sonreía.

—*¡No quiero poner en peligro tu vida, hermana mía! Es lo último que querría hacer. ¡Te seguiré a donde vayas, aunque tenga que vivir entre los bandoleros de Mattis hasta que reviente!*

Habían apagado el fuego y recogido todo.

Ahora iban a abandonar la Cueva de los Osos, lo cual resultaba doloroso.

Pero Ronja le susurró a Birk, de modo que Mattis no la pudiera oír y empezara a preocuparse sin necesidad:

—*¡La primavera que viene volveremos otra vez aquí!*

—*Sí, porque entonces viviremos todavía —dijo Birk, y parecía alegrarse mucho de ello.*

Mattis también estaba contento. Iba delante de ellos por el bosque, y cantaba de tal manera que los caballos salvajes que encontraba en su camino huían asustados entre los árboles. Todos menos Bribón y Rayo.

Se quedaban tranquilos esperando y convencidos de que ahora habría carreras otra vez.

—*Hoy, no —dijo Ronja acariciando su caballo—. Pero quizás mañana. ¡Quizás todos los días, si no cae demasiada nieve!*

Birk acarició a Rayo.

—*¡Sí, volveremos! ¡Esperamos encontrarlos!*

Vieron que a los caballos ya se les habían puesto más espesas las crines, y que pronto estarían completamente melenudos para protegerse del frío.

Bribón y Rayo también estarían allí en la primavera.

Pero Mattis se había adelantado por el bosque y seguía cantando.

Tuvieron que apretar el paso para alcanzarlo. Y cuando habían andado mucho se acercaron a la Trampa del Lobo. Allí se paró Birk.

—*Mattis —dijo—, primero quiero ir a casa, a la Fortaleza de Borka, y ver cómo están Undis y Borka.*

Pero te estoy muy agradecido porque puedo ir a tu casa y ver a Ronja siempre que quiera.

—*Sí, sí —dijo Mattis—. ¡No será un gran placer, pero puedes hacerlo cuando quieras! —Después se echó a reír—. ¿Sabéis lo que dice Skalle-Per? El muy tonto cree que el gobernador y los soldados ganarán al final, si no tenemos cuidado. Y que por eso lo más razonable sería, dice, que los ladrones de Mattis y los ladrones de Borka se unieran. Sí, ¡vaya idea tonta. que se le ha ocurrido a ese viejo loco!*

Miró compasivamente a Birk.

—*Es una pena que tengas por padre a semejante cerdo; si no, se podría pensar en ello.*

—*El cerdo lo serás tú —dijo Birk amablemente.*

Mattis sonrió con afecto.

Birk le tendió la mano a Ronja. Allí, un poco más abajo de la Trampa del Lobo, era donde solían despedirse.

—*¡Nos volveremos a ver, hija de bandolero! ¡Todos los días, ya lo sabes, hermanita!*

■ ■ ■

Se hizo un pesado silencio entre los ladrones cuando Mattis y Ronja entraron en la sala de piedra. Ninguno se atrevió a lanzar un solo grito.

Hacía mucho tiempo ya que su jefe no permitía ningún alborozo en el Castillo de Mattis.

Sólo Skalle-Per dio un gran salto de alegría impropio de su edad y que hizo crujir ruidosamente todos sus huesos.

—*Alguien tiene que saludar de una manera u otra, cuando la gente vuelve a su casa —dijo.*

Mattis se echó a reír tan sonoramente y durante tanto rato, que los ladrones se echaron a llorar de alegría.

Era la primera risa que le habían oído reír a Mattis desde aquella mañana junto a la Boca del Infierno, y los ladrones se apresuraron a ponerse a tono, comenzando a reír a grandes carcajadas.

Todos reían, incluso Ronja.

Pero entonces llegó Lovis del establo de las ovejas, y se hizo el silencio.

No se podía reír cuando se veía a una madre recibir a su hija perdida, acabada de llegar a casa; y por eso a los ladrones, pese a su rudeza, se les llenaron los ojos de lágrimas.

—*Lovis, ¿puedes traerme el barreño grande? —preguntó Ronja.*

Lovis asintió con la cabeza.

—*¡Sí, ya estoy calentando el agua!*

—Lo creo —dijo Ronja—. Eres una madre que piensa en todo. ¡Y jamás habrás visto una hija más sucia!

—¡Jamás de los jamases!

Ronja estaba en su lecho, alimentada, limpia y caliente. Había comido el pan de Lovis y bebido una jarra de leche, y después Lovis la había restregado en el barreño hasta ponerle roja la piel.

Ahora estaba allí en su viejo lecho de siempre y veía entre las cortinas cómo el fuego ardía lentamente en el hogar. Todo era como antes.

Lovis les había cantado a ella y a Mattis la Canción del Lobo.

Era la hora de dormir. Y Ronja tenía sueño, pero sus pensamientos vagaban de un lado para otro.

“En la Cueva de los Osos hace ahora bastante frío,” pensaba, “y aquí echada estoy caliente hasta los dedos de los pies. ¿No es maravilloso que se pueda ser feliz con tan poco?”

Después pensó en Birk y se preguntaba cómo le iría en su Fortaleza de Borka. Ojalá que él también estuviera caliente hasta los dedos de los pies, pensaba, y cerró los ojos.

Se lo preguntaría al día siguiente.

La sala de piedra estaba en silencio.

Pero de repente se oyó un angustioso grito de Mattis.

—¡Ronja!

—¿Qué pasa? —murmuró medio dormida.

—Nada. Sólo quería saber si de verdad estás aquí —dijo Mattis.

—¡Claro que estoy aquí! —murmuró Ronja.

Y después se durmió. ♣

17 [la música más deliciosa]

El bosque que Ronja amaba, también en otoño y en invierno, era de nuevo su amigo, como siempre había sido.

Lo había visto amenazador y enemigo el último tiempo que habían vivido en la Cueva de los Osos.

Ahora cabalgaba con Birk por un bosque helado que la llenaba de alegría, e intentaba explicárselo a Birk.

—Se puede estar en el bosque con cualquier clima que haga, sólo con saber que uno va a estar caliente hasta los dedos de los pies al volver a casa y uno no se va a acostar tiritando en una fría cueva.

Y Birk, el que había pensado invernar en la Cueva de los Osos, estaba ahora muy contento de poderse calentar en el fuego de su casa, en la Fortaleza de Borka.

Era allí donde tenía que vivir, lo comprendía, y también lo comprendía Ronja. Si no, habría todavía más enemistad en el castillo de la montaña de Mattis.

—Y ¿sabes? Cuando yo llegué Undis y Borka se pusieron extraordinariamente contentos —dijo Birk.

Jamás hubiera creído que se preocuparan tanto por mí.

—Sí, tienes que vivir con ellos —dijo Ronja—. ¡Hasta la primavera!

Mattis aceptó con agrado que Birk viviera con los suyos.

—¡Claro, claro! —le decía a Lovis—. El perro ladronzuelo puede venir y entrar y salir cuando quiera. Yo le invité a venirse con nosotros; pero es un alivio no tener que ver a todas horas su pelirroja cabeza.

La vida en el Castillo de Mattis continuaba, y otra vez había allí alegría. Los ladrones cantaban y bailaban y Mattis se reía con su estruendosa risa exactamente como antes.

Pero la vida de pillaje no era exactamente como antes. La guerra con los soldados del gobernador se había endurecido.

Mattis sabía que ahora iban de veras por él. Y por eso le explicó a Ronja:

—Sólo porque en una noche oscura fuimos a sacar a Pelje de la abominable mazmorra donde lo tenían, y, de paso, también sacamos a dos de los perros ladrones de Borka.

—Lill-Klippen creía que iban a colgar a Pelje —dijo Ronja.

—¡A mis ladrones no los cuelga nadie! —dijo Mattis—. ¡Y ahora ya le he enseñado al maldito del gobernador que tampoco se los puede tener presos!

Pero Skalle-Per sacudió pensativo su calva cabeza.

—Por eso tenemos también soldados por todo el bosque como moscas pegajosas. Y al final ganará el gobernador, Mattis. ¿Cuántas veces te lo voy a decir?

Ya estaba allí otra vez Skalle-Per con su eterno estribillo de que Mattis y Borka tenían que reconciliarse antes de que fuera demasiado tarde.

Una sola banda de ladrones bien fuerte quizás podía manejar al gobernador y a todos sus soldados; pero no dos bandas que gastaban la mayor parte de

el profanador de textos

su tiempo engañándose mutuamente y peleando por el botín como lobos por un pedazo de carne.

Esto a Mattis no le gustaba oírlo. Le bastaba con afligirse él mismo de vez en cuando.

—*Hablas según tu poco talento, viejo* —decía Mattis—. *Quizás tengas razón en cierto modo.*

Pero ¿quién crees tú que sería el jefe de esa banda? —Se reía burlonamente—. Borka, ¿eh? ¡Yo, Mattis, soy el más poderoso y el más fuerte capitán de bandoleros de todos los montes y los bosques, y continuaré siéndolo! Pero no creo que esto lo comprenda Borka.

—*¡Entonces, demuéstreselo!* —dijo Skalle-Per—. *¡En una lucha cuerpo a cuerpo con él podrías ganarle, grandísimo zopenco!*

Era lo que Skalle-Per había pensado con toda su astucia en las horas de soledad. Una lucha cuerpo a cuerpo que pudiera enseñarle a Borka cuál era su puesto y hacerlo razonable.

Después podría haber una sola banda de ladrones en el bosque de Mattis, en la que todos contribuyesen a engañar a los soldados con pistas falsas y amargándoles la vida hasta que se cansaran de perseguir ladrones.

¿No sería esto ingenioso?

—*Yo creo que lo más ingenioso sería dejar de robar* —dijo Ronja—. *Esto es lo que he creído siempre.*

Skalle-Per le sonreía con su habitual sonrisa desdentada.

—*¡En eso tienes toda la razón, Ronja! Eres muy lista.*

Pero yo soy demasiado viejo y sin fuerzas para poderle meter a Mattis en la mollera una cosa así.

L Mattis lo miró furiosísimo.

—*¡Y eso lo dices precisamente tú, que has sido uno de los mejores ladrones a las órdenes de mi padre y a las*

mías! ¡Dejar de robar! ¿Ya has pensado de qué íbamos a vivir?

—*¿No te has dado cuenta de que hay gentes que no son ladrones y que, sin embargo, viven?* —preguntó Skalle-Per.

—*¡Sí! ¿Pero cómo?* —dijo Mattis, malhumorado.

—*¡Bueno, hay muchas maneras!* —aclaró Skalle-Per—. *Yo sé una que te podría enseñar, si no supiese que eres y seguirás siendo un ladrón hasta que te cuelguen.*

Pero a Ronja, a su tiempo, le contaré un buen secreto.

—*¿Qué secreto?* —preguntó Mattis.

—*Como acabo de decir* —contestó Skalle-Per—, *se lo contaré a Ronja para que no quede desamparada cuando te cuelguen.*

—*¿Cuando me cuelguen...?* —dijo Mattis, airado—. *¡Cállate, pájaro de mal agüero!*

Y los días pasaron sin que Mattis escuchase lo consejos de Skalle-Per.

Pero una mañana temprano, antes de que los ladrones de Mattis hubieran tenido tiempo de ensillar sus caballos, llegó Borka cabalgando hasta la Trampa del Lobo y solicitó hablar ca Mattis.

Traía una mala noticia, y ya que su enemigo mortal había librado a dos de sus hombres de las mazmorras del gobernador no hacía mucho tiempo, ahora quería devolverle el favor y prevenir a Mattis.

Ese día, ningún ladrón que estimase su vida debía asomar la nariz por el bosque, dijo Borka. Porque los soldados estaban alerta otra vez.

Él venía del Salto de los Ladrones, allí donde los soldados estaban al acecho.

A dos de sus hombres les habían atrapado y al tercero lo habían herido gravemente con una flecha cuando intentaba huir.

—*¡Esos perros no permiten a un pobre ladrón ganarse el pan de cada día!* —dijo Borka amargamente.

Mattis frunció el entrecejo.

—*¡Pronto tendremos que enseñarles buenos modales! ¡Nosotros no podemos consentirlo!*

Le llevó un tiempo darse cuenta que había dicho nosotros, y entonces suspiró pesadamente. Se quedó callado un momento y midió a Borka con la mirada de arriba abajo.

—*Quizás tendríamos... que asociarnos* —dijo por fin.

Pero se estremeció al oír sus propias palabras. ¡Hablarle así a un Borka! ¡Cómo se retorcerían en sus tumbas su padre, su abuelo y su bisabuelo si lo supiesen!

Pero Borka parecía animado.

—*¡Ahora, por una vez, has dicho algo juicioso, Mattis! Una fuerte banda de ladrones estaría bien. ¡Bajo un solo capitán, fuerte y poderoso! ¡Yo sé quién sería el apropiado!* —dijo, y se señaló a sí mismo—. *¡Yo, que soy tan fuerte y tan inteligente!*

Entonces Mattis prorrumpió en una estremece-dora carcajada.

—*¡Ven, acércate, que te voy a enseñar quién es el más apropiado para capitán!*

Y así consiguió Skalle-Per lo que quería. Habría lucha: Mattis y Borka, por fin, habían encontrado una buena solución.

Entre los hombres de ambos se produjo un gran alboroto ante una noticia tan extraordinaria, y la mañana del combate los ladrones de Mattis armaban tal barullo en la sala de piedra, que Lovis tuvo que echarlos de allí.

—*¡Fuera!* —gritó—. *¡No soporto tanto ruido!*

el profanador de textos

Era suficiente oír a Mattis. Iba de acá para allá en la sala de piedra, rechinando los dientes y fanfarro-neando, diciendo que iba a aplastar de tal manera a Borka, que ni siquiera Undis le reconocería.

Skalle-Per resopló:

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo. Eso decía siempre mi madre.

Ronja miraba con disgusto a su belicoso padre.

—¡No quiero ver cómo le aplastas!

—No lo verás —dijo Mattis.

Las mujeres y los niños, según era uso y costumbre, debían mantenerse alejados. No era conveniente para ellos ver cómo se desarrollaban los combates de fieras. Así se llamaba a esta clase de competiciones para medir las fuerzas, denominación justificada por su violencia.

—Pero tú, Skalle-Per, estarás allí —dijo Mattis—. Verdaderamente estás enclenque, pero un combate de fieras te reanimará. ¡Vamos, viejo, te llevo en mi caballo! ¡Ha llegado la hora!

Era una mañana fría y soleada, con el suelo cubierto de hielo. En el claro del bosque delante de la Trampa del Lobo estaban los ladrones de Mattis y los de Borka, con sus lanzas formando un círculo alrededor de Mattis y de Borka.

Ahora se iba a comprobar y a mostrar allí quién era el más apropiado para capitán. Subido en una roca cercana estaba sentado Skalle-Per envuelto en una manta de piel. Parecía una vieja corneja desplumada, pero sus ojos brillaban expectantes y seguía con entusiasmo lo que sucedía a sus pies.

Los contendientes se habían quitado toda la ropa, menos la camisa, y estaban descalzos sobre el suelo helado. Se palpaban y se pellizcaban los músculos de los brazos y sacudían acá y allá las piernas para desentumecerse.

—Tienes el rostro amoratado, Borka —dijo Mattis—. ¡Pero te aseguro que pronto entrarás en calor!

—Y yo te aseguro que te haré el mismo favor —afirmó solemnemente Borka.

En el combate de fieras estaban permitidos todos los trucos y agarrones. Se podía romper y destrozar, aplastar y triturar, rasgar y morder y dar patadas, pero no estaban permitidos los golpes bajo la cintura. Esto se consideraba como un acto vil, y el que daba un golpe bajo perdía el combate.

Finalmente, Fjosok hizo la señal que estaban esperando; era la hora de empezar, y con un grito de guerra se lanzaron Mattis y Borka uno contra otro.

—Es para mí un gran dolor —dijo Mattis, rodeando con sus garras de oso la cintura de Borka— que tú seas un puerco...

Lo estrujaba sólo lo suficiente para que Borka empezara a sudar un poco.

—...si no, hace tiempo que podría haberte nombrado mi lugarteniente...

Le dio otro tremendo estrujón.

—...y no tendría ahora que sacarte el sebo de los riñones...

Y lo estrujó tanto que todo en Borka crujía.

Pero cuando Borka hubo terminado de crujir, golpeó con fuerza su dura cabeza contra la nariz de Mattis, de manera que le salió sangre.

—Es para mí un gran dolor tener que estropear tu hocico —dijo Borka, golpeándole de nuevo—, porque tú eres todo lo feo que se puede ser.

Y le agarró una oreja a Mattis y casi se la arranca.

—¿Necesitas dos orejas, o sólo una? —le preguntó, y se la estiró otro poco.

Pero Borka perdió la presa, y Mattis lo derribó de un empujón, y con su puño de hierro le golpeó la

cara de manera que se la dejó más aplastada y ancha que antes.

—Me duele mucho —dijo Mattis— tener que aplastarte tanto, que Undis se pondrá a llorar cada vez que te vea a la clara luz del día.

Le golpeó de nuevo, pero entonces Borka consiguió tomar entre los dientes un trocito de la palma de la mano de Mattis y mordió.

Mattis lanzó un bramido e intentó soltar la mano, pero Borka la mantuvo sujeta hasta que no pudo respirar.

Entonces escupió a la cara de Mattis un par de pequeñas piltrafas de piel.

—¡Ahí tienes! ¡Llévatelas a casa para el gato! —dijo.

Pero resoplaba con fuerza, porque Mattis se le había echado encima con todo su peso. Y rápidamente se vio que, si bien Borka tenía dientes fuertes, en cuanto al resto de las fuerzas no podía medirse con Mattis.

Cuando terminó la pelea, Mattis quedó como jefe, con la cara ensangrentada y con lo que le quedaba de la camisa flotando en tiras entre las piernas.

Pero, sin duda alguna, era un jefe de cuerpo entero: en esto tenían que estar de acuerdo todos los ladrones, aunque resultara amargo para algunos, en particular para Borka.

Borka estaba maltrecho; no le faltaba mucho para llorar, y Mattis quiso decirle unas palabras de consuelo.

—¡Hermano Borka, sí, porque de ahora en adelante vamos a ser hermanos! —dijo—, el título de jefe y el honor los conservarás todos los días de tu vida, y a tus hombres los puedes conservar contigo. ¡Pero no olvides que Mattis es el jefe más poderoso en todos los montes y bosques y que mi palabra rige sobre ti desde ahora mismo, ya lo sabes!

Borka asintió con la cabeza, mudo; por el momento no estaba especialmente locuaz.

Pero aquella misma noche, Mattis organizó un festín en la sala de piedra para los ladrones del Castillo de Mattis; para todos, para los suyos y para los de Borka.

Un magnífico banquete, con comida abundante y con muchísima cerveza.

Y en el transcurso de la noche, Mattis y Borka se fueron haciendo más y más hermanos. Unas veces riendo y otras llorando, estaban sentados el uno junto al otro en la mesa larga y recordaban su infancia, cuando juntos habían cazado ratas en la vieja pocilga.

También recordaban otras muchas diversiones que habían tenido, y las contaban. Todos los ladrones escuchaban con agrado y se reían a carcajadas.

También Birk y Ronja, que estaban sentados lejos, al final de la mesa, se divertían oyéndolos.

Sus risas sonaban tan agudas y claras sobre las rudas voces de los ladrones, que para Mattis y para Borka era una alegría oírlos.

Durante un largo y triste período ni Ronja ni Birk habían reído en el Castillo de Mattis, y ni Mattis ni Borka se habían habituado aún a la felicidad de tenerlos otra vez en casa.

Por eso esta risa era como la música más deliciosa para sus oídos, y esto los animaba a extenderse todavía más sobre las proezas de su infancia.

Pero de repente dijo Mattis:

—*¡No te apenes Borka porque hoy te haya ido mal! Vendrán tiempos mejores para el linaje de los Borka. Cuando nosotros ya no estemos, entonces será tu hijo el jefe, creo yo. Porque mi hija no quiere, y cuando dice que no, es que no. En eso ha salido a su madre.*

Borka parecía profundamente satisfecho cuando oyó esto.

Pero Ronja gritó desde el otro extremo de la mesa:

—*¿Y tú crees que Birk quiere ser capitán de ladrones?*

—*¡Claro que quiere!* —gritó Borka, muy seguro.

Entonces Birk se levantó y se colocó donde todos pudieran verlo. Levantó su mano derecha y juró en tono solemne no ser jamás ladrón, sucediera lo que sucediera.

Un silencio sombrío se extendió entonces por la sala de piedra. Borka estaba allí con lágrimas en los ojos, apenado porque su hijo degenerara tan monstruosamente.

Pero Mattis intentó consolarlo.

—*¡Yo ya me he acostumbrado —dijo—, y tú te acostumbrarás también! Ahora no se consigue nada con los hijos. Hacen lo que quieren. Hay que acostumbrarse.*

Pero no es fácil.

Los dos jefes estuvieron sentados mucho tiempo y veían con tristeza un futuro sombrío, en el que la arriesgada vida de ladrones de los Mattis y los Borka sería sólo una fábula y pronto un recuerdo olvidado.

Pero poco a poco volvieron otra vez a la caza de ratas en la pocilga y estaban de acuerdo en que se habían divertido a pesar de sus testarudos hijos.

Y sus ladrones competían para disipar toda la tristeza con alegres canciones de pillaje y violentas danzas. Saltaban de tal modo que los tablones del suelo crujían.

También Birk y Ronja tomaron parte en la danza, y Ronja enseñó a Birk muchos saltos de ladrón.

Mientras tanto, Lovis y Undis estaban sentadas en una sala aparte. Comían, bebían y hablaban.

Sobre casi todas las cosas opinaban de diferente manera, pero en una estaban de acuerdo: lo estupendo que era, de vez en cuando, descansar los oídos y no oír decir ni pío a ningún hombre.

En la sala de piedra continuaba la fiesta. Hasta que Skalle-Per, de repente, se cayó al suelo de cansancio.

A pesar de su edad, había pasado un día alegre y divertido, pero ya no podía más, y Ronja le ayudó a ir a su aposento. Allí cayó en el lecho, contento pero extenuado.

Y Ronja lo arrojó con la manta de piel.

—*Es una tranquilidad para mi viejo corazón —dijo Skalle-Per— que ni tú ni Birk quieran hacerse ladrones. Antiguamente podía uno serlo en paz, no digo que no; pero ahora es más duro. Ahora lo pueden colgar a uno antes de decir amén.*

—*Sí, y también la gente grita y llora cuando se les quita lo que tienen —dijo Ronja—. Eso no lo soportaría nunca.*

—*No, mi niña, no lo soportarías jamás —dijo Skalle-Per—.*

Pero ahora voy a contarte un buen secreto, si me prometes que no le hablarás de él a ningún ser humano.

Y Ronja lo prometió.

Entonces Skalle-Per le tomó las manitas para calentarse las suyas, que estaban muy frías, y empezó a contarle:

—*Pequeña mía —dijo—. Cuando yo era joven y andaba por el bosque exactamente igual que tú, dio la casualidad de que salvé la vida a un enanito gris al que las arpias iban a darle caza irremisiblemente. No es que los enanos grises no sean gentuza, pero aquél era como un poco diferente, y además era agradecido, tanto, que casi no podía deshacerme de él. Se empeñaba*

y quería regalarme... ¡Nooo! ¡Mira, ahí tenemos a Mattis!

Interrumpió el relato, porque Mattis estaba en la puerta y quería saber qué hacía Ronja allí tanto tiempo. La fiesta había terminado y era la hora de la Canción del Lobo.

—Primero tengo que saber cómo termina este cuento —dijo Ronja.

Y mientras Mattis tozudamente se quedó allí esperando, Skalle-Per acabó de explicarle al oído el resto de la historia.

—¡Qué bien! —dijo Ronja cuando terminó de oírlo del todo.

Llegó la noche. Pronto todo en el castillo de Mattis, con todos sus rudos ladrones, cayó en el sueño.

Pero Mattis se quejaba terriblemente en su lecho. Aunque Lovis le había embadurnado todas sus heridas y cardenales, no le sirvió de mucho. Ahora sentía verdaderamente, todo su cuerpo dolorido, y las magulladuras le producían un dolor espantoso en cuanto se movía lo más mínimo.

No podía pegar ojo y le fastidiaba que Lovis pudiera estar durmiendo tan tranquila. Al final la despertó.

—Me siento maldito—. Y mi único consuelo es que el perro de Borka se sienta todavía peor que yo.

Lovis se volvió contra la pared.

—¡Hombres! ¡Hombres! —dijo. Y se volvió a dormir. ♣

18 [montaña de plata]

—Los viejos no tendrían que estar sentados helándose el trasero viendo un combate de fieras —dijo Lovis con severidad.

Skalle-Per, al día siguiente, sentía escalofríos y dolor en todo el cuerpo y que no se quería levantar. Aunque los escalofríos ya hacía rato que le habían desaparecido, se negaba a dejar la cama.

—Lo mismo me da estar echado mirando las musarañas,¹¹ que estar sentado mirando las musarañas —decía.

Mattis iba todos los días a verle a su aposento para informarle de cómo se presentaba la nueva vida de pillaje. Mattis estaba satisfecho.

Borka se portaba bien, decía, y no le llevaba la contra. Además era un hombre ingenioso, y juntos hacían ahora buenas presas, una detrás de otra.

A los soldados del gobernador los engañaban que era un gusto, y pronto estaría el bosque de Mattis libre de todos los inoportunos soldados de pacotilla, afirmaba Mattis, muy seguro.

—¡Sí, sí! Aún no has cazado el oso... —murmuró Skalle-Per.

¹¹ musaraña: 1. f. Pequeño mamífero roedor insectívoro, semejante a un ratón, pero con el hocico largo y puntiagudo. 2. f. Sabandija, insecto o animal pequeño. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Pero Mattis no le oyó. No tenía mucho tiempo para estar allí sentado.

—¡Flaco vejestorio! —le decía con ternura acariciando a Skalle-Per antes de irse—. ¡Procura poner un poco de carne en las piernas para que puedan sostenerse!

Y Lovis hacía lo que podía para conseguirlo. Le llevaba sopa caliente y reconfortante y otras cosas que le gustaban a Skalle-Per.

—Tómame la sopa para que entres en calor —le decía.

Pero ni siquiera la sopa más caliente podía sacarle el frío del cuerpo a Skalle-Per, y esto le preocupaba a Lovis.

—Tenemos que llevarle a la sala de piedra y calentarle —le dijo una noche a Mattis.

Y llevado en los fuertes brazos de Mattis, Skalle-Per abandonó su solitario aposento. Compartía el lecho con Mattis. Lovis se fue a dormir con Ronja.

—Por fin puedo yo, pobre viejo, descongelarme un poco —decía Skalle-Per.

Mattis desprendía tanto calor como una hoguera encendida. Skalle-Per se acurrucaba junto a él igual que un niño en busca de calor y consuelo junto a su madre.

—No me empujes —decía Mattis.

Pero no servía de nada. Skalle-Per, de todos modos, se acurrucaba junto a él.

Cuando llegaba la mañana, Skalle-Per se negaba a trasladarse otra vez a su aposento. En aquella cama estaba a gusto y allí se quedaba.

Allí podía estar echado y ver a Lovis atender a su trabajo a lo largo del día.

Allí se reunían los ladrones alrededor de él y le relataban sus hazañas cuando volvían a casa por las noches.

el profanador de textos

Ronja también venía a contarle cómo lo habían pasado en el bosque Birk y ella.

Skalle-Per estaba contento.

—*Así es como yo quiero estar mientras espero...*
—*decía.*

—*¿Qué esperas?* —*preguntaba Mattis.*

—*¿Y tú qué crees?* —*le respondía Skalle-Per.*

Mattis no lo podía adivinar.

Pero notaba con inquietud que Skalle-Per se iba debilitando cada vez más, y le preguntaba a Lovis:

—*¿Qué crees que le pasa?*

—*La vejez* —*decía Lovis.*

Mattis la miraba preocupado.

—*Pero de eso no se muere, ¿verdad?*

—*Sí, se morirá* —*decía Lovis.*

Entonces Mattis rompió a llorar.

—*¡Nooo, maldita sea!* —*gritaba*—. *¡Yo no lo permito!*

Lovis sacudió la cabeza.

—*¡Mucho mando tienes tú, Mattis, pero en esto no mandas nada!*

Ronja también estaba preocupada por Skalle-Per, y, viendo que se iba consumiendo día tras día, cada vez pasaba más tiempo junto a él.

El viejo tenía casi continuamente los ojos cerrados; a veces los abría y la miraba.

Entonces sonreía y decía:

—*Pequeña mía, ¿no olvidarás eso que tú sabes?*

—*¡No! ¡Ojalá lo encuentre!* —*decía Ronja.*

—*¡Claro que lo encontrarás!* —*aseguraba Skalle-Per*—. *Cuando llegue el momento, ¡lo encontrarás!*

—*¡Sí, lo haré!* —*decía Ronja.*

Poco a poco Skalle-Per se debilitó más todavía.

Por fin llegó una noche en que todos le velaban:

Mattis, Lovis, Ronja y los ladrones.

Skalle-Per estaba inmóvil y con los ojos cerrados.

Mattis buscaba inquieto algún rastro de vida en él.

Pero alrededor del lecho estaba oscuro a pesar del resplandor del fuego y de las velas que Lovis había encendido.

No, no se podía ver ningún signo de vida, y de repente Mattis gritó:

—*¡Está muerto!*

Entonces Skalle-Per abrió un ojo y le miró con reproche.

—*¡No estoy muerto, no! ¿Crees que no tengo suficiente educación para no despedirme antes de marcharme?*

Después cerró los ojos de nuevo durante un largo rato, y todos estaban en silencio; solamente se oían unos pequeños silbidos cuando respiraba.

—*Ahora sí* —*dijo Skalle-Per, y abrió los ojos*—. *Ahora, queridos amigos, me despido de todos vosotros. ¡Porque ahora me muero!*

Y entonces se murió.

Ronja no había visto nunca morir a nadie y estuvo llorando un rato. Se le veía tan cansado últimamente, pensaba ella, después. Ahora quizás estaría descansando en alguna parte que ella no conocía.

Mattis, dando grandes sollozos, iba de un lado para otro en la sala de piedra, y gritaba:

—*¡Ha estado siempre aquí! ¡Y ahora no está!*

De vez en cuando volvía a repetir lo mismo.

—*¡Ha estado siempre aquí! ¡Y ahora no está!*

Entonces Lovis le dijo:

—*Mattis, tú sabes que nadie puede quedarse aquí para siempre. Nacemos y morimos; así ha sido siempre. ¿De qué te quejas?*

—*¡Pero yo le echo de menos!* —*gritaba Mattis*—.

—*Le echo tanto de menos que se me parte el pecho!*

—*¿Quieres que te tenga abrazado un poco?* —*preguntó Lovis.*

—*¡Sí, hazlo, por favor!* —*gritó Mattis*—. *¡Y tú, Ronja, también!*

Después se sentó, apoyándose unas veces en Lovis y otras en Ronja, y lloraba por Skalle-Per, que había estado siempre en su vida y que ahora ya no estaba más.

Al día siguiente enterraron a Skalle-Per cerca del río.

El invierno se estaba acercando, nevaba por primera vez, y blandos y húmedos copos caían sobre el cajón que contenía a Skalle-Per cuando Mattis y sus ladrones la llevaban a donde tenían que llevarla.

El cajón se lo había hecho el mismo Skalle-Per, cuando todavía era fuerte, y durante todos aquellos años había estado guardado en lo más hondo del armario.

—*Un ladrón puede necesitar el cajón cuando menos lo piense* —*así había dicho Skalle-Per, y los últimos años se extrañaba mucho de que el momento tardara tanto en llegar.*

—*Pero tarde o temprano la necesitará* —*decía.*

Y ahora lo estaba haciendo él.

La ausencia de Skalle-Per pesaba sobre el castillo.

Mattis estuvo sombrío todo el invierno. Los ladrones también estaban alicaídos, ya que el humor de Mattis era el que determinaba las dos cosas, la pena y la alegría, en el Castillo de Mattis.

Ronja salía con Birk al bosque. Era invierno, y cuando iba con los esquís por las colinas del bosque se olvidaba de todas las penas; pero las recordaba tan pronto como llegaba a casa y veía a Mattis pensativo, sentado delante del fuego.

—*¡Consuélame, Ronja!* —*le pedía*—. *¡Ayúdame a soportar mi pena!*

el profanador de textos

—Pronto será primavera y entonces todo irá mejor —decía Ronja.

Pero Mattis no lo creía.

—Skalle-Per no podrá ver ninguna nueva primavera —decía de mal humor.

Y para esto Ronja no podía encontrar ningún consuelo.

Pero el invierno se fue y vino la primavera, como siempre sucede, tanto si se está vivo como si se está muerto.

Mattis se puso más alegre, como ocurría en otras primaveras, y silbaba y cantaba cuando, a la cabeza de sus ladrones, cabalgaba por la Trampa del Lobo.

Allí abajo esperaban ya Borka y sus hombres.

¡Vaya, ahora por fin empezaría la vida de pillaje a ponerse de nuevo en marcha después del largo invierno!

De esto, en su insensatez, se alegraban los dos, Mattis y Borka, ya que habían nacido para ser ladrones.

Sus hijos eran mucho más sensatos. Se alegraban por otras cosas: porque la nieve había desaparecido y se podía cabalgar de nuevo y porque pronto podrían ir a vivir otra vez a la Cueva de los Osos.

—Y estoy tan contenta porque tú, Birk, jamás querrás hacerte ladrón —dijo Ronja.

Birk se echó a reír.

—No lo seré, lo he jurado.

Pero me pregunto de qué vamos a vivir tú y yo.

—Yo lo sé —dijo Ronja—. Seremos dueños de una mina, ¿qué te parece?

Y entonces le contó a Birk la historia de la Montaña de Plata de Skalle-Per: la que el enanito gris le había mostrado una vez hacía mucho tiempo para agradecerle que le hubiera salvado la vida.

—Allí hay trozos de plata tan grandes como pedruscos —dijo Ronja—. ¿Y quién sabe? Quizás no sea un cuento. Skalle-Per juraba que era verdad. Podemos ir cabalgando allí algún día y comprobarlo. Yo sé dónde es.

—No hay ninguna prisa —dijo Birk—.

Pero debemos guardar el secreto; si no, vendrán todos los ladrones y querrán apoderarse de la plata.

Entonces Ronja se echó a reír.

—Eres tan sensato como Skalle-Per. Los ladrones son tan codiciosos como águilas ratoneras, decía; y por eso es por lo que yo no podía decírselo a nadie más que a ti.

—Pero todavía, por el momento, nos arreglamos bien sin plata, hermana mía —dijo Birk—. ¡En la Cueva de los Osos son otras cosas las que necesitamos!

Cada vez era más primavera, y Ronja tenía miedo de que llegara el momento de tener que decirle a Mattis que pensaba marcharse otra vez a la Cueva de los Osos.

Pero Mattis era un hombre raro: no se sabía nunca por dónde saldría.

—¡Mi vieja cueva, sí, es bonita! —dijo—. Mejor que allí no se puede vivir en ningún sitio en esta época del año ¿Qué dices tú, Lovis?

Lovis estaba acostumbrada a sus bruscos cambios y no se extrañó demasiado.

—¡Vete, hija, si a tu padre le parece bien! —dijo—. Aunque te voy a echar mucho de menos.

—Pero volverás a casa en otoño, como siempre —dijo Mattis, como si Ronja no hubiese hecho otra cosa durante años que marchar y volver al Castillo de Mattis a cada cambio de estación.

—Sí, haré como siempre —aseguró Ronja, contenta y extrañada de ver que esta vez hubiera sido tan fácil.

Había esperado lágrimas y gritos, y, en cambio, Mattis permanecía tranquilamente sentado, y pare-

cía tan feliz como cuando recordaba sus travesuras infantiles en la vieja pocilga.

—¡Sí, cuando yo vivía en la Cueva de los Osos, hay que ver cómo me divertía! —dijo—. ¡Y realmente es mi cueva, no lo olvidas! ¡Quizás vaya a visitarlos de vez en cuando!

Cuando Ronja se lo contó a Birk, éste dijo solemnemente:

—Por mí puede venir cuando quiera pero... —se sonrió—. ¡Será una suerte no tener que ver su negra y encrespada cabeza a diario!

■ ■ ■

Es por la mañana temprano. ¡Tan hermosa como la primera mañana del mundo! He aquí a los inquilinos de la Cueva de los Osos que caminan lentamente por su bosque, rodeados de la espléndida belleza de la primavera.

En todos los árboles, en todas las aguas y en todos los verdes matorrales hay vida, y hay un gorjeo, un susurro, un gruñido, un trino, un murmullo, y por todas partes se oye el fresco y salvaje canto de la primavera.

Y llegan a su cueva, su casa en aquel lugar escarpado. Y todo está como antes, tranquilo y familiar: el río que brama allí abajo, los bosques a la luz de la mañana, todo es igual.

La primavera es nueva, pero allí todo es igual.

—No te asustes, Birk —dijo Ronja—. ¡Ahora va mi grito de primavera!

Y gritó agudamente como un pájaro, un grito de júbilo que se oyó muy lejos en el bosque. ♣